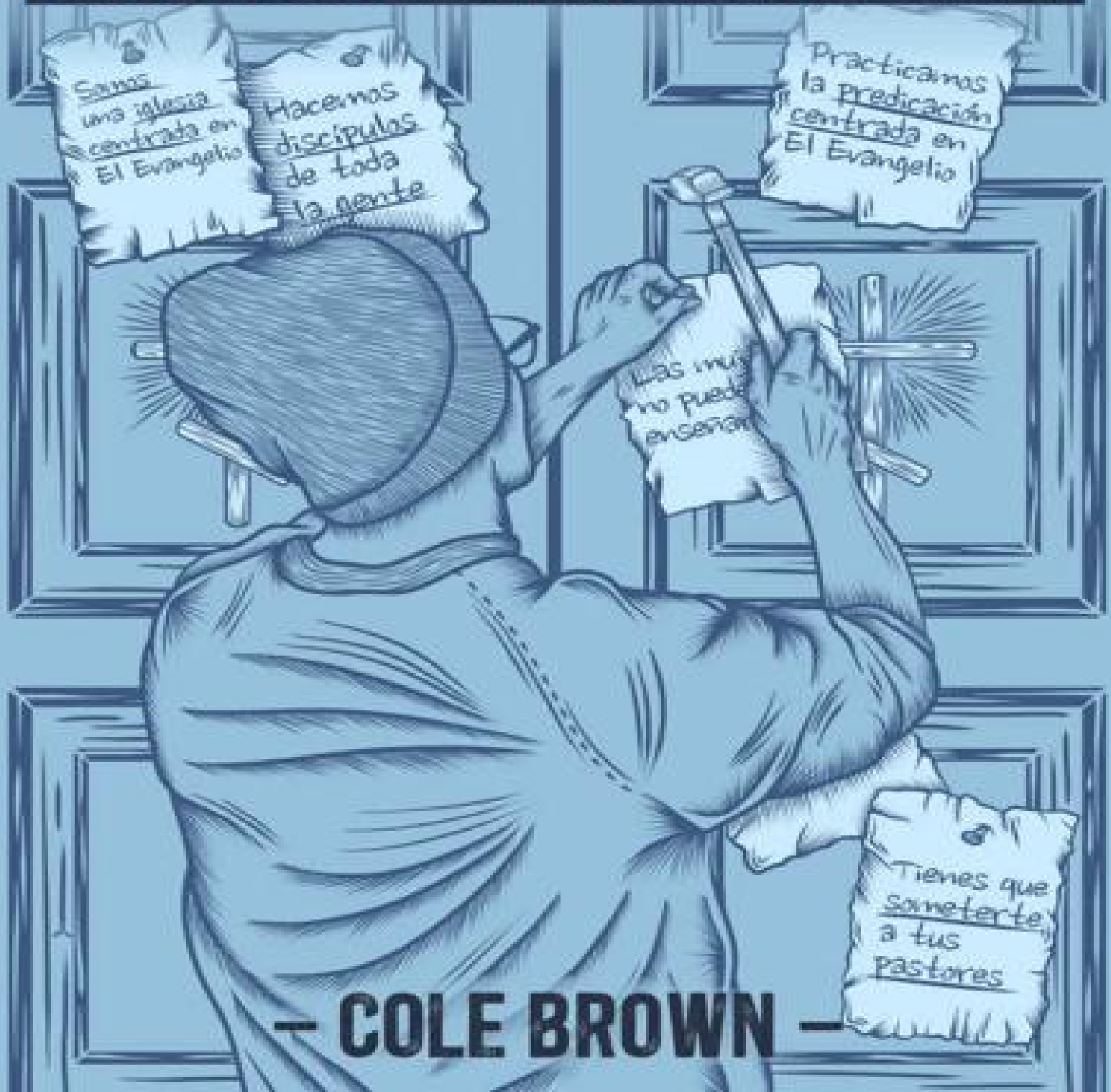


# LAS MENTIRAS QUE ME DIJO MI PASTOR REFORMADO

UNA CARTA DE AMOR A LA IGLESIA REFORMADA



— COLE BROWN —

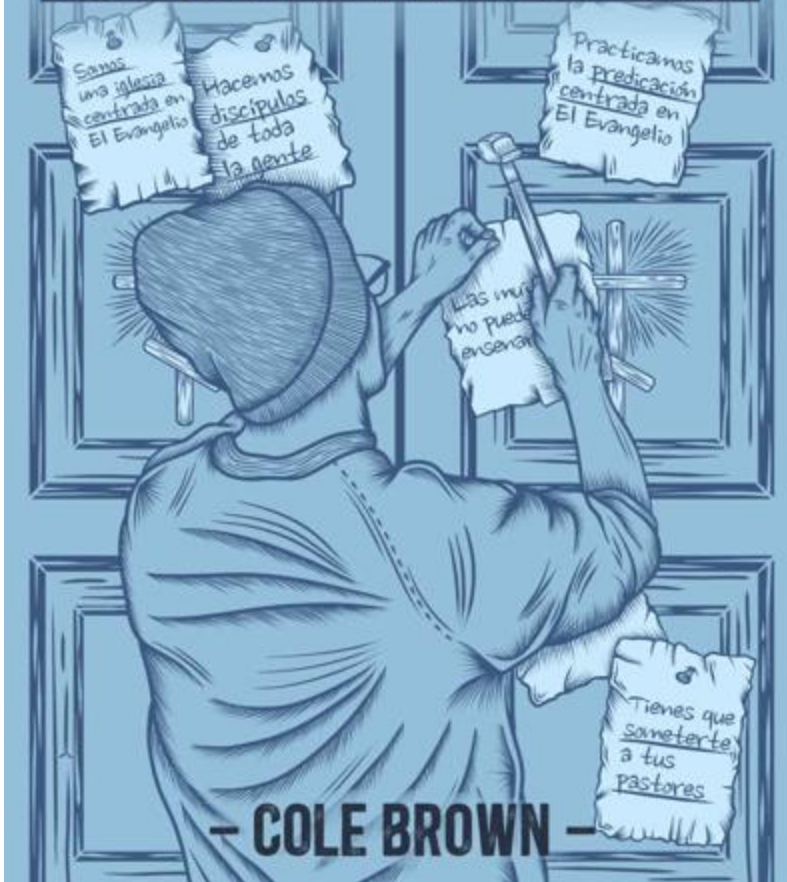
# Las Mentiras Que Me Dijo Mi Pastor Reformado

Una carta de amor a la iglesia reformada

Cole Brown

# LAS MENTIRAS QUE ME DIJO MI PASTOR REFORMADO

UNA CARTA DE AMOR A LA IGLESIA REFORMADA



Derechos de autor © 2022 Cole Brown

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

©2022 Cole Brown Derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para pedir permiso, contacte a la editorial usando la dirección de correo electrónico que sigue.

Citas bíblicas de la SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL NVI.  
Copyright © 1999 por Biblica, Inc. Usada con permiso de Biblica, Inc. Derechos reservados en todo el mundo.

Para pedir libros: Descuentos especiales son disponibles por compras de volumen de empresas, organizaciones, ministerios, y otros. Contacte la editorial para más información a [hola@colebrown.es](mailto:hola@colebrown.es).

Pedidos por librerías o mayoristas: Por favor, contacta [hola@colebrown.es](mailto:hola@colebrown.es).

Ilustración y diseño de portada: Hugo Pineda ([instagram.com/hp\\_hugopineda](https://www.instagram.com/hp_hugopineda))

*Dedicado a la Iglesia Reformada, que Dios ha usado para darme una visión cada vez más amplia de él, y a los que han sido lastimados por ella y merecen ser defendidos y sanados.*

# Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[NOTA PARA EL LÍDER](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“SOMOS UNA IGLESIA CENTRADA EN EL EVANGELIO”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“PRACTICAMOS](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“HACEMOS DISCÍPULOS DE TODA LA GENTE”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“NO SOMOS LEGALISTAS”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“LAS MUJERES NO PUEDEN ENSEÑAR”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“SOMOS UNA FAMILIA”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“EL DIVORCIO SOLO SE PERMITE EN CASOS DE INMORALIDAD SEXUAL Y ABANDONO”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“ERES UN PECADOR DESGRACIADO”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“TIENES QUE SOMETERTE A TUS PASTORES”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“LA MEMBRESÍA DE IGLESIA ES BÍBLICA Y NECESARIA”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“HAY QUE RECUPERAR LA FEMINIDAD BÍBLICA”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[“PRACTICAMOS LA PREDICACIÓN CENTRADA EN EL EVANGELIO”](#)

[GUÍA DE DISCUSIÓN](#)

[¿QUÉ HAGO SI ESTAS MENTIRAS ESTÁN PRESENTES EN MI IGLESIA?](#)

[Acerca del autor](#)

[Libros de este autor](#)

## **NOTA PARA EL LÍDER**

### **Antes de Comenzar**

Estamos honrados de que hayas elegido dirigir un grupo de estudio de ***Las mentiras que me dijo mi pastor reformado: Una carta de amor a la iglesia reformada***. Hemos experimentado fruto en nuestras propias vidas al leer y discutir este libro, y diseñamos este material para ayudar a que otros grupos pequeños experimenten lo mismo. Esperamos que esta guía de discusión te ayude a facilitar un acercamiento consciente a la Palabra de Dios para ti y para tu comunidad. Antes de empezar, esperamos que puedas considerar unos cuantos consejos para sacar el mayor provecho de tu grupo de estudio.

### **1. Establece las reglas**

Asegúrate de que el grupo conozca de antemano que la Escritura será tratada como la autoridad máxima en todas las discusiones. El libro de Cole puede ser interesante, pero sus afirmaciones deben ser evaluadas a través de la autoridad de la Escritura. Las ideas y convicciones de los miembros del grupo pueden estar profundamente arraigadas, pero sus declaraciones deben ser evaluadas a través de la autoridad de la Escritura. Asegúrate de que las personas sepan de antemano que no estás pidiéndoles que se sometan a los puntos de vista de Cole ni a los tuyos. Estás pidiéndole a todos que se sometan a las Escrituras. Entonces es sabio que mantengan sus Biblias abiertas mientras hablan sobre las ideas presentadas en este libro.

### **2. Prepárate para el desacuerdo**



Aunque puede ser que todos estén de acuerdo de que la Escritura es la autoridad máxima, es probable que no todos estén de acuerdo en la manera en que la Escritura debe ser interpretada y aplicada. Advierte de antemano a tu grupo, y repetidamente, de que se

espera el desacuerdo. Pónganse de acuerdo con antelación sobre cómo van a manejar esos desacuerdos. Tal vez puedan iniciar cada sesión leyendo y meditando en Colosenses 1:12-14 para exhortar a la paciencia, humildad, y amor.

### **3. Ora por unidad y revelación**

Contrario a lo que muchos dicen, la doctrina no es divisiva. Solo la falsa doctrina lo es (1 Timoteo 6:3-4). Así, uno de los objetivos de estas discusiones es encontrar unidad a través de las verdades de la Palabra de Dios. Por supuesto, estas verdades jamás son conocidas meramente a través del estudio. Los seres humanos somos simplemente demasiado orgullosos y necios como para ser despertados por el estudio en sí mismo, sin mencionar las fuerzas del mal que tratan de entorpecer nuestra iluminación (2 Timoteo 2:25-26). Necesitamos que la revelación sobrenatural de Dios nos despierte. Por eso, ora por tu grupo regularmente y ora específicamente porque Dios traiga unidad a tu grupo y poder de revelación para rechazar la mentira y abrazar la verdad.

***Disfruta el estudio y déjanos saber cómo les va a ti y a tu grupo. Cole Brown (@colebrownpdx)***

## INTRODUCCIÓN

***Este libro es una carta de amor. Específicamente, es una carta de amor a la iglesia reformada.***

Tal vez te haya sorprendido leer eso dado el título del libro. Quizá pensabas que lo escribí para atacar a la iglesia reformada y/o a los pastores reformados. Nada podría estar más lejos de la verdad. Yo mismo soy pastor y me he considerado reformado por más de 15 años. Además, le debo a la iglesia reformada, en gran parte, mi amor y reverencia por la Palabra de Dios y por interpretarla fielmente aún cuando duele. Estoy eternamente agradecido por ella.

Aunque me convertí en una iglesia pentecostal (donde aprendí mucho), y después crecí en la fe en una iglesia carismática (donde seguí aprendiendo), han sido los reformados quienes me han dado una visión cada vez más robusta de quién es Dios, de qué es el pecado, de quién es la Iglesia, de quién soy yo y el mensaje del evangelio que proclama las buenas nuevas de quién es Jesús, de lo que Jesús ha hecho, y de todas sus implicaciones para mi vida y mis relaciones.

Es precisamente por esto que no puedo quedarme en silencio cuando veo a la iglesia que tanto me ha bendecido yendo en contra de sus propios principios. Quiero que otras personas experimenten la misma transformación espiritual que me ha tocado a mí gracias a las predicaciones, escrituras, e iglesias reformadas, pero temo que el número de personas que están abiertas a participar en iglesias reformadas o exponerse a ideas reformadas se vaya a disminuir drásticamente si no hacemos algo acerca de las mentiras mencionadas en este libro. Y pronto. Y si no se

disminuye, el número de creyentes lastimados por estas mismas iglesias se va a multiplicar.

Yo nací y viví más de las primeras tres décadas de mi vida en los Estados Unidos y, después, me mudé a México como misionero. Parte de ser misionero es observar culturas y evaluar sus fortalezas, debilidades, creencias, ídolos y más. Primero lo haces en la cultura de tu nuevo país y en segundo lugar utilizas las habilidades que has desarrollado ahí para hacer lo mismo con tu propia cultura, ahora como alguien ajeno a ella. Esta práctica te enseña a ser honesto con respecto a todos los factores positivos y negativos que forman parte de una cultura, en lugar de simplemente menospreciar las partes buenas de tu nueva cultura porque son diferentes o soportar ciegamente las partes malas de la tuya porque son familiares. Al final tú decidirás, pero yo pienso que mi tiempo como misionero me ha capacitado para hacer lo mismo en los diversos movimientos teológicos en los cuales he vivido, incluyendo el movimiento reformado.

Si eres reformado, mi esperanza es que al leer este libro aceptes la invitación a evaluar tu contexto religioso usando las herramientas provistas por tu propia teología reformada y que termines siendo no menos sino más reformado, comprometido a seguir reformando tu fe y a la iglesia al rechazar y corregir los errores descubiertos en este libro.

Si no eres reformado, mi esperanza es que al leer este libro participes activamente, evaluando tu propio contexto religioso con los mismos principios empleados en este texto, en lugar de simplemente enfocarte en los fracasos de tus hermanos reformados.

Si estás leyendo este libro y ni siquiera sabes qué es un cristiano reformado, no te preocupes. Yo tampoco sabía antes de tener mis ideas de Dios y de mí explotadas por un libro que se llama ***La voluntad determinada***, escrito unos

500 años antes por un monje alemán con el nombre Martín Lutero. No fue hasta después que descubrí que los que se aferran a estas ideas y varios conceptos asociados frecuentemente se identifican como “reformados”.

Aunque puede ser útil revisar un resumen de lo que creen los reformados, no es necesario de ninguna manera para entender y encontrar relevantes los capítulos que siguen.

***Repito: este libro es una carta de amor.***

Sin embargo, entiendo totalmente si me preguntas: “¿Qué tipo de carta de amor lleva el título ***Las mentiras que me dijo mi pastor reformado?***” La respuesta tiene dos partes. La primera es que yo prefiero por mucho una carta de amor que le expresa devoción duradera al amado, aún viendo todas sus manchas, a una que expresa un romance inestable que finge ser ciego a sus imperfecciones. La segunda es que si hay una característica negativa que más se encuentra en la cultura reformada, es nuestra arrogancia intelectual.

El título está diseñado para amorosamente y directamente enfrentar y, espero, debilitar esta característica nuestra, tal como mi libro anterior, *Las mentiras que me dijo mi pastor*, estuvo hecho para hacer lo mismo con la arrogancia espiritual del mundo de los pentecostales y carismáticos. La realidad es que muchos cristianos reformados celebraron el título y el contenido de aquel libro y, si fueran a rechazar este por un título y estilo igualmente directos, estarían revelando que están muy dispuestos a criticar a las iglesias que no son como las suyas pero no a evaluar los fallos en la propia.

Cada capítulo de este libro se enfoca en una mentira que he escuchado en iglesias reformadas. Algunas de estas, como “Tienes que someterte a tu pastor” y “La membresía de la iglesia es una marca de una iglesia bíblica y sana”, se

basan en teología falsa y serían mentiras en cualquier contexto. Otras, como “Hacemos discípulos de toda la gente” y “Somos una iglesia centrada en el evangelio”, no son falsas teológicamente pero sí en la práctica. Es decir, son metas buenas y sanas que muchas iglesias reformadas promueven como algo real en sus iglesias, pero que en realidad no están presentes en absoluto. Por motivos de estilo y anonimidad, todos los capítulos atribuyen estas mentiras a un solo pastor.

Efectivamente, el hombre llamado “mi pastor” en este libro no es una sola persona sino un personaje compuesto de varios pastores reformados con quien he trabajado a lo largo de mi ministerio. Todos los ejemplos son totalmente reales, pero no necesariamente totalmente hechos por el mismo hombre.

A través de su profeta Isaías, Dios le prometió a su pueblo que sus pecados quedarán blancos como la nieve (Isaías 1:18). Estas eran muy buenas nuevas. Sin embargo, es importante recordar que antes de prometer tal redención gloriosa, Dios también le dio a su pueblo un diagnóstico preciso: era una nación pecadora, un pueblo cargado de culpa, una generación de malhechores e hijos corruptos que habían abandonado al Señor (Isaías 1:4). Este principio de confrontar el error y después ofrecer una solución redentora es uno que vemos una y otra vez en la Biblia y uno que trato de imitar en este libro. El propósito de todas las palabras que siguen es darle una cura a la iglesia reformada que amo pero, antes de hacerlo, hay que dar un diagnóstico de lo que necesita ser curado. Por lo tanto, los capítulos de este libro siguen el mismo formato, empezando con un diagnóstico de lo que está mal y terminando con una promesa acerca de cómo Jesús nos lo puede resolver.

Si realmente creemos en la depravación total, no nos debería sorprender ver que tenemos imperfecciones en nuestros pensamientos, prácticas, e iglesias. Y si

verdaderamente creemos en el evangelio, tampoco nos debería sorprender leer que Jesús quiere redimirlas a cada una. Espero que este libro, esta carta de amor a la iglesia reformada, nos pueda ayudar con ambos.

# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

Este libro es una carta de amor a la iglesia reformada, que tiene como meta exponer sus errores con el propósito de ayudarlo a seguir reformándose para que pueda transformar a cada vez más personas con su visión cautivadora de Jesús.

## Preguntas de discusión

- ▶ ¿Cómo definirías “la iglesia reformada”? Si no estás familiarizado con esta designación, investigalo con tu grupo antes de avanzar.
  - ▶ ¿Te describirías como “reformado”? ¿Por qué sí o por qué no?
- ▶ ¿Cuál ha sido tu experiencia con la teología reformada? ¿Cuál con la iglesia reformada?
- ▶ ¿Cuál es tu reacción emocional al título de este libro? ¿Por qué?
- ▶ Basado en lo que sabes del libro hasta ahora, ¿cuáles miedos o preocupaciones tienes con respecto al estudio que vamos a llevar a cabo?
- ▶ Si actualmente estás creyendo algo acerca de Dios o de su Iglesia que no es cierto, ¿te gustaría saberlo? ¿Por qué sí o por qué no?
- ▶ ¿Cuáles serían algunos de los beneficios potenciales de enterarte de que crees algo falso de Dios y/o su Iglesia? ¿Cuáles serían algunos de los peligros?

## **“SOMOS UNA IGLESIA CENTRADA EN EL EVANGELIO”**



Como cristiano, en los últimos años he tenido el privilegio de ver un cambio masivo entre la comunidad de la cual he formado parte por dos décadas: cada vez más de nosotros estamos comprometiéndonos a un enfoque centrado en el evangelio con respecto a la vida, la teología, y el ministerio. “Centrado en el evangelio” es la frase que se usa para describir a quienes son muy intencionales en hacer que absolutamente todo gire alrededor del mensaje de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho.

Mi pastor era uno de los muchos pastores que decía, “somos una iglesia centrada en el evangelio”. Al escucharlo, yo estaba muy contento porque, para mí, hay pocas cosas más importantes que esta. Sin embargo, lo que descubrí muy rápido es que “somos una iglesia centrada en el evangelio” es algo que dicen muchas iglesias que en



realidad están enfocadas en todo menos en el evangelio. Este fue el caso en la iglesia de mi pastor. Desgraciadamente, la proclamación de que “somos una iglesia centrada en el evangelio” a menudo quita el evangelio del centro en el que debería estar.

Una manera en la cual el mensaje “somos una iglesia centrada en el evangelio” quita el evangelio del centro es al ocupar el centro en sí mismo. Es decir, muchas iglesias hablan más de estar centradas en el evangelio de lo que hablan del evangelio en sí porque en lugar de ser una palabra que resume la belleza de la persona y la obra de Jesús, la palabra “evangelio” se repite tanto que se ha vuelto solo una palabra más de la jerga reformada. Tal como con toda la jerga, llega un punto en que la hemos usado tanto que ya no tomamos el tiempo para definir lo que quiere decir y pasa a significar nada. Como resultado, los miembros de la congregación no tienen idea de qué es el evangelio en el cual se supone que están tan centrados.

Antes de que plantara mi primera iglesia en Portland, Oregon en los Estados Unidos, hice una encuesta a docenas de cristianos en la zona. Me acercaba a una variedad de creyentes de una amplia gama de iglesias y denominaciones y les preguntaba a todos: ¿qué es el evangelio? Todos —incluyendo a líderes de iglesia— contestaban y entre ellos solamente una persona contestó bien. Nadie más siquiera mencionó a Jesús. Lamento decir que no me sorprendió porque he estado en incontables iglesias en las que la frase “el evangelio” es repetida tan constantemente pero casi nunca definida.

Esto es irónico porque el movimiento de ser “centrado en el evangelio” nació como respuesta al hecho de que los cristianos estaban suponiendo el evangelio en lugar de predicando el evangelio, y ahora muchos en el movimiento están cometiendo el mismo error. En lugar de no hablar del evangelio en absoluto, que es el error al que el movimiento está reaccionando, se habla del evangelio constantemente.

Sin embargo, predicar del evangelio y predicar el evangelio no son la misma cosa. Podemos decirle a la gente que confíe en el evangelio, que crea el evangelio, que predique el evangelio, que viva a la luz del evangelio, que encuentre el evangelio en todas las Escrituras y más pero, si no tomamos el tiempo para decirles frecuentemente en qué consiste realmente el mensaje del evangelio, cometemos el mismo error que el movimiento tenía planeado corregir. Suponemos que la gente sabe qué es el evangelio y no le damos más que una frase que está vacía de contenido y una frase en sí misma no es capaz de salvar a nadie, inclusive si incluye la palabra “evangelio”.

Aunque sea difícil de creer, cuando pastores hablan más de ser “una iglesia centrada en el evangelio” de lo que hablan del contenido del mismo mensaje, no solo hacen que la congregación no tenga idea

de qué es el evangelio, sino que ellos mismos lo olviden también. Hace un tiempo me encontraba en una reunión con alrededor de 40 pastores de una red de iglesias que plantan iglesias “centradas en el evangelio”. Cada uno de estos pastores se identificaba como un pastor centrado en el evangelio, pero cuando el facilitador de nuestra junta les preguntó, “¿qué es el evangelio?” las respuestas fueron perturbadoras:

***Esperanza, Amor, Misericordia, Gracia, Perdón, Fe, Buenas nuevas, Redención.***

Todas estas palabras son bíblicas y están relacionadas muy de cerca con el evangelio. Sin embargo, ninguna de ellas es el evangelio y ninguna contesta la pregunta: ¿qué es el evangelio? ¿Cómo puede ser que pastores como estos que se identifican como “centrados en el evangelio” y participan activamente en el movimiento de ser “centrado en el evangelio” carecen de claridad con respecto a lo que el evangelio es? Puede ser porque han hablado más de ser

“una iglesia centrada en el evangelio” de lo que han hablado del contenido de este evangelio. En otras palabras, han quitado el mensaje del evangelio del centro y lo han reemplazado con el mensaje de “somos una iglesia centrada en el evangelio”.

Como consecuencia, tanto las congregaciones como sus líderes no tienen idea de qué es el evangelio en el cual se supone que están tan centrados, y no sirve de nada tener discursos rimbombantes que nadie puede entender.

Una segunda manera en la cual el mensaje “somos una iglesia centrada en el evangelio” quita el evangelio del centro es al confundir el ser centrado en el evangelio con ser cristiano. Cuando uno se jacta constantemente de que “somos una iglesia centrada en el evangelio” hace que la gente aprenda que el ser centrado en el evangelio es lo que los diferencia de los demás y no el evangelio en sí. El resultado es que desarrollan su propia jerarquía de cristianos e iglesias en la cual ellos mismos están en la parte superior porque son “centrados en el evangelio” y los que no dicen que lo son están en la parte inferior. En otras palabras, confían en ser miembros de “una iglesia centrada en el evangelio” para justificarse ante Dios en lugar de confiar en el evangelio para hacerlo. Esto no solo quita el evangelio del centro sino también lo contradice, haciéndoles como los mismos fariseos a los que en teoría se contraponen.

Mi pastor predicaba “somos una iglesia centrada en el evangelio” pero el ser centrado en el evangelio no sirve para nada si nuestro compromiso a ello se enfatiza más que el mismo evangelio.

Una tercera manera en la cual el mensaje “somos una iglesia centrada en el evangelio” quita el evangelio del centro es al presentarse como la solución a todo problema. Por ejemplo, no puedo contar el número de pastores que me

han dicho “si simplemente hago que mi iglesia sea centrada en el evangelio, la iglesia crecerá” como si repetir la frase “somos una iglesia centrada en el evangelio” fuera una receta de cocina o un mantra secreto que hiciera que nuestra iglesia creciera según nuestra voluntad.

La realidad, por supuesto, es que hay muchas iglesias que crecen sin jamás mencionar el evangelio y varias iglesias “centradas en el evangelio” que no crecen en absoluto. Esto es porque ser una iglesia que crece depende de mucho más que nuestro compromiso al evangelio. Primero, depende de varios factores que están en las manos de

Dios y que están totalmente fuera de nuestro control (como la santificación de los cristianos en nuestra iglesia, la conversión de los no cristianos que queremos evangelizar, y la voluntad de Dios para nuestra comunidad). Segundo, requiere una administración fiel y sabia de lo que Dios ya nos ha encomendado (como el estilo de liderazgo, la filosofía de ministerio, el sistema de discipulado, la manera en la cual comunicamos el mensaje del evangelio, los recursos humanos, financieros y mucho más). Tercero, y tal vez lo más importante, es que depende del poder del evangelio en sí. La creencia de que ser centrada en el evangelio resuelve todo para la iglesia hace que el pastor confíe en ser centrado en el evangelio en lugar de confiar en el evangelio y en sus muchas implicaciones prácticas para nuestras iglesias y vidas.

Desafortunadamente, puede tener los mismos efectos en los miembros de la iglesia que reciben incontables mensajes acerca de ser centrado en el evangelio pero muy pocos sobre el evangelio y las implicaciones prácticas del mismo en sus vidas. Esto puede producir gente con un evangelio que no se parece al de las Escrituras porque el de la Biblia es un mensaje sumamente práctico que, además de reconciliarnos con Dios, nos instruye a cómo vivir como

cónyuge, padre, soltero, hijo, empleado, jefe, líder, miembro de la iglesia y mucho más. En lugar de recibir esto, muchos miembros escuchan que la solución a todos sus problemas emocionales y relacionales es simplemente enfocarse más en el evangelio y esto conlleva dos grandes peligros.

Primero, hablar de enfocarse más en el evangelio como la solución a todo problema es hablar de un evangelio distinto del de la Biblia. El evangelio de las Escrituras no se presenta como la solución a todo problema sino como la solución a la raíz de todo problema (es decir, al pecado y la división que hay entre nosotros y Dios, entre nosotros mismos, y entre nosotros y toda la creación como resultado). A veces enfrentamos dificultades emocionales o físicas que se van a quedar con nosotros hasta que Jesús regrese. Otras veces nos encontramos frente a problemas relacionales para los cuales la resolución no está en nuestras manos. Aún otras veces, además de necesitar el evangelio, necesitamos tomar decisiones prácticas sabias. Por ejemplo, a alguien que está siendo víctima de algún tipo de abuso no solo le hace falta el evangelio, sino separación del abusador. Una persona que es adicta al alcohol tal vez no solo necesita el evangelio, sino también una intervención.

Aunque es cierto que el evangelio es cien por ciento necesario para poder interpretar nuestros problemas adecuadamente, y que nos da la perspectiva y el poder necesario para enfrentarlos, si creemos que al solo enfocarnos en él vamos a ver todo problema resuelto terminaremos muy decepcionados y, aún peor, vamos a perder muchos de los recursos prácticos que Dios mismo nos ofrece para experimentar la victoria que el evangelio hace posible. El segundo peligro con enseñar que enfocarse más en el evangelio es la solución a todo problema emocional y relacional es que nos capacita a poner nuestra fe para ser transformados en nuestra habilidad de pensar cada vez más en un mensaje en lugar de ponerla en lo que

el mensaje declara acerca de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho. En otras palabras, nos hace creer que nuestra transformación depende de nosotros y no de él, lo que contradice por completo el evangelio en el que pensamos que estamos tan centrados.

Finalmente, una cuarta manera en la cual el mensaje “somos una iglesia centrada en el evangelio” quita el evangelio del centro es al solo predicar una de las varias implicaciones del evangelio bíblico. Las iglesias que presumen ser “centradas en el evangelio” suelen enfatizar la gracia de Dios tanto que ignoran casi por completo la justicia de Dios. La realidad es que las dos cosas se revelan igualmente en el evangelio pero estas iglesias, sin querer, le dan a la gente el consuelo del perdón que Jesús ganó en la cruz sin darles el poder para ser transformados que él también compró ahí. Al hacerlo, predicán solo un porcentaje del evangelio.

El evangelio completo nos dice no solo que estamos en Cristo y que por ende somos adoptados, aceptados y aprobados por Dios, sino que también Cristo está en nosotros, y por lo tanto tenemos un nuevo corazón con nuevos deseos, y un nuevo Espíritu quien nos da un nuevo poder para vivir vidas de obediencia. Lamentablemente, los que estamos dentro del movimiento de ser “centrado en el evangelio” podemos muy fácilmente confundir la gracia (que está muy relacionada con el evangelio) con el evangelio (que es muchísimo más que mera gracia) y ofrecerle a la gente la promesa del perdón de Dios sin darles la esperanza —o demanda— para la transformación de Dios. Esto hace creyentes que se quedan en sus patrones pecaminosos porque se sienten justificados en hacerlo o porque no se dan cuenta de que no tienen que hacerlo. Sea lo que sea, dañamos a la gente cuando les robamos la esperanza y el llamado para ser transformados y le robamos a Dios la gloria que merece tanto por habernos perdonado (que es increíble) como por

hacernos cada vez más como él (que es aún más increíble). ¿Para qué sirve ser una iglesia “centrada en el evangelio” si pasamos por alto una de las implicaciones más poderosas de ello?

Mi pastor predicaba “somos una iglesia centrada en el evangelio” pero, irónicamente, su compromiso a este valor quitó al evangelio del centro en el que siempre debería estar. Lo hizo al permitir que esta bonita pero peligrosa idea ocupara el centro en lugar del evangelio, al confundir ser centrado en el evangelio con ser cristiano, al presentar el “ser centrado en el evangelio” como la solución a todo problema, y al solo predicar una de las varias implicaciones del evangelio bíblico. Por supuesto, esto no quiere decir que no debemos tratar de ser una Iglesia “centrada en el evangelio”, quiere decir que ser “centrado en el evangelio” no sirve para nada si nuestro compromiso a ello es más claro y más enfatizado que el mismo evangelio. Podemos protegernos de este error tan común al predicar el contenido del evangelio, que es el mensaje de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho, en lugar de predicar acerca del evangelio. Lo que nos salva, nos santifica, y nos hace fieles no es nuestro compromiso al mensaje del evangelio; es el compromiso de Jesús hacia nosotros que se revela en este mismo mensaje.

# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

Es admirable y deseable ser “una iglesia centrada en el evangelio”. Lamentablemente, no todas las iglesias que lo dicen realmente lo son. Al contrario, muchas veces el decir “somos una iglesia centrada en el evangelio” quita el evangelio del centro en el que debería estar al ocupar el centro en sí mismo, al confundir el ser centrado en el evangelio con ser cristiano, al presentarse como la solución a todo problema y al solo predicar una de las varias implicaciones del evangelio bíblico.

## Preguntas de discusión

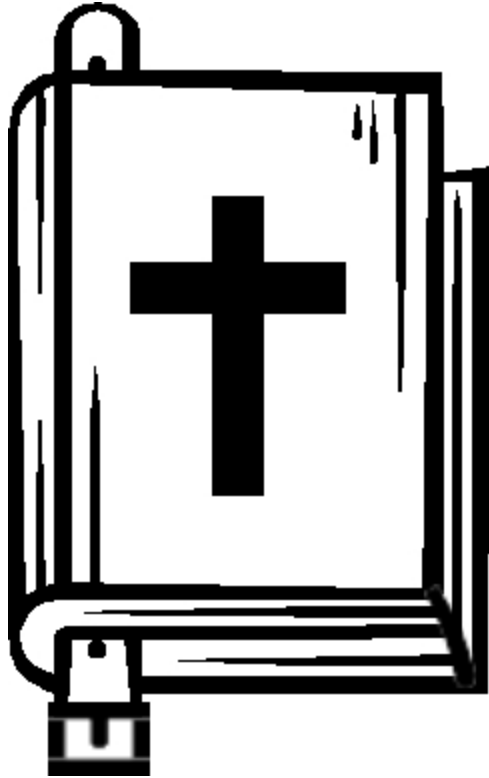
- ▶ ¿Has estado expuesto al concepto de ser una iglesia centrada en el evangelio? ¿Cómo describirías lo que has observado o experimentado?
  
- ▶ ¿Puedes pensar en algún otro peligro de enfocarnos principalmente en ser una iglesia centrada en el evangelio que no fue mencionado en este capítulo?
  
- ▶ El autor escribe que “el evangelio de las Escrituras no se presenta como la solución a todo problema, sino como la solución a la raíz de todo problema.” Esto quiere decir que el evangelio siempre es necesario para resolver cualquier problema, pero que no siempre es suficiente. ¿Cuáles son algunos ejemplos de problemas en tu vida o en la vida de la iglesia que requieren más que sólo el evangelio para ser resueltos? Antes de contestar, lean 1 Reyes 19:1-9 y 1 Timoteo 5:23 para ver algunos ejemplos bíblicos.
  
- ▶ ¿Dirías que en tu experiencia cristiana has escuchado más del perdón que Dios ofrece a través del evangelio



o más de la transformación que ofrece a través de él?  
¿Por qué será? ¿Cuáles son algunos de los efectos relacionados?

- ▶ Según el autor, la Biblia y tu propio conocimiento, ¿cómo podemos mantener el evangelio en el centro de nuestras iglesias sin caer en los peligros descritos en este capítulo?

## **“PRACTICAMOS LA DISCIPLINA BÍBLICA”**



Mi pastor tomaba mucho orgullo en su compromiso con la disciplina de la iglesia. Hablando de la nuestra, él decía cada vez que podía: “Practicamos la disciplina bíblica”. Yo compartía y comparto su opinión acerca del valor de la disciplina de la iglesia, lo que no compartía ni comparto es su convicción de que la disciplina como la practicábamos en su iglesia era “bíblica”. Al contrario, lo que pasa por “disciplina bíblica” en muchas iglesias contemporáneas no es ni disciplina ni bíblica. Esto es una lástima, ya que la disciplina bíblica de la iglesia es un regalo de Dios que se da para bendecir al cuerpo de Cristo, mientras lo que mi pastor y otros implementan en sus iglesias como “disciplina bíblica” lo perjudica.

Esto nos debería importar porque el amor de Dios nos importa y un tema recurrente en las Escrituras es que El Señor disciplina a quien ama (Hebreos 12:6). El proceso de ella puede ser desafiante y hasta doloroso, conforme Dios va corrigiendo nuestros pensamientos, palabras, corazones, y comportamientos, moldeándonos continuamente a la imagen de su Hijo. Dios hace esto a través de una variedad de medios. El primer lugar en el que Dios nos disciplina es en su Palabra. Mientras la leemos y escuchamos, ella expone nuestro pecado y nos llama al arrepentimiento. Si no nos arrepentimos, Dios entonces nos disciplina a través de su Espíritu Santo, quien condena nuestra consciencia y hace resplandecer su luz en aquellas áreas en las que no estamos viviendo conforme a su voluntad. Si aún así no nos arrepentimos, Dios nos disciplina a través de su Iglesia. Es a esta parte de la disciplina amorosa de Dios a la que nos referimos cuando hablamos de la disciplina de la iglesia y es esta parte que mi pastor corrompía cuando decía “practicamos la disciplina bíblica”, porque violaba 6 principios de tal disciplina.

El primer principio de la disciplina bíblica de la iglesia que mi pastor violaba era el del nombre en sí, al hacer que el proceso fuera disciplina del liderazgo en lugar de disciplina de la iglesia. En el Nuevo Testamento, son los miembros de la iglesia quienes empiezan el proceso de disciplina y los miembros los que lo llevan a cabo. En Mateo 18 Jesús nos dice:

“Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano. Pero, si no, lleva contigo a uno o dos más, para que ‘todo asunto se resuelva mediante el testimonio de dos o tres testigos’. Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia; y, si incluso a la iglesia no le hace caso, trátalo como si fuera un incrédulo o un renegado”.

También, cuando Pablo enfrenta el problema del miembro de la iglesia que se está acostando con su madrastra en 1

Corintios 5, se dirige a la iglesia entera y no al liderazgo porque es la iglesia quien él quiere que se encargue. El apóstol hace lo mismo en 2 Tesalonicenses 3:14-15 y en su carta completa de Gálatas, en la que le da a la comunidad de la iglesia la responsabilidad de disciplinar a falsos maestros y restaurar a hermanos sorprendidos en pecado. A pesar de textos claros como estos, muchos pastores como el mío practican la disciplina de la iglesia como algo que los líderes inician y los líderes llevan a cabo. Ellos deciden a quién enfrentar, a quién exponer y a quién expulsar. En muchas de estas iglesias los miembros no juegan ningún papel en el proceso y en otros su papel es simplemente escuchar las decisiones y declaraciones de los líderes y comportarse conforme a estos anuncios.

Un problema con esta práctica es que puede crear dudas y divisiones innecesarias en la iglesia. Si la persona siendo disciplinada solo recibe corrección de parte de un líder, o si solo el liderazgo determina cuáles consecuencias habrán, se puede convencer de que el liderazgo está siendo guiado por diferencias personales, por el afán de poder, o por una interpretación falsa de los hechos. De la misma manera, los miembros de la iglesia pueden dudar tanto de la información compartida por el liderazgo, como de las decisiones que este mismo tomó, porque nunca tuvieron la oportunidad de escuchar la perspectiva de su hermano o llamarlo al arrepentimiento. Estas dudas y divisiones potenciales son mucho menos probables cuando la persona disciplinada ha sido enfrentada por toda su comunidad basado en lo que ve con sus propios ojos y cuando la congregación ha jugado un papel en enfrentar y escuchar a su hermano por sí misma. Otro problema con esta práctica es que le roba a la congregación la oportunidad de obedecer a Dios al intentar restaurar a su hermano mientras, al mismo tiempo, pone en los hombros de los pastores una carga que ningún ser humano puede llevar solo: el de

identificar, enfrentar y restaurar personas perdidas en el pecado.

Sin embargo, el mayor problema con un sistema en el que los líderes son quienes inician y llevan a cabo la disciplina es que contradice las enseñanzas de Jesús y de su apóstol Pablo. Si tratamos la disciplina de la iglesia como algo dirigido y decidido solo por el liderazgo, no podemos decir que “practicamos la disciplina bíblica” porque la disciplina bíblica no es disciplina del liderazgo, es disciplina de la iglesia.

El segundo principio de la disciplina de la iglesia que mi pastor violaba era el de su propósito. En la Biblia, la disciplina existe para llevar a un creyente al arrepentimiento y nunca para castigarlo. Este principio se repite varias veces en el Nuevo Testamento. Ya vimos en la enseñanza de Jesús en Mateo 18 que la meta de la confrontación del pecado es “[ganar] a tu hermano” a través de su arrepentimiento. De igual manera, en Gálatas 6:1, Pablo escribe, “si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo”. Incluso cuando la persona resiste al arrepentimiento y termina siendo expulsada como resultado, la esperanza es que pueda volver a formar parte de la familia espiritual una vez que se haya arrepentido. Esto es exactamente lo que pasó con el corintio que se acostaba con la esposa de su papá. Es por esta razón que Pablo le escribe a la iglesia que “deberían perdonarlo y consolarlo para que no sea consumido por la excesiva tristeza. Por eso les ruego que reafirmen su amor hacía él” (2 Corintios 2:7-8). Estos pasajes revelan que el propósito de cada fase de la disciplina es llevar al miembro al arrepentimiento para que su relación con Dios y con su pueblo pueda ser restaurada y punto. Sin embargo, mi pastor y muchos otros aplican la “disciplina” a hermanos que ya están arrepentidos por pecados que ya están en el pasado o con los que están activamente luchando. Hacen esto al obligarles a confesar

su pecado en público a pesar de ya haberse arrepentido en privado, al quitarles sus responsabilidades ministeriales aunque Dios dice que servir la iglesia es el camino a la madurez espiritual (Efesios 4:12-13), al exigir que asistan a juntas periódicas para tener sus vidas examinadas y reexaminadas por el liderazgo, y al ponerles varios otros requisitos que también van mucho más allá de cualquier cosa que Dios les pide.

Mi pastor era especialmente aficionado de asignarles a los hermanos en “disciplina” libros para leer e informes para escribir como si nuestros pecados se pagaran con actos de penitencia en lugar de con la sangre de Cristo. No hay que confundirnos. Los libros aportan mucho (especialmente los míos, obvio) pero no son capaces de limpiar ningún pecado ni cambiar ningún corazón, y que un pastor los use en este contexto revela mucho, incluyendo su decisión a evitar su propia responsabilidad de acompañar a los miembros de la iglesia en sus luchas y encargarse de este trabajo a un autor que ni siquiera conoce al hermano.

Nada de lo anterior es disciplinar. Al contrario, todo esto es castigar. La disciplina está diseñada para llevar al hermano no arrepentido al arrepentimiento; el castigo existe para exponer, humillar, obligar y controlar a un hermano ya arrepentido, muchas veces para “darles una lección” tanto al hermano como a los otros miembros de la iglesia. Además de contradecir los pasajes que nos enseñan de la disciplina de la iglesia, esta práctica también contradice el corazón del evangelio que nos asegura que “ya no hay condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Es irónico y triste que muchos pastores que quieren utilizar la disciplina para proteger el evangelio realmente la están utilizando para mancharlo. Si tratamos la disciplina de iglesia como algo que aplicamos a personas ya arrepentidas, no podemos decir que “practicamos la disciplina bíblica” porque en la Biblia la

disciplina deja de ser apropiada en el momento que un hermano se arrepiente.

Un tercer principio de la disciplina de la iglesia que mi pastor violaba era el de tener paciencia en el proceso de restauración. En las iglesias actuales los miembros van contra reloj a la hora de arrepentirse. Si no se arrepienten en el tiempo límite de los líderes, entonces son desechados como si Dios se hubiera rendido para terminar su obra en ellos.

Hemos visto que Jesús, en Mateo 18, nos describe cuatro pasos del proceso de disciplina. El paso uno consiste en una conversación privada entre dos personas en la cual un hermano confronta a otro para llamarle al arrepentimiento. Si se arrepiente, la disciplina de la iglesia termina y la restauración ha tenido lugar.

En una iglesia sana, la gran mayoría de la disciplina va a ocurrir entre miembros y caer en esta categoría. Cuando el arrepentimiento no sucede, nos movemos al paso número dos en el cual involucramos a una o dos personas más en la conversación, nuevamente sino que todos los otros creyentes de su comunidad se acerquen en amor y le llamen a arrepentirse para que su relación con Dios y con los demás sea restaurada. Si el individuo recibe la corrección de la iglesia y se arrepiente, la disciplina en la iglesia termina y la restauración ha tenido lugar. Pero si la persona no se arrepiente, seguimos con el paso número cuatro, el más severo, en el que la persona será tratada como incrédula (es decir, amado y perseguido por Jesús como alguien fuera de la comunidad cristiana) con la esperanza de que se arrepienta en el futuro.

Jesús describe muy claramente el proceso de disciplina que la iglesia debería seguir en la mayoría de los casos<sup>1</sup>, y aún con todo este detalle no menciona un tiempo límite para ningún paso en particular ni para el proceso total. Esto no nos debería sorprender, ya que la Biblia habla de la santificación como una batalla (Gálatas 5:17) que sigue

para toda la vida (Filipenses 1:6). La implicación es que algunos cambios espirituales van a requerir mucha paciencia. Además, la sabiduría de libros como Proverbios nos enseña que cada persona y situación requiere tratamiento distinto (Proverbios 26:4-5). Tomando todo esto en cuenta, es razonable pensar que en ciertos casos una iglesia podría pasar varios meses en solamente uno de los cuatro pasos, especialmente en el tercero que le da la oportunidad a toda la congregación de perseguir a su hermano en amor. Sin embargo, mi pastor y muchos otros tratan estos cuatro pasos como una lista de tareas que hay que cumplir lo más rápido posible y avanzan de una conversación a otra sin permitir que la persona siquiera tenga tiempo para procesar el regaño o sentir el llamado amoroso de la iglesia hacia el arrepentimiento. acercándonos a nuestro hermano y llamándole a arrepentirse. Aquí se busca mantener un límite en el número de personas involucradas para que el pecado no se exponga a todos todavía. Si se arrepiente, la disciplina en la iglesia termina y la restauración ha tenido lugar. Si no, entonces procedemos al paso número tres en el que el pecado del individuo debe ser traído frente a toda la iglesia. Como ya vimos, el propósito de este paso no es condenar o humillar a la persona

<sup>1</sup>Hay otros pasajes que recomiendan que quitemos uno o más de los cuatro pasos si el pecado en cuestión es especialmente destructivo. Por ejemplo, en el caso de un miembro de la iglesia siendo divisor, Pablo avisa que amonestemos al culpable solo dos veces y si no se arrepiente que dejemos de relacionarnos con él (Tito 3:10-11) y, en el caso del hombre que se acostaba con la esposa de su papá, vemos que algunos pecados son tan horribles y vergonzosos que la persona tiene que ser excluida de la comunidad de inmediato (1 Corintios 5).



Esta es otra evidencia de que en muchas de nuestras iglesias la “disciplina” no tiene la restauración como su fin, sino el castigo. El castigo solo exige acción, pero la restauración requiere tiempo. El que nosotros estemos muy ocupados o muy preocupados por la imagen de nuestra iglesia no significa que podamos hacer que el Espíritu Santo haga su trabajo más rápido. Dios es soberano y no se limita a trabajar dentro de nuestros tiempos. No podemos decir que “practicamos la disciplina bíblica” si le metemos a las palabras de Jesús una línea de tiempo que él no puso y negamos a los pecadores tiempo para escuchar la voz del Espíritu Santo y la del cuerpo de Cristo.

Un cuarto principio de la disciplina de iglesia que mi pastor violaba era el de aplicar la disciplina de la misma manera y en la misma medida a toda la iglesia. En Mateo 18 Jesús habla de “tu hermano” que peca, en Gálatas 6 Pablo se refiere a “alguien” sorprendido en pecado, y en 1 Corintios 5 especifica que la iglesia no se asocia con “nadie que, llamándose hermano,” vive como si no fuera. Como se puede ver, cualquier persona que se encuentra en un patrón de pecado sin arrepentirse también se encuentra en la lista de personas que Dios quiere que la iglesia discipline. Los pastores tampoco son una excepción. En su primera carta a Timoteo, Pablo explica que un pastor debería pasar por esencialmente el mismo proceso que Jesús describió y, justamente después, le exhorta a Timoteo que siga “estas instrucciones sin dejar[se] llevar de prejuicios ni favoritismos” (1 Timoteo 5:19-21). Es decir, Dios ama a los pastores tanto como ama a los miembros, y Dios siempre disciplina a quien ama. No podemos permitir que nuestros prejuicios ni favoritismos excluyan a nadie de experimentar esta manifestación del amor de Dios.

Sin embargo, mi pastor y muchos otros hacen exactamente esto. Primero, lo hacen al pasar por alto los pecados de las personas de las cuales dependen mucho para ciertos ministerios. Entre más talentoso sea un músico,

cantante, o líder de un grupo pequeño, menos probable es que tenga que pasar por un proceso de disciplina.

En la iglesia de mi pastor, el adulterio, la fornicación, la negligencia de deberes matrimoniales, la división, el abuso de alcohol y varios otros pecados fueron ignorados en la gente en puestos claves de liderazgo mientras pecados muchos menos destructivos fueron enfrentados y expuestos simplemente porque eran cometidos por miembros comunes.

Segundo, muchos pastores fallan en aplicar la disciplina bíblicamente y consistentemente a todos al ignorar los pecados graves de sus familiares. Es común que comportamientos, actitudes y patrones que llevarían a cualquier miembro de la iglesia a la disciplina sean soportados en la vida de los que viven con el pastor. Por ejemplo, he visto a esposas de pastores dejar de congregarse con la iglesia y no servir a ella, sin ninguna consecuencia, al mismo tiempo que miembros de la iglesia fueron disciplinados por lo mismo. También he visto a esposas de pastores participar en adulterio, darse a relaciones sexuales lesbianas, consumir drogas, abusar del alcohol y más, aunque en estas mismas iglesias el miembro promedio tenía que pasar por un proceso de disciplina por mucho, pero mucho menos que esto.

Tercero, los pastores practican una disciplina llena de prejuicios y favoritismos al ni siquiera tener un sistema a través del cual los miembros pueden confrontar el pecado de sus pastores porque, en estas iglesias, la disciplina “de la iglesia” se inicia y se lleva a cabo por ellos mismos. Al ver a su líder viviendo en pecado, un miembro de una de estas iglesias solo tiene la opción de o irse de la iglesia, que produce dolor tanto en el individuo como en la iglesia, o tolerar patrones de pecado en su liderazgo que Dios no quiere que ninguno de sus hijos soporte (1 Timoteo 3:1-13, Tito 1:5-9).

Si nuestra iglesia no tiene manera de enfrentar y disciplinar el pecado de nuestros pastores, esto revela que los mismos pastores o piensan que por ser pastores tienen el derecho de disfrutar de su pecado todo lo que quieran o que son los únicos pastores en toda la historia de la humanidad que no pecan. No podemos decir que “practicamos la disciplina bíblica” si no aplicamos la disciplina de la misma manera y en la misma medida a cada persona que forma parte de la iglesia, incluyendo a los pastores, a sus familias, y a las personas que más contribuyen al ministerio.

Un quinto principio de la disciplina de iglesia que mi pastor violaba era el de tratar al pecado con discipulado más que con disciplina. Dios tiene planeado que sus hijos crezcan orgánicamente a través de su participación en la comunidad de la iglesia. Esta comunidad de pecadores redimidos diversos está diseñada para formarnos cada vez más a la imagen de Cristo al exponer nuestro pecado y al darnos el motivo, el poder, y el contexto necesario para ser transformados. En la gran mayoría de los casos, esta transformación ocurre por medio del *discipulado* y no por medio de la *disciplina*. Esto es lo que vemos una y otra vez en las cartas de los apóstoles. Un ejemplo es cuando Pablo está tratando de estimular a los corintios a honrar su compromiso y ser generosos como Dios les manda. En lugar de amenazarles con disciplina, los discipula al recordarles del evangelio: “Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, aunque era rico, por causa de ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos” (2 Corintios 8:9). Del mismo modo, su solución para los esposos que no están cumpliendo la voluntad de Dios no es inmediatamente ponerlos en disciplina sino, otra vez, recordarles del evangelio: “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella” (Efesios 5:25). Incluso cuando enfrentó a Pedro por su racismo, no lo metió en un proceso de disciplina.

Simplemente le recordó del mismo evangelio: "...al reconocer que nadie es justificado por las obras que demanda la ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos puesto nuestra fe en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en él y no por las obras de la ley; porque por estas nadie será justificado" (Gálatas 2:16).

Hay ciertos pecados que son tan externos y serios que la disciplina de la iglesia se requiere (como la relación sexual del hombre que se acostaba con su madrastra en 1 Corintios 5) y ciertas personas que son tan renuentes al arrepentimiento que la disciplina es nuestro mejor recurso (como el hombre divisor en Tito 3:10-11). No obstante, para la persona y situación promedio de cualquier iglesia el tratamiento más apropiado es el discipulado. La mayoría de cristianos aprenden a arrepentirse del pecado y aferrarse a la justicia a lo largo de un proceso de discipulado que incluye observar a creyentes maduros como modelos de cómo se vive la vida cristiana (1 Corintios 11:1), tener relaciones íntimas con otros cristianos que incluyen el ánimo mutuo y la estimulación mutua hacia al amor y a las buenas obras (Hebreos 10:24-25), escuchar el evangelio de Cristo aplicado a la vida cotidiana como vimos en los ejemplos de los apóstoles, y poner todo esto en práctica en el contexto del cuerpo de Cristo (Colosenses 3).

Lamentablemente, este discipulado básico muchas veces no existe en iglesias como las de mi pastor. Es por esta razón que en tales iglesias comúnmente la *disciplina* dirigida por líderes (que no es bíblica) reemplaza al *discipulado* manejado por la iglesia (que sí lo es). Aunque va totalmente en contra del diseño de Dios para su iglesia, tiene sentido. Es decir, cuando un pastor no puede confiar en que la gente de su iglesia va a ser discipulada y crecer cada vez más a la imagen de Cristo al simplemente participar en su comunidad, la disciplina se vuelve su único recurso para redireccionarla hacia la madurez espiritual. No podemos decir que "practicamos la disciplina bíblica" si la

usamos en situaciones en las cuales la Biblia receta el discipulado, porque la disciplina de la iglesia bíblica existe para apoyar una cultura de discipulado mutuo, no para reemplazarla.

La mala noticia es que se está poniendo muy de moda decir “practicamos la disciplina bíblica” mientras, en realidad, se práctica una disciplina anti-bíblica que trata la disciplina de la iglesia como si se llamara la disciplina del liderazgo, que se usa para castigar a un creyente en lugar de restaurarlo, que niega a los pecadores tiempo para escuchar y procesar la voz del Espíritu Santo y la del cuerpo de Cristo, que no se aplica de la misma manera ni en la misma medida a toda la iglesia, y que intenta sustituir una cultura sana de discipulado. La buena noticia es que Jesucristo nos ha prometido que a pesar de esto, él mismo va a edificar su iglesia (Mateo 16:18) y lo va a hacer sobre la piedra angular que es él mismo (Hechos 4:11). Si ni siquiera las puertas del reino de la muerte pueden prevalecer contra la iglesia, tampoco puede hacerlo el mal uso de la disciplina de la iglesia. De todos modos podemos estar seguros de que el mismo Dios que comenzó su buena obra en nosotros la irá perfeccionando hasta que Jesús regrese (Filipenses 1:6), y aunque nos discipline en el camino, tal disciplina siempre vendrá de su amor (Hebreos 12:6).

# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

La disciplina de la iglesia es una práctica importante. Sin embargo, lo que pasa por “disciplina bíblica” en muchas iglesias contemporáneas no es ni disciplina ni bíblica. Esto hace que algo que Dios creó para bendecir a su iglesia le termine perjudicando. La buena noticia es que Jesucristo nos ha prometido que él mismo va a edificar su iglesia sobre la piedra angular que es él mismo y ni siquiera la versión más corrompida de la disciplina puede arruinar sus planes.

## Preguntas de discusión

- ▶ ¿Cuál ha sido tu experiencia con la disciplina de la iglesia? ¿La has visto producir fruto espiritual en tu vida o en la vida de otros cristianos? ¿Por qué sí o por qué no?
- ▶ ¿Alguna vez has sido confrontado por un hermano en privado acerca de un pecado tuyo? ¿Cómo respondiste y por qué? ¿Has vivido la experiencia desde el otro lado? ¿Cómo te ha ido?
- ▶ ¿Cómo podemos discernir entre los hermanos que simplemente necesitan más tiempo siendo disciplinados y los que necesitan entrar en un proceso de disciplina? ¿Cuáles pasajes bíblicos te ayudan a llegar a estas conclusiones?
- ▶ Este capítulo habla de los peligros de practicar una versión de “disciplina” que es antibíblica. ¿Cuáles son algunos de estos peligros? ¿Has visto o experimentado alguno?

- ▶ ¿Cuáles serían algunos de los peligros de ni siquiera intentar practicar la disciplina de la iglesia? Antes de contestar, lean Santiago 5:19-20 y Hebreos 12:6-11 para ayudarles a empezar la conversación.
- ▶ Lean Gálatas 6:1-2. ¿Qué nos puede enseñar acerca del motivo apropiado de la disciplina de la iglesia? ¿Del medio adecuado? ¿De la actitud idónea?

## **“HACEMOS DISCÍPULOS DE TODA LA GENTE”**



Como un nuevo cristiano con veintitantos años, no tenía idea de cómo seguir a Jesús. Gracias a Dios, un hombre un poco más grande que llevaba más tiempo conociendo al Señor empezó a invertir mucho tiempo en mí. A veces me invitaba a hacer cosas explícitamente espirituales como orar juntos, leer la Biblia, o escuchar música; otras veces expresaba interés en mi crecimiento como cristiano al hacerme preguntas muy específicas o animarme con palabras sabias basadas en su entendimiento de las Escrituras; y en otros momentos simplemente me permitía observar cómo amaba a su esposa, criaba a sus hijos, manejaba su negocio y lidiaba con sus propios retos en la vida. Aunque no me di cuenta hasta mucho después, lo que él estuvo haciendo todo este tiempo fue discipularme. Y lo hizo muy bien. A través de su esfuerzo, yo crecía rápida y profundamente en mi relación con Jesús y en cómo reflejaba su imagen en mi vida diaria. Aún ahora, más de 20 años después, sigo beneficiandome de lo que aprendí en esta relación. Es por esto que me emocioné mucho al escuchar a mi pastor explicar la visión para su iglesia con las palabras: “Hacemos discípulos de toda la gente”. No podía imaginar una meta más valiosa y quería formar parte de una comunidad que se dedicaba a justamente esto.



Desafortunadamente, pronto descubrí que tener una buena meta no sirve para nada si no tenemos claridad acerca de cómo definirla y cómo alcanzarla. No es que mi pastor no quisiera hacer discípulos, es que estaba confundido con respecto a qué es hacer discípulos, y los resultados confirmaban la confusión. Lo mismo pasa en muchas iglesias verbalmente comprometidas a hacer discípulos.

Antes de decir “hacemos discípulos de toda la gente” es necesario entender que el discipulado no es la transferencia de información, sino la experiencia de una transformación. En la iglesia de mi pastor, una de las principales estrategias para hacer discípulos fue darle más información a la gente. Obviamente, no hay nada de malo en compartir información acerca de quién es Dios y lo que ha hecho Dios. Si lo fuera, tendrías que echar este libro a la basura (a mí no me molesta, siempre y cuando compres otro). De hecho, enseñar a la gente cómo pensar como cristianos es un aspecto clave del discipulado. No es por nada que Pablo dijo en Romanos 12:2 que seamos transformados “mediante la renovación de su mente”; tampoco es por nada que Pablo les dijo a los Corintios que “el conocimiento envanece” (1 Corintios 8:1). Es decir, la transferencia de información es una parte esencial del discipulado pero no es de ninguna manera suficiente.

Una de las razones por las cuales el compartir información es importante pero no suficiente es porque Dios no busca alumnos, busca portadores de su imagen. Nos “predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29), y la meta del discipulado es ayudar a la gente a llegar a este punto. Por muy útil que sea aprender cada cosa que la Biblia nos enseña, saber esta información no nos puede formar a la imagen de Jesús. Esto requiere un cambio de incontables creencias (por ejemplo, creer en el mensaje de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho), comportamientos (ser generoso, demostrar

humildad etc...), y habilidades (como usar dones, administrar dinero, perdonar y más). Escuchar nueva información sí nos puede motivar a buscar las tres cosas, pero no es capaz de producir ni una sola de estas cosas. Uno puede saber todo lo que la Biblia dice sobre Cristo y seguir sin creer en Cristo, sin obedecer a Cristo y sin servir a Cristo en absoluto.

Incluso los apóstoles, quienes son responsables por la mayoría de las enseñanzas del Nuevo Testamento, sabían que sus enseñanzas no eran suficientes para hacer discípulos. Por esto Pablo oró por los efesios, “Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos” (Efesios 1:18-19). Obviamente los efesios ya habían aprendido toda la información que se puede aprender sobre su esperanza, herencia, y poder en Cristo, pero Pablo sabía que aprenderlo y vivirlo eran dos cosas distintas. Llegar a creerlo y ponerlo en práctica iba a requerir algo mucho más allá de un curso sobre el tema, y por esto el apóstol pidió la ayuda de Dios. No solo los apóstoles sino también hasta Jesús mismo se rehusaba a depender principalmente de sus enseñanzas para hacer discípulos. Si tener información fuera suficiente, él no hubiera tenido que dar más que unos sermones. Pero hizo inconmensurablemente más que esto al vivir íntimamente con sus discípulos por tres años (Mateo 4:19), hacerles preguntas penetrantes (Juan 21:15), confesar sus propias luchas (Mateo 26:36-38), dar un ejemplo visible para seguir en todas las áreas (Juan 13:1-17), hacer milagros (Mateo 14:13-21), mandarles a poner en práctica lo que habían aprendido de él (Lucas 10:1-16), darles retroalimentación cuando regresaban (Lucas 10:17-20), orar por su crecimiento espiritual (Lucas 22:32), y mucho más.

A pesar de todo esto, mi pastor invertía la mayoría de su estrategia de hacer discípulos en la transferencia de información. Contaba con sus sermones, los grupos de estudio de la iglesia y los libros que él recomendaba para formar las creencias, comportamientos y habilidades de los miembros de la iglesia a la imagen de Jesús. Este enfoque educativo produjo una cultura de arrogancia, en la cual los que tenían la información adecuada se creían superiores, y de inseguridad, en la que los que no tenían la información suficiente dudaban de sus creencias y de su madurez espiritual. Los sermones, grupos de estudio y libros son muy útiles para la transferencia de información de una persona a otra pero menos que insuficientes para la transformación de una persona a la imagen de Jesús. Si simplemente saber la información adecuada podría hacer discípulos maduros, los demonios serían los más maduros de todos (Santiago 2:19). Así que si decimos que “hacemos discípulos de toda la gente” pero definimos el discipulado de una manera que se podría cumplir en un salón de clases, estamos mintiendo sin querer.

Antes de decir “hacemos discípulos de toda la gente”, también es necesario entender que el discipulado no es la convivencia. Este fue el otro énfasis principal en la estrategia de mi pastor para hacer discípulos. Claro, no hay nada de malo en pasar tiempo con otros cristianos. Al contrario, si queremos reflejar la imagen del Jesús que amó y dio su vida por la Iglesia, tenemos que vivir en comunidad con personas que forman parte de ella. Sin embargo, mientras una comunidad cristiana sí es el laboratorio en el cual Dios quiere que sus discípulos crezcan, la convivencia en sí no es la causa de este crecimiento. Es decir, tal como la transferencia de información, el convivir con otros cristianos es una parte esencial del discipulado, pero no es de ninguna manera suficiente.

La simple convivencia no basta porque los discípulos no son producto de la generación espontánea, ni tampoco son

gremlins que solo necesitan un poco de agua para reproducirse. Mi pastor nos animaba a comer juntos, ver fútbol juntos y hasta hacer fiestas juntos. Todo esto es muy bueno si la meta primordial de la iglesia es que sus miembros se diviertan y/o tengan mejor salud emocional. Pero si el objetivo es “hacer discípulos de toda la gente” debemos saber que el mero acto de estar en un mismo cuarto al mismo tiempo nunca nos va a formar a la imagen de Cristo. Más aún, pasar tiempo con cristianos no sirve como nada más que un club social, de ninguna manera diferente que hacer lo mismo con los compañeros de trabajo, a menos que haya mucha intencionalidad con respecto a qué hacemos con nuestro tiempo juntos. Pablo habla de tal intencionalidad cuando dice: “Yo sembré, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento” (1 Corintios 3:6) y el autor de Hebreos hace lo mismo cuando les dice a su audiencia que “no dejemos de congregarnos”. Si simplemente congregarnos fuera suficiente para formar discípulos, el escritor no hubiera dicho nada más al respecto. Pero precisamente porque estar juntos no logra nada en sí, les explica que su tiempo juntos debería ser marcado por preocupación mutua, ánimo mutuo y estimulación mutua al amor y las buenas obras (Hebreos 10:24-25). Es esta intencionalidad de tratar nuestro tiempo juntos como una oportunidad para reflejar la imagen de Cristo (a través de la preocupación y el ánimo mutuo) y para avanzar un poquito más hacia el blanco (por medio de la estimulación mutua al amor y las buenas obras) que realmente produce discípulos.

Lo irónico, y lo peligroso, es que si nuestro tiempo juntos como miembros de la misma iglesia no tiene esta intencionalidad como impulso, muchas veces nuestra convivencia puede trabajar *en contra* del mismo discipulado que pensamos que estamos haciendo. Cuando Pablo les habla a los efesios acerca de crecer “hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo” (Efesios 4:15)

su solución no se trata de empezar a vivir en comunidad sino de *cómo* viven en la comunidad que ya tienen. Les instruye que es necesario “quitarse el ropaje de la vieja naturaleza” que incluye la mentira, el enojo pecaminoso, el robo, toda conversación obscena, la amargura, la ira, los gritos, las calumnias y toda forma de malicia. En lugar de esto, les manda a “ponerse el ropaje de la nueva naturaleza” que se ve como hablar la verdad, trabajar honradamente para poder compartir con otros, usar palabras que contribuyan a la necesaria edificación y que son de bendición para quienes escuchan, perdonar y ser bondadosos y compasivos unos con otros (Efesios 4:22-32). Como revelan sus instrucciones a un grupo de cristianos, es sorprendentemente fácil convivir con otros creyentes haciendo todo lo que pertenece a la vieja naturaleza. De hecho, en mi experiencia, si no vemos nuestro tiempo juntos como una oportunidad para deliberadamente ponernos el ropaje de la nueva naturaleza, lo más natural es que tanto nuestro comer como nuestro hablar esté marcado por todos los pecados que Pablo mencionó y muchos más. Esta convivencia no intencional tiene el efecto contrario del deseado. En lugar de hacer discípulos de Cristo, hace discípulos de la vieja naturaleza. Por lo tanto, no podemos imitar a mi pastor y decir “hacemos discípulos de toda la gente” si nuestro método para hacerlo es simplemente hacer que los cristianos respiren el mismo aire. Si fuera tan simple, Judas hubiera sido más como Jesús que casi cualquier otro humano en la historia.

Por último, antes de que digamos que “hacemos discípulos de toda la gente” es esencial entender que la discusión y el discipulado no tienen nada que ver. Tal vez se te hace bastante obvio, pero esto no impedía a mi pastor utilizar la discusión como la tercera parte de su estrategia para hacer discípulos, al lado de la transferencia de información y la convivencia. Diseñó grupos comunitarios que se reunían una vez por semana en la casa de algún

miembro de la comunidad, además de reuniones mensuales para los hombres de la iglesia. Mi pastor decía que el propósito de los dos tipos de grupos era hacer discípulos pero lo único que se hacía en ambos era discutir. Los asistentes más conflictivos dominaban los grupos con sus debates teológicos acerca del sermón del domingo o del libro asignado mientras los demás asistentes simplemente los observaban como si hubieran pagado un asiento a las luchas de la WWE. Mi pastor había creado esta cultura como el primer líder de los dos grupos y también animaba a la discusión teológica en todos los grupos de “discipulado” subsecuentes.

Encima de trabajar en contra de la preocupación mutua, ánimo mutuo y estimulación hacia las buenas obras que sí hacen discípulos, esta cultura de discusión les daba influencia a las personas menos espiritualmente maduras de todas y ponía como ejemplo para imitar varias prácticas que Dios detesta. “El que es entendido refrena sus palabras” (Proverbios 17:17), dice Dios, y los cristianos son llamados a “buscar la paz y ser respetuosos, demostrando plena humildad en su trato con todo el mundo” (Tito 3:1-2) y participar en la comunidad de la iglesia “sin enojos ni contiendas” (1 Timoteo 2:8). Como si textos así no fueran lo suficientemente claros, Pablo lo dice aún más explícitamente: “Adviérteles delante de Dios que eviten las discusiones inútiles, pues no sirven nada más que para destruir a los oyentes...No tengas nada que ver con discusiones necias y sin sentido, pues ya sabes que terminan en pleitos. Y un siervo del Señor no debe andar peleando; más bien, debe ser amable con todos, capaz de enseñar y no propenso a irritarse” (1 Timoteo 2:14, 23-24). Tratar de hacer discípulos que reflejan la imagen de Cristo en un entorno que promueve y recompensa la discusión es como intentar enseñarles a leer a unos niños en un ambiente de puros videojuegos: todos van a terminar no solo no haciendo lo que buscas, sino intencionalmente

haciendo todo lo contrario. Sin embargo, esto es exactamente lo que mi pastor se ponía a hacer y, en lugar de terminar con más personas que reflejaban la imagen de Jesús, terminó con más personas reflejando la arrogancia, división y rebeldía del diablo.

Cuando decía: “hacemos discípulos de toda la gente”, mi pastor estaba expresando una meta muy valiosa. Desafortunadamente, también estaba expresando una meta que nunca íbamos a alcanzar porque confundía el discipulado con la transferencia de información, la convivencia y la discusión. Aunque el discipulado *incluye* las primeras dos cosas, no es ninguna de estas tres cosas.

El discipulado eficaz tiene un fin bien definido (ser transformados a la imagen de Jesucristo), se dirige a formar a toda la persona (sus creencias, sus comportamientos y carácter, y sus habilidades), ocurre en un contexto de comunidad intencional y mutuamente enfocada en el objetivo (a través del ánimo mutuo, la preocupación mutua y la estimulación mutua a las buenas obras y al amor), involucra acompañamiento y un cambio gradual de responsabilidad (yo lo hago y tú me observas, lo hacemos juntos, tú lo haces y yo te observo, yo te doy retroalimentación), y nunca llega a terminar en esta vida.

La realidad es que aún si tomamos todo esto en cuenta y evitamos los errores cometidos por mi pastor, no podemos garantizar que nuestros esfuerzos van a producir los resultados que queremos ver en la gente que intentamos disciplinar. Pero está bien. Porque lo que sí podemos garantizar es que Jesús va a producir los resultados que él quiere ver, no solo en los que intentamos disciplinar, sino también en nosotros. Este mismo Jesús que nos manda a hacer discípulos de todas las naciones promete que estará con nosotros en el proceso “siempre, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20) y que “el que comenzó tan buena obra en [nosotros y en los que disciplinamos] la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús” (Filipenses 1:6).



# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

Hay pocas metas más valiosas para una iglesia que la de hacer discípulos. Desafortunadamente, cumplir este objetivo es muy poco probable si no tenemos claridad acerca de cómo definirlo y cómo alcanzarlo. Algunos de los obstáculos más comunes son el de confundir el discipulado con la transferencia de información, con la convivencia y con la discusión. Aunque el discipulado incluye las primeras dos cosas, no es ninguna de estas tres cosas. La buena noticia es que el mismo Jesús que nos manda a hacer discípulos de todas las naciones promete que estará con nosotros en el proceso “siempre, hasta el fin del mundo”.

## Preguntas de discusión

- ▶ ¿De qué maneras has sido discipulado tú y por quién?  
¿Cuáles cosas han sido las más eficaces en ayudarte a crecer como discípulo de Jesucristo?
  
- ▶ ¿De qué maneras tú has intentado hacer discípulos?  
¿Qué piensas que ha dado más fruto? ¿Qué piensas que ha servido menos?
  
- ▶ ¿Alguna vez has estado en una comunidad en la que el discipulado se confundía con la transferencia de información?  
¿Cuáles fueron los resultados? ¿Observabas alguna de las consecuencias potenciales descritas en este capítulo?
  
- ▶ En tu vida cristiana, ¿te has encontrado más en comunidades que confunden el discipulado con la convivencia o más en comunidades que la ignoran?

¿Cuáles son los beneficios y peligros potenciales de los  
dos?

- ▶ El autor describe un contexto en el que el discipulado se confundía con discusiones teológicas. ¿Has participado u observado algo así? Comparte tu experiencia.
- ▶ Si tuvieras que crear tu propia estrategia de discipulado, tomando en cuenta los errores mencionados en este capítulo, ¿en qué consistiría y por qué?

## **“NO SOMOS LEGALISTAS”**



Para mi pastor era muy importante que todos entendieran que el legalismo era malo y que, siendo una iglesia “centrada en el evangelio”, no lo íbamos a soportar. Las connotaciones de la palabra fueron tan negativas en nuestra comunidad que si uno quería descartar una idea o una iglesia por completo ni siquiera tenía que construir un argumento convincente. Bastaba con simplemente tacharla como “legalista”. Era una palabra tan ofensiva en nuestra comunidad que aunque fácilmente podrías escuchar a personas confesando que eran “viles pecadores”, jamás escucharías a alguien llamándose a sí mismo “legalista”; de vez en cuando alguien hablaba de su fornicación, adulterio, mentiras o adicciones a sustancias, pero nadie nunca hablaba de su propio legalismo. Simplemente no era algo que uno siquiera consideraba. Al fin y al cabo, mi pastor había hecho muy claro que “No somos legalistas”. Ya que yo tengo un transfondo que incluía un legalismo muy marcado (donde se decía que los estadounidenses que votan por candidatos democráticos no podían ser cristianos porque son “demonio-craticos” y que las mujeres que se ponían zapatos que exponían sus dedos de los pies iban a ir al infierno), al principio lo creía. Sin embargo, no tardé mucho en observar que aunque el legalismo de la iglesia de mi

pastor se vestía más de moda, era igualmente legalista y hacía el mismo tipo de daño.

Si piensas que esto de ninguna manera podría aplicar a tu iglesia, yo sinceramente quiero que tengas la razón y que tu iglesia esté entre las que realmente no lo son. Sin embargo, tal como se dice acerca de los alcohólicos, una señal de ser legalista es negar que lo eres. Los fariseos tampoco se creían legalistas. Al contrario, ellos eran vistos como los héroes del pueblo de Dios porque estaban más comprometidos a honrar su palabra que cualquier otro grupo. Si ellos se podían equivocar tan gravemente, lo más probable es que tú y yo no estemos exentos tampoco. Lo más sabio sería que nos examináramos muy cuidadosamente antes de declarar que “No somos legalistas”. Tal vez una revisión de los errores de mi pastor nos pueda ayudar a hacerlo.

El primer problema era que por mucho que mi pastor decía, “No somos legalistas”, nunca definió qué es o qué no es un legalista. Es imposible dar un diagnóstico preciso de si somos legalistas o no si no sabemos qué significa la palabra o a quién aplica. No aparece en la Biblia, pero los cristianos la han adoptado para describir algo que ciertamente sí aparece. Se usa para describir la teología y la actitud de los fariseos con quienes Jesús interactuó y los judaizantes cuya enseñanza Pablo confrontó. De esta manera, la mejor forma para que nosotros tengamos un entendimiento correcto de lo que el legalismo significa y a quién aplica es examinar las teologías y actitudes de los fariseos y los judaizantes.

Uno de los pasajes más útiles para entender el legalismo es Mateo 23, en donde Jesús reprende abiertamente a los fariseos porque “atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre las espaldas de los hombres...” (léase: legalismo). Un tema común que se extiende a través de la crítica a los fariseos es que ellos han añadido sus propias leyes junto a la ley de Dios y —para empeorar las cosas— tratan esas leyes como supremas. Dan la décima parte de

sus especias (algo que requiere muchísima atención y dedicación), pero descuidan la ley, la justicia, la misericordia y la fidelidad (Mateo 23:23); limpian sus vasos y platos por afuera, pero “por dentro están llenos de robo y de desenfreno” (Mateo 23:25); se preocupan por verse justos por fuera mientras están llenos de hipocresía y maldad por dentro (Mateo 23:28). En otras palabras, como ilustra Jesús en este pasaje, los legalistas hacen mucho de los asuntos pequeños, y poco de los asuntos mayores.

Una sección igualmente útil de las Escrituras para definir la palabra “legalista” es el libro de Gálatas. En esta carta a los cristianos de Galacia, Pablo confronta el legalismo de los judaizantes en un lenguaje muy fuerte. La mentira específica con la que se estaba alimentando a los gálatas cristianos era que su posición con Dios dependía de su obediencia a la ley de Dios. Esto se ponía en contraste con el mensaje que creyeron cuando se convirtieron en cristianos: que su posición con Dios era dependiente de su fe en la obediencia de Jesús a la ley de Dios. La idea de que somos aceptados por Dios basados en nuestra propia obediencia a la ley es legalismo y, si creemos eso, “Cristo de nada les aprovechará” (Gálatas 5:2).

Combinando lo que aprendemos de los fariseos y los judaizantes podemos concluir: los legalistas son aquellos que ponen sus propias leyes junto a/o sobre la ley de Dios — haciendo mucho de los asuntos pequeños y poco de los asuntos mayores— y/o confían en que su obediencia a esas leyes los pondrá en el lugar correcto con Dios.

Así, hay muchas personas que obviamente son legalistas porque abiertamente hacen mucho de lo poco y poco de lo mucho, como los fariseos. Tal como todos conocemos a alguien que se opone de manera vehemente a que las personas miren la representación de la inmoralidad sexual en las películas pero está mucho menos preocupado de la inmoralidad sexual muy real en su propia vida, o alguien

que declara que tomar cualquier bebida alcohólica es pecado mientras que no tiene ningún problema con su propia glotonería de comida y entretenimiento, el liderazgo de mi iglesia manifestaba lo mismo. Por ejemplo, mi pastor fuertemente exigía que los miembros que habían sido lastimados perdonaran a sus victimarios, pero no invertía nada de tiempo en mandarles a sus victimarios a arrepentirse, dejar de pecar y enfrentar las consecuencias de sus acciones. También regañaba fuerte a los que no abrazaban la soteriología (doctrina de la salvación) oficial de la iglesia mientras que les daban puestos de liderazgo a personas arrogantes y sin carácter simplemente por apoyar la postura adecuada. Este patrón de hacer mucho de lo poco y poco de lo mucho es farisaico y, por ende, es una forma de legalismo.

Igual hay personas que confían en su propia habilidad de cumplir la ley para conseguir o mantener su lugar con Dios, como los fariseos. Muchas veces estas personas están convencidas de que no son legalistas porque saben que no están obligadas a obedecer “reglas tontas” acerca de qué tan larga debe ser su falda o qué estación de radio pueden escuchar. Sin embargo, aún rechazando estas cosas, si creen que su posición con Dios es de cualquier forma dependiente de su obediencia a siquiera una de las leyes de Dios (o de los humanos), son legalistas. Esto también estuvo presente en la iglesia de mi pastor. Decían que la única manera de ser reconciliado con Dios fue a través de la obra de Jesucristo, pero en práctica este sacrificio solo fue suficiente para las personas que pertenecían a las denominaciones aprobadas. Los que no, fueron tratados como o menos cristianos o no cristianos. Lo mismo pasaba si uno leía un autor cristiano o escuchaba música de un artista cristiano que ellos no ponían en la categoría de “cristianos aprobados”. Incluso usaban el pacto de membresía para determinar si un cristiano podía obedecer a

Dios al usar sus dones para servir en la iglesia o no y el tamaño de la iglesia de otros pastores para decidir si Dios los quería ver siguiendo su mandato a hacer discípulos o no. Este patrón de usar algo más que fe en la persona y obra de Jesucristo para determinar la posición de una persona ante Dios es de judaizantes y, por lo tanto, es una forma del legalismo.

Sin embargo, mi pastor no podía ver este legalismo en su propia iglesia porque nunca definió qué era. Como resultado, tampoco podía diagnosticar el legalismo adecuadamente en otros cristianos, y él y sus seguidores terminaron llamándoles “legalistas” a personas que no lo eran. Por ejemplo, si alguien de la iglesia tenía objeción a mirar películas, series, o eventos deportivos piratas fueron tachados de legalistas. Sin embargo, no hay nada del legalismo en simplemente querer honrar al Dios que nos dice que no robemos más (Efesios 4:28). Tampoco es legalismo preferir un ambiente en la iglesia en el cual se evita “toda conversación obscena” (Efesios 4:29), aunque expresar este deseo te ganaba la etiqueta de legalista. Estas personas solo serían legalistas si creyeran que su obediencia a estos mandamientos de alguna manera conseguía o mantenía su salvación. Pero mientras estaban confiando en la obediencia de Cristo para salvarlos, su énfasis en obedecer las leyes de Dios no era legalismo; era el amor que Jesús describe cuando dijo: “Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos” (Juan 14:15).

El profeta Isaías, nos advirtió: “Ay de los que llaman a lo malo bueno y a lo bueno malo” (Isaías 5:20). Cuando fallamos en definir el legalismo de manera adecuada, somos culpables de hacer precisamente eso. Podríamos hacerlo como lo hacían los fariseos, aplaudiéndonos a nosotros mismos por nuestra estricta obediencia a cosas que no son de suma importancia para Dios. O podríamos hacerlo como “anti-legalistas”, no viendo el legalismo que podría estar viviendo en nosotros, llamándole “buena” a nuestra fe



cristiana incluso mientras inconscientemente confiamos en alguna medida en nuestra propia obediencia para mantenernos en el lugar correcto con Dios. También podríamos hacerlo al etiquetar la obediencia fiel de otro cristiano como legalismo, cuando en realidad nosotros somos los que estamos pecando por no buscar la voluntad de Dios con un celo semejante. Si mi pastor hubiera tomado el tiempo para definir la palabra “legalista”, mi pastor pudiera haber evitado todos estos errores. Pero por nunca definirla, cada vez que decía: “No somos legalistas”, decía algo que simplemente no era la verdad.

Un segundo problema con la declaración de mi pastor de que “No somos legalistas” es que contradecía su estrategia de motivarnos al arrepentimiento y obediencia. Cuando el liderazgo quería ver a los miembros de la iglesia avanzando en su santidad, intentaba empujarnos con la ley en lugar de con el evangelio de Jesucristo. Aunque la Biblia nos motiva a crecer en la generosidad al decir que “cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, ni por mala gana ni por obligación” porque Jesús ya hizo lo mismo por ellos (2 Corintios 8:9, 9:7), mi pastor buscaba los mismos resultados al obligar a los miembros a firmar un contrato comprometiéndose a dar una cierta cantidad por mes por el año entero y al públicamente reprenderlos por no dar lo suficiente. De manera similar, la Biblia enseña que es la bondad de Dios que “quiere llevarte al arrepentimiento” pero mi pastor empleaba castigos como los anuncios públicos y la eliminación de cargos para tratar de producir lo mismo. Todo esto revelaba que mi pastor sí era legalista porque confiaba en la ley para transformar en lugar del poder de Dios.

Además de contradecir lo que Dios revela, esta práctica legalista simplemente no sirve porque solo puede tocar el miedo y el orgullo, y ninguno de los dos provee motivación suficiente para el arrepentimiento y obediencia duradera. Para ilustrar el problema, imagina que apenas has salido de

un edificio en llamas. Al salir te das cuenta de dos cosas: 1) un compañero de trabajo que no te cae ni bien ni mal todavía está adentro y 2) el fuego se está expandiendo tan rápido que sería una misión suicida volver por él. La verdad es que no quieres que tu compañero muera y te encantaría poder salvarlo. Pero, a pesar de tu deseo, la decisión va a depender de cuál motivación sea más fuerte entre el miedo y el orgullo. Si el miedo es más fuerte, te va a motivar a quedarte afuera. Te vas a decir, "Siento feo por mi compañero de trabajo pero realmente no hay nada que pueda hacer. Voy a quedarme aquí y orar por él. Que Dios le bendiga". Si el orgullo es más fuerte, te va a motivar a intentar entrar. Te vas a decir, "Sé que es bastante peligroso y la verdad es que tengo muchísimo miedo. Pero hay tantas personas aquí observándome. Si no entro, ¿qué van a pensar de mí? Les voy a mostrar que no soy un cobarde y que estoy dispuesto a arriesgarme por mi compañero". Y este orgullo sí va a ser suficiente para motivarte... hasta que llegues a un punto dentro del edificio donde el miedo por lo que podría pasarte superara al orgullo que te puso ahí y terminarás rindiéndote y saliendo sin tu compañero. El miedo te motivó hasta un punto y el orgullo te motivó hasta un punto, pero ninguno de los dos fue suficiente para producir el comportamiento que te hubiera gustado. Bueno, ahora imagina que la persona que está atrapada adentro no es tu compañero de trabajo que no te cae bien ni mal, sino tu propio hijo. La situación es igual de peligrosa y el miedo te está tratando de convencer de quedarte afuera. También hay muchos testigos y el orgullo te está argumentando que te vas a humillar si fracasas frente a todos ellos. Pero ninguna de las dos motivaciones te va a importar en absoluto. Ahora tienes otra motivación que es muchísimo más fuerte que el miedo y el orgullo: el amor. Por este amor vas a entrar por tu hijo a pesar del riesgo y a pesar de las probabilidades de fracasar frente a todos. Esto es porque el

amor es la motivación más fuerte de todas y la única que no te tiene a ti en el centro.

Con los contratos de obligación, los regaños y castigos públicos y más, mi pastor trataba de provocar santidad al usar la ley como tratamiento para el miedo y el orgullo. Como vimos en la ilustración del edificio incendiado, esto no sirve porque hay motivaciones mucho más fuertes. Tampoco sirve porque cuando tratamos de provocar santidad al aplicar la ley como tratamiento del miedo y el orgullo estamos intentando derrotar al pecado sirviendo al pecado, lo que es absurdo. No es capaz de hacer nada más que producir una transformación incompleta y temporal (porque no estamos hablándoles a los motivadores más fuertes) y totalmente superficial (porque no estamos enfrentando al corazón por su egoísmo sino premiándole). Nada podría ser más contradictorio al camino a la santificación que Dios describe: “Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas” (Tito 2:11). Es la gracia manifestada en la obra y persona de Jesucristo que nos hace más obedientes y arrepentidos, no la presión o las consecuencias de la ley. Hasta que nuestra estrategia refleje la de Dios, no podemos decir que “No somos legalistas”.

Mi pastor decía “No somos legalistas” pero disfrutaba correr gente de la iglesia a la primera contradicción a cualquiera de sus palabras o creencias propias y exhibir públicamente a cualquier persona que confesara un pecado o que él pensara que estaba cometiendo un pecado. Digamos que era el Messi de esta cancha llamada legalismo. Pienso que lo que realmente quería decir era que podemos tomar alcohol, decir groserías y vestirnos como personas “nice” del siglo 21, porque estas eran las únicas diferencias presentes entre su iglesia y las muy legalistas de mi pasado. En lo demás, mi pastor hacía mucho de los asuntos pequeños y poco de los asuntos mayores (como los fariseos), usó categorías que no tenían que ver con la fe en

la persona y obra de Jesucristo para determinar la posición de una persona ante Dios (como los judaizantes), y trató de motivarnos al arrepentimiento y obediencia con la ley en lugar de con el evangelio (como todos los legalistas).

Aunque sería muy fácil juzgarlo, la verdad es que debemos tener cuidado porque estamos propensos a caer en lo mismo. Por esto nos haría bien recordar la conversación entre Jesús y la multitud religiosa. Cuando le preguntaron, “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras que Dios exige?”, Jesús les respondió con una sola cosa: “Esta es la obra de Dios: que crean en aquel a quien él envió” (Juan 6:28-29). Nuestra protección del legalismo es recordar que Jesús ya cumplió cada detalle de la ley en nuestro lugar, desarmando tanto el miedo por nuestra desobediencia como el orgullo por nuestra obediencia, y lo único que nos queda es creer en él. Esta es la obra que Dios requiere y que produce en nosotros el amor que nos empodera para todo lo demás.

## **GUÍA DE DISCUSIÓN**

### **Resumen del capítulo**

Aunque todos los cristianos fácilmente le dicen a otro “legalista”, nunca escuchamos a ninguno identificarse a sí mismo como uno de ellos. Esto es porque realmente no sabemos qué es un legalista. La Biblia nos ayuda al presentarnos a los fariseos y a los judaizantes quienes, como todo legalista, ponen sus propias leyes junto y/o sobre la ley de Dios —haciendo mucho de los asuntos pequeños y poco de los asuntos mayores— y/o confían en que su obediencia a esas leyes los pondrá en el lugar correcto con Dios. Lamentablemente, incluso las iglesias que más hablan en contra del legalismo lo usan para motivar a sus miembros hacía la obediencia, lo que no es capaz de hacer nada más que producir una transformación incompleta y temporal. La buena noticia es que Dios nos protege del legalismo al decirnos que la única obra que requiere de nosotros es la de creer en su hijo, Jesús.

### **Preguntas de discusión**

- ▶ Antes de leer este capítulo, ¿cómo habías escuchado que se definía el legalismo? ¿Cuáles son las diferencias y similitudes entre esa definición y la de este libro?
- ▶ ¿Has escuchado a personas confesar el pecado de ser legalistas? ¿Por qué piensas que es tan poco común?
- ▶ Un aspecto del legalismo es hacer mucho de los asuntos pequeños y poco de los asuntos mayores. ¿Cuáles ejemplos del libro has observado tú? ¿Cuáles otros agregarías?
  
- ▶ Otro aspecto del legalismo es confiar en nuestra obediencia a las leyes de Dios o las reglas humanas para ponernos o mantenernos en buena relación con Dios. ¿De qué maneras has visto esto en otros o en ti mismo?

- ▶ Entre los dos aspectos del legalismo ya mencionados, ¿cuál suele ser más una tentación para ti? ¿Por qué?
- ▶ Lean Tito 2:11 y Romanos 2:4. ¿Por qué será que la gracia y bondad de Dios producen obediencia más genuina y duradera en nosotros que la ley y la amenaza de castigo?

## **“LAS MUJERES NO PUEDEN ENSEÑAR”**



“Las mujeres no pueden enseñar”. Esta era una de las doctrinas más claras de mi pastor. Aunque había muchas posturas teológicas más esenciales para la iglesia, esta se difundía y se entendía más entre los miembros que casi cualquiera. Esto se debía, en parte, a la frecuencia con la cual tanto el pastor como sus discípulos repetían que “las mujeres no pueden enseñar”. También se debía a lo visible que era la doctrina en las decisiones del pastor y las prácticas de la iglesia. No había manera de participar en la vida de la iglesia y no darte cuenta que las mujeres tenían que servir y ministrar dentro de límites que no aplicaban a los hombres. Aún si mi pastor no lo hubiera dicho una y otra vez, todos habiéramos entendido que, en esta iglesia, “las mujeres no pueden enseñar”. Lo triste es que mi pastor pensaba que su compromiso con esta doctrina estaba protegiendo a la iglesia cuando, en realidad, la estaba lastimando a ella, a sus mujeres, y al mundo a su alrededor.

Nosotros hacemos lo mismo cuando declaramos que “las mujeres no pueden enseñar”.

Es necesario que mencione que mi pastor, igual que muchos de mis lectores, no estaría de acuerdo con mi diagnóstico. Diría que limitar la enseñanza a los hombres es exactamente lo que Dios desea y señalaría las palabras de Pablo en 1 Timoteo 2:12 como su evidencia: “Yo no permito que la mujer enseñe ni que ejerza autoridad sobre el hombre, sino que permanezca callada”.

Respeto mucho que mi pastor y otros quieran someterse a la palabra de Dios. El problema es que el texto no puede significar lo que mi pastor dice que significa: que en todo tiempo, en toda cultura, en toda iglesia, en todo contexto “las mujeres no pueden enseñar”.

La razón principal por la cual podemos saber que 1 Timoteo 2:12 no puede significar lo que mi pastor dice es porque Dios no se contradice a sí mismo. Es por esto que un principio de interpretación bíblica de suma importancia es permitir que la Escritura interprete a la Escritura. Es decir: si leemos un pasaje que parece contradecir a una variedad de otros textos bíblicos, no deberíamos dudar de la unidad de la Biblia, sino de nuestra interpretación de aquel texto e intentar revisarla a la luz de los demás. Esto es especialmente necesario cuando el pasaje que estamos evaluando es un texto difícil (si no piensas que 1 Timoteo 2 sea difícil, lee 10 comentarios sobre los versículos 11-15 y encontrarás que hay más teorías acerca de su significado que comentaristas que las escribieron).

Cuando leemos 1 Timoteo 2:12 a la luz del Antiguo Testamento, vemos que no hay manera de que pueda significar que “las mujeres no pueden enseñar” porque Dios, varias veces, usa a mujeres para hacer exactamente esto. Usa a mujeres para enseñar en el libro de Proverbios donde el autor personifica la sabiduría como una mujer con mucho para instruirnos (1:20-33, 8:1-9:12). Aún siendo



poética, la imagen no tendría sentido si Dios quisiera que pensáramos que las mujeres no pueden enseñar. También usa a mujeres para enseñar en varios contextos mixtos. En Génesis 21:12 Dios le dice a Abraham que le haga caso a Sarah, su esposa, y a lo que ella le diga. Esta es una forma de enseñanza. En Éxodo 15:20 Miriam, la hermana de Moises, es descrita como “profetisa”. Esto es muy significativo porque profetizar no solo implica enseñar, implica enseñar con autoridad prestada y verificada por Dios. En Jueces 4:4 también conocemos a Débora como “profetisa” y ella profetiza (correctamente) y regaña (autoritariamente) al hombre Barac. En 2 Reyes 22:11-20 y 2 Crónicas 34:14-33 leemos de una mujer llamada Huldá. La Biblia nos dice que ella era una profetisa, la describe como alguien que tenía autoridad espiritual incluso con la realeza, confirma que una profecía suya se cumplió justo como ella dijo y la menciona como la que autenticó las Escrituras como la Palabra de Dios para el rey Josías. Esta enseñanza fue un parteaguas en la historia de Israel y confirma que las mujeres sí pueden enseñar y que sus enseñanzas pueden ser transformadoras.

De manera similar, cuando leemos 1 Timoteo 2:12 a la luz del Nuevo Testamento, vemos que no hay manera de que pueda significar que “las mujeres no pueden enseñar” porque hay pasajes que específicamente lo describen como algo positivo. En Lucas 2 leemos de Ana, otra profetisa, quien reconoció la verdadera identidad de Jesús y la declaró a todos. En Juan 4 conocemos a la samaritana que, al entender quién era Jesús, exitosamente evangelizó a muchos de su pueblo. Aún más revelador es lo que pasó después de la resurrección de Jesús. Dios podía haber escogido a cualquier persona o personas para anunciar que el Mesías había resucitado y decidió escoger a mujeres, algo de tanta importancia que cada uno de los cuatro evangelios lo menciona (Mateo 28:1, Marcos 16:1, Lucas 23:55-24:5, Juan 20:1). Todos estos ejemplos son de mujeres declarando

la verdad acerca de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho, y no hay ninguna enseñanza que importa más que esta.

Además, el mismo Pablo que escribió 1 Timoteo 2:12 habla de mujeres enseñando de manera muy favorable. En Filipenses 4 menciona a Evodia y a Síntique como mujeres que han luchado a su lado “en la obra del evangelio”. Esta frase, “la obra del evangelio,” se refiere a más que poner galletas o café y hacer que los niños no distraigan a los demás. Se trata de un ministerio de la Palabra. En Romanos 16 les recomienda a Febe, una diaconisa, como la que les trajo la carta a las iglesias romanas en su nombre. Esto no solo implica mucha confianza de parte de Pablo, sino también enseñanza autoritaria de parte de Febe porque el trabajo hubiera incluido contestar las preguntas de la Iglesia acerca de lo que Pablo escribió. En el mismo capítulo, Pablo habla de Priscila y Aquila como sus “compañeros de trabajo en Cristo Jesús” (otra frase cuyo significado incluye el ministerio de la Palabra). En Hechos 18 esta misma Priscila, junta con su esposo Aquila, se encontró con Apolo, un hombre “ilustrado y convincente en el uso de las Escrituras” quien “había sido instruido en el camino del Señor”. A pesar de sus habilidades con las Escrituras, Apolo necesitaba que una mujer y su marido le explicaran “con mayor precisión el camino de Dios”. Esto revela que Priscila no solo tenía un ministerio de la Palabra prominente (tan prominente que su nombre se menciona antes del de su esposo la mayoría de las veces, algo muy poco común en su cultura), sino también tenía conocimiento y autoridad suficiente como para corregir a un hombre importante. Más allá de estos ejemplos de mujeres cuyo ministerio de la Palabra era aprobado por Pablo, también tenemos pasajes como 1 Corintios 11:5 y 14:29 donde Pablo supone que las mujeres profetizan en las reuniones de iglesia y evalúan las profecías de los demás, papeles que no podrían cumplir sin enseñar de alguna forma.

Si estamos convencidos de que Dios no se contradice a sí mismo tenemos que permitir que la Escritura interprete la Escritura y, al evaluar 1 Timoteo 2:12 a la luz del Antiguo y Nuevo Testamento podemos concluir que no puede significar que “las mujeres no pueden enseñar” porque Dios empoderó a muchas mujeres para hacer exactamente eso y el mismo autor de este versículo afirmaba el ministerio de varias en otros contextos. Entonces, ¿qué quiere decir este pasaje que mi pastor usaba para defender su postura? Hay varias explicaciones potenciales pero no es necesario que revisemos todas. Al familiarizarnos con solo una de ellas veremos que hay maneras de interpretar el texto que no contradicen el resto de las Escrituras.

Una interpretación de 1 Timoteo 2:12 es que Pablo no estaba prohibiendo que las mujeres enseñaran en la Iglesia universal para siempre, sino en una iglesia específica y por un tiempo limitado. Hay dos argumentos importantes a favor de esta interpretación, uno lingüístico y uno contextual. El lingüístico es que el verbo comúnmente traducido como “no permito” realmente no dice “no permito” sino “no estoy permitiendo”. Es decir, tanto el verbo que Pablo escogió como la conjugación que usó hablan de una situación actual y temporal. De hecho, en toda la literatura griega, no hay ni una sola instancia en la cual este verbo se refiere a una prohibición permanente. También cabe mencionar que no hay ni un solo imperativo en el versículo 12. En efecto, el imperativo del pasaje aparece en el versículo 11 para decir que “la mujer debe aprender”, algo revolucionario en una cultura donde se debatía qué nivel de educación era apropiado para una mujer. Es decir, Pablo no solamente no está negando que las mujeres enseñen, está animando a la iglesia para que las mujeres tengan la misma oportunidad para aprender que los hombres, algo que por cultura se les había negado.

El argumento contextual a favor de esta interpretación es que el libro de 1 Timoteo revela que había un problema de

falsas enseñanzas en Éfeso y que Pablo quería establecer algunas prácticas para minimizar la influencia de estas enseñanzas en sus iglesias. En otras palabras, sus instrucciones son soluciones temporales a una situación pasajera en un lugar definido. No nos debería sorprender que el único libro en el cual hay un límite puesto en la enseñanza de una mujer es el que está tratando de resolver problemas en Éfeso, la ciudad cuya religión principal fue la adoración de la diosa Artemisa, una secta que solo tenía sacerdotisas. En un contexto tan único en el que tantas mujeres convertidas venían de una posición de autoridad en una religión falsa, podemos entender por qué Pablo recomendaba que las mujeres tomaran un descanso de enseñar mientras abandonaban sus falsas creencias a cambio de la doctrina de los apóstoles.

Aunque esta es la interpretación de 1 Timoteo 2:12 que más me convence, es posible que no sea la correcta. Hay muchas otras que podemos considerar. La única que realmente no podemos considerar es la de mi pastor. Ya hemos visto que la razón principal por la cual no la podemos considerar es porque contradice el resto de la autorrevelación de Dios. Esto en sí es suficiente para rechazarla por completo. Pero no es el único motivo para hacerlo. Otra razón para hacerlo es que intentar aplicarlo a la vida real inmediatamente revela lo absurdo que es. Si “las mujeres no pueden enseñar”, ¿qué pasa cuando una mujer tiene la oportunidad de evangelizar a su papá? ¿Es mejor quedarse callada para “no enseñar” o mejor obedecer el mandato bíblico a evangelizar? ¿Qué pasa cuando tiene la posibilidad de corregir una creencia falsa de su compañero de trabajo? ¿O ayudar a su esposo a crecer en alguna área de su vida espiritual como la que mejor lo conoce? ¿Qué pasa en un estudio en casa en el cual todos comparten sus pensamientos de la Biblia? ¿Es pecado que una mujer hable del significado del pasaje? O, en una reunión de miembros en la que los líderes piden que los miembros den su

perspectiva con respecto a un tema, ¿una mujer debería compartir su sabiduría como los líderes piden o debería quedarse callada para no enseñar? Si “las mujeres no pueden enseñar”, ¿es pecado que un hombre lea un libro escrito por una mujer que sabe más de un tema que él? ¿Es pecado que un hombre escuche o cante canciones de adoración compuestas por mujeres? Estas preguntas revelan que además de contradecir el resto de la Biblia, argumentar que 1 Timoteo 2:12 dice que “las mujeres no pueden enseñar” crea una situación absurda en la cual las mujeres no pueden obedecer otros mandatos bíblicos y los hombres no se pueden beneficiar de los dones que Dios les ha dado.

Si piensas que te encuentras en una iglesia que promueve esta enseñanza, te animo a recordar que hay una diferencia entre decir que “las mujeres no pueden enseñar” y decir que el plan de Dios es que el puesto de pastor esté ocupado por hombres calificados. Lo primero no tiene ningún sustento bíblico, niega a las mujeres la oportunidad de usar sus dones, y hace que las decisiones acerca de cada aspecto del ministerio se tomen basadas en el género. Lo segundo por lo menos tiene argumentos más fuertes, permite que todos usen sus dones, y hace que las decisiones acerca de casi todo el ministerio se tomen basadas en carácter y calificación.

De cualquier modo, tal como resistimos la idea de que “las mujeres no pueden enseñar,” también tenemos que resistir la tentación de hacer de este tema una guerra de género en la cual todos están interesados en proteger sus derechos en lugar de la Palabra de Dios y la integridad de la comunidad que ha formado. Esto no sirve para proveer justicia, solo sirve para desviar nuestra mirada de Cristo.

Mi pastor decía “las mujeres no pueden enseñar” y estaba seguro de que protegía a la iglesia. En realidad, su postura la lastimaba a ella, a sus mujeres y al mundo a su

alrededor. Lastimaba a la iglesia al robarle de los dones que Dios le había regalado a través de las mujeres que puso ahí; lastimaba a las mujeres al hacerles sentir que ser mujer era una discapacidad en lugar de una bendición, ya que varios hombres sin carácter o incluso sin evidencia de fe verdadera podían enseñar pero una mujer piadosa no, simplemente por ser mujer; lastimaba al mundo al manchar el mensaje de Jesús, dándole la impresión de que seguirlo significaría abrazar el machismo que celebra que las mujeres asuman toda la responsabilidad en casa y abandonen cualquier influencia en público. Muy tristemente, lo mismo pasa en todas las iglesias que dicen que “las mujeres no pueden enseñar”.

Lo bueno es que aunque pasa en muchas de nuestras iglesias, nunca pasa con el Señor de nuestras iglesias. Jesús, a través de su vida perfecta, muerte sacrificial, resurrección victoriosa y ascensión gloriosa, ha hecho que ya no haya “judío ni griego, esclavo ni libre, *hombre ni mujer*” sino que todos sean “uno solo en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28, énfasis mío). Gracias a este mismo Jesús y a esta misma obra, en Hechos 2 se cumplió la promesa de que Dios derramaría su Espíritu sobre “todo el género humano” y hacer que “*los hijos y las hijas de ustedes*” profetizaran (Joel 2:28-29, énfasis mío). Como resultado de lo que se describe en estos dos pasajes, sabemos que para Dios las mujeres tienen el mismo estatus en la Iglesia que los hombres y, en el Espíritu Santo, el mismo recurso para ministrar en su nombre. Esto significa que aún si muchos pastores como el mío siguen contradiciendo la voluntad de Dios al decir que “las mujeres no pueden enseñar”, Dios va a seguir usándolas para hacer exactamente esto de una manera u otra en un ambiente u otro. Que nuestras iglesias no estén entre las que pierdan esta bendición.



# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

Muchos dicen que “las mujeres no pueden enseñar”. Basan su convicción en 1 Timoteo 2:12. Aunque es admirable querer someterse a este pasaje, nunca es apropiado adoptar una interpretación de una parte de la Biblia que contradice lo que Dios dice en otras. La realidad es que en el Antiguo Testamento Dios usa a muchas mujeres para enseñar y en el Nuevo Testamento habla positivamente de las mujeres enseñando. A la luz de esto, vemos que tenemos que revisar nuestra interpretación de 1 Timoteo 2:12. Hay diversas opciones que respetan la intención de Pablo como el autor de este pasaje sin contradecir lo que se revela en el resto de la Biblia. Una de ellas es que él no estaba prohibiendo que las mujeres enseñaran en la Iglesia universal para siempre, sino en una iglesia específica y por un tiempo limitado. Sin importar cuál interpretación nos convenza, tenemos que rechazar la idea de que las mujeres no pueden enseñar porque lastima a la iglesia, a sus mujeres y al mundo. Debemos recordar que para Dios las mujeres tienen el mismo estatus en la Iglesia que los hombres y, en el Espíritu Santo, el mismo recurso para ministrar en su nombre.

## Preguntas de discusión

- ▶ ¿Has estado expuesto a la enseñanza mencionada en este capítulo? ¿Cómo se ha comunicado y manifestado en tu experiencia?
- ▶ Lean 2 Crónicas 34:14-33. ¿Qué nos enseña acerca de Huldá? ¿Cuáles implicaciones tiene su historia para otras mujeres y para las iglesias a las cuales pertenecen?
- ▶ El autor menciona varios ejemplos del Nuevo Testamento de mujeres que enseñaron, incluyendo a



Ana, la mujer samaritana, las mujeres que fueron testigos de la resurrección, Febe, Priscila y más. Para ti, ¿cuál de estos ejemplos más desafía la idea de que “las mujeres no pueden enseñar”? Si eres mujer, ¿cuál de estos ejemplos te inspira más a ti?

- ▶ El capítulo demuestra que la interpretación de 1 Timoteo 2:12 que dice que “las mujeres no pueden enseñar” contradice otros pasajes bíblicos y, por ende, no puede ser la correcta. ¿La interpretación alternativa propuesta te parece una buena explicación? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Propondrías otra?
- ▶ El autor argumenta que la enseñanza de su pastor lastima a la iglesia, a sus mujeres, y al mundo a su alrededor. ¿Cuáles consecuencias específicas has observado tú?

## **“SOMOS UNA FAMILIA”**



### ***“Somos una familia”***

Mi pastor lo decía en el púlpito, en situaciones de consejería, en las reuniones de liderazgo y en las de los miembros.

### ***“Somos una familia”***

Lo decía cada vez que quería motivarnos a una cierta acción o justificar una decisión suya.

### ***“Somos una familia”***

Se repetía tanto que muchos que formaban parte de nuestra iglesia lo llegaron a creer. Tristemente, fue justamente por esto que muchos también llegaron a ser lastimados, decepcionados, o simplemente usados en la misma comunidad. Sin duda, es una certeza que la familia es una de las muchas metáforas que Dios usa para describir su Iglesia, pero cuando mi pastor proclamaba, “somos una familia” no reflejaba ni la realidad cómo Dios la describe en la Biblia ni la que nosotros vivimos en la iglesia.

La declaración de mi pastor de que “somos una familia” no reflejaba la realidad como Dios la describe porque en la Biblia la imagen de familia existe principalmente para hablar de nuestra nueva relación con Dios, no de nuestras relaciones con otros cristianos. Las escrituras nos explican

que Dios “nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos” (Efesios 1:5), que nos dio el Espíritu que nos “permite clamar: «¡Abba! ¡Padre!»” (Romanos 8:15), y que “Jesús no se avergüenza” de llamarnos “hermanos” (Hebreos 2:11). No es que estos hechos no tengan implicaciones para nuestras relaciones con otros creyentes, sí las tienen, es que el énfasis de mi pastor no coincidía con el de las Escrituras. Esto es peligroso porque hacer que la imagen de la familia de Dios esté centrada principalmente en nuestras relaciones con otros humanos es hacer que el eje de la imagen ya no sea Dios, un cambio que no refleja la realidad como Dios la describe.

Otro problema con la enseñanza de mi pastor de que “somos una familia” es que la aplicaba a cada persona que asistía a la iglesia. Esto no es la realidad como Dios la describe.

Según Dios, solo un subgrupo de los que se dicen creyentes realmente forman parte de su familia y, si somos cristianos, de la nuestra. Por ejemplo, una vez que Jesús hablaba a la multitud, su madre y sus hermanos llegaron y se quedaron ahí esperándolo afuera. Cuando alguien le avisó a Jesús de que su madre y sus hermanos estaban ahí y querían hablar con él, Jesús respondió con una pregunta: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?”. Contestando su propia pregunta, señaló a sus discípulos y dijo, “Aquí tienen a mi madre y a mis hermanos. Pues mi hermano, mi hermana y mi madre son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo” (Mateo 12:46-50). En esta respuesta Jesús no aplica “somos una familia” a todos los que van a la iglesia, sino a todos los que hacen la voluntad de Dios.

Lo mismo ocurre en Gálatas 3:26 donde Pablo escribe que “Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús”. En este caso, “somos una familia” solo aplica a los que realmente han puesto su fe en el Hijo de Dios. El

apóstol Juan hace lo mismo varias veces en su carta 1 Juan. En el pasaje 2:4 dice que “El que afirma: «Lo conozco», pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad”. En el mismo capítulo leemos que “Todo el que niega al Hijo no tiene al Padre” (2:23) y que “todo el que practica la justicia ha nacido de” Jesús (2:29). En el tercer capítulo Juan sigue con, “Todo el que permanece en él no practica el pecado. Todo el que practica el pecado no lo ha visto ni lo ha conocido” (3:6) y “Así distinguimos entre los hijos de Dios y los hijos del diablo: el que no practica la justicia no es hijo de Dios; ni tampoco lo es el que no ama a su hermano” (3:10).

Según el apóstol que tenía la relación más íntima con Jesús de todos, “somos una familia” solo aplica a los que obedecen los mandamientos de Dios, afirman que Jesús es el Hijo de Dios, practican la justicia y no el pecado, y aman a sus hermanos. Vivir como familia con personas que viven así sería una bendición para cualquiera, pero cuando mi pastor decía “somos una familia” lo aplicaba a toda persona que llegaba a su iglesia. Esto no reflejaba la realidad como Dios la describe y ponía a todos en riesgo al llamarles a convivir con personas que no forman parte de su familia espiritual como si lo fueran, algo que Dios no solo no nos pide sino del cual también nos intenta proteger con las condiciones ya mencionadas por Jesús, Pablo y Juan.

También la declaración de mi pastor de que “somos una familia” no reflejaba la realidad como Dios la describe porque se enfoca en la iglesia local a costa de la Iglesia universal. Cuando la Biblia habla de las implicaciones de ser familia con Dios para nuestras relaciones con otros creyentes, casi siempre se enfoca en la Iglesia universal. Como ya vimos, Jesús dice que su familia incluye todos “los que hacen la voluntad” de su Padre (Mateo 12:46-50), Pablo enseña que todos los que ponen su fe en Cristo Jesús son hijos de Dios (Gálatas 3:26), y Juan explica que “todo” el

que practica la justicia ha nacido de Jesús (1 Juan 2:29, énfasis mío).

En Efesios 2 leemos que tanto los judíos como los gentiles que adoran a Cristo se han vuelto “miembros de la familia de Dios” (2:29) porque Jesús, siendo nuestra paz, “de los dos pueblos ha hecho uno solo...para crear en sí mismo de los dos pueblos una nueva humanidad” (2:14-15). Es a esta nueva humanidad a la que Dios se refiere cuando nos llama, “siempre que tengamos la oportunidad,” a hacer bien a todos, “y en especial a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). Aunque todo esto obviamente incluye a los creyentes de nuestra iglesia local, es esencial notar que el enfoque de la Biblia no está ahí. Al contrario, el enfoque de la Biblia está en la unidad que compartimos con todo cristiano del mundo como resultado de ser hijos del mismo Padre. Mi pastor contradecía este principio bíblico al solo usar “somos una familia” para hablar de su iglesia local, y muy de vez en cuando de ciertas iglesias que compartían su teología y filosofía de ministerio exactas. Al hacerlo, le negaba a Jesús la gloria que merece por poder unir a personas de toda cultura, raza, lenguaje, clase socioeconómica, generación, corriente teológica y denominación en una sola familia. También nos negaba a nosotros el privilegio de vernos como parte de esta incomprensiblemente grande y diversa familia de Dios.

Otra razón por la cual el uso de mi pastor de “somos una familia” no reflejaba la realidad como Dios la describe es porque la empleaba para impulsar fidelidad a la *institución* de su iglesia mientras la Biblia la emplea para producir fidelidad a las personas de la Iglesia.

Cuando los autores del Nuevo Testamento sí mencionan las implicaciones de nuestra membresía en la familia de Dios para nuestras relaciones con otros cristianos, nos dice cosas como, “Ámense los unos a los otros con amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente”

(Romanos 12:10) y “No reprendas con dureza al anciano, sino aconséjalo como si fuera tu padre. Trata a los jóvenes como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza” (1 Timoteo 5:1-2). El hilo en común que conecta estos pasajes y otros parecidos es el enfoque en cómo nos relacionamos con otros cristianos. Para mi pastor, “somos una familia” no se trataba de esto. Se trataba de cómo nos relacionábamos con la iglesia como una institución. Es decir, mientras que en la Biblia “somos una familia” significa que tenemos la responsabilidad de amar y tratar con respeto a los cristianos con quienes nos relacionamos, para mi pastor “somos una familia” significaba que teníamos la responsabilidad de participar en los programas de la iglesia, apoyar con los eventos de la iglesia, dar al presupuesto de la iglesia, y seguir la voluntad de los líderes de la iglesia. Aún peor, fue una relación de un solo sentido.

El pastor esperaba que cada miembro de la iglesia sirviera las necesidades de la institución porque “somos familia”, pero ni enseñaba ni esperaba que la institución les debiera lo mismo a los miembros de la “familia”. De la misma manera, exigía que los miembros compartieran “sus luchas” con la iglesia pero estos mismos no sabían absolutamente nada de las luchas del pastor y su familia. Así que los mismos cristianos que sacrificaban su tiempo, dinero y familia biológica por el bien de la institución, se encontraban solos cuando eran ellos los que precisaban de apoyo. Recordarnos de que “somos una familia” sirvió como una manera de manipularnos a hacer lo que el pastor deseaba para la institución aún a costa de lo que era mejor para las personas que formaban parte de ella. Por supuesto, es posible que usar “somos una familia” para manipular a las personas en servicio a la institución nunca haya sido la *intención* del pastor, pero incontables veces fue la *función*

de la frase y esta no podía haber sido más opuesta a lo que las Escrituras describen.

Cabe mencionar que otras organizaciones usan la misma estrategia de la misma manera. Varias empresas te dirán “somos una familia” como un medio para conseguir un compromiso a la empresa que va mucho más allá de su compromiso contigo como empleado. A pesar de decir que “somos una familia,” en cuanto dejas de servir las metas de la empresa de la manera que la empresa considera más eficiente, te despiden y te reemplazan con alguien más. ¿Puedes imaginar una familia que funciona así? “Ustedes recordarán a nuestra hija, María. Bueno, realmente nos estaba costando mucho tiempo tener que llevarla a sus tres talleres de natación cada semana. Esto interfería con su habilidad de mantener su cuarto limpio. Así que ya no forma parte de nuestra familia. Pero no se preocupen, ahora tenemos a Karen ocupando su puesto en la familia”.

Uno de mis trabajos es como maestro de primaria y las escuelas muchas veces usan “somos una familia” de la misma manera que mi pastor. No tienen los recursos para poder contratar al número adecuado de maestros, así que frecuentemente usan “somos una familia” para motivar a los profesores empleados a dar horas extras, que no están en sus contratos, en servicio a la escuela como institución sin remuneración alguna. Es muy común que respondamos dándoles exactamente lo que piden porque entendemos que la causa de la escuela, tal como la de la iglesia, es importante y hemos comprado la idea de que “somos una familia”. Pero tal como con las empresas y con las iglesias, “somos una familia” aplica de un solo sentido. Cuando yo, como maestro, tengo una emergencia en mi vida personal no recibo ni ayuda de la escuela ni dinero por las horas que no puedo ir, a pesar de todas las horas gratis que le he dado a la institución educativa. Tanto en empresas y escuelas

como en iglesias locales, “somos una familia” es muchas veces un lema cuya función es manipular a los miembros a dar a la institución lo que no reciben de ella. Esta de ninguna manera refleja la realidad como Dios la describe.

El uso de “somos una familia” de mi pastor no solo no reflejaba la realidad como Dios lo describe, tampoco reflejaba la realidad que vivimos en su iglesia. En América Latina, tal como en la Biblia, la palabra “familia” comunica mucho. Describe una situación en la cual cada miembro tiene voz, algo que solo tenían los líderes en la iglesia de mi pastor. También describe relaciones de suprema intimidad mientras, en la iglesia de mi pastor, uno se consideraba sumamente afortunado si tenía una relación de confianza con dos de las casi doscientas personas que formaban parte de ella. La mayoría de los demás eran gente que simplemente se sentaban en las mismas instalaciones por 90 minutos por semana y con quienes no compartía ninguna relación tangible. Adicionalmente, la palabra “familia” implica relaciones de dependencia y apoyo mutuo, pero si uno en la iglesia de mi pastor se encontraba con necesidades emocionales, relacionales, financieras o espirituales, casi siempre terminó sintiéndose defraudado porque, como ya vimos, la “familia” no existía para el bien de sus miembros sino para el bien de la institución.

El Pastor y autor Francis Chan frecuentemente comparte la historia de una experiencia transformadora para su ministerio. Su iglesia tuvo el privilegio de bautizar a un ex miembro de una pandilla, algo que obviamente era una causa de celebración. Sin embargo, después de un tiempo Chan se dio cuenta de que el hombre ya no estaba asistiendo a la iglesia. Cuando le preguntaron al hombre por qué se había ido, él explicó que había tenido la idea equivocada de cómo iba a ser la iglesia. Él pensaba que iban a convivir como una familia y fue decepcionado al



descubrir que su pandilla había vivido mucho más como una familia que su iglesia.

Cuando decimos que “somos una familia” pero la experiencia de los miembros de nuestra iglesia dice todo lo contrario, le damos razones tanto a los cristianos como al mundo a no creer lo que la Biblia sí enseña acerca del pueblo de Dios.

La Biblia sí dice que los que realmente han renacido por su fe en Jesús y han recibido al Espíritu Santo como la evidencia de su adopción han sido unidos bajo el cuidado de un mismo Padre en una nueva familia. Esta familia, que no consiste en todos los que asisten a una iglesia y no se une ni por ni para ninguna institución, ya es una realidad espiritual tal como es una realidad espiritual que en este momento todo verdadero cristiano ya posee toda bendición espiritual con Cristo y ya está sentado con él en las regiones celestiales (Efesios 1:3, 2:6). Sin embargo, esta realidad espiritual todavía no ha llegado a ser una realidad práctica en la misma medida, igual que nuestra posesión de toda bendición espiritual y nuestro asiento con Cristo en las regiones celestiales.

Teólogos describen este estado en el cual hay realidades espirituales que ya experimentamos pero que todavía no disfrutamos en su totalidad como “el ya pero todavía no”, y ninguna de estas bendiciones se realizará por completo hasta que Cristo regrese. Sabiendo esto, los pastores deberíamos hacer todo lo posible para que los cristianos en nuestras comunidades experimenten toda la realidad espiritual de estar unidos con Dios y con sus hijos en la medida de lo posible, mientras, al mismo tiempo, evitamos describir, ofrecer o exigir una vida comunal que todavía no es real en la práctica. Esto nos podría proteger del error de mi pastor de decir “somos una familia” de una manera que no reflejaba ni la realidad como Dios la describe ni la realidad como la vivimos en la iglesia.

Mientras vivimos en “el ya pero todavía no” nos vendría bien recordar que el Dios que adoramos ha existido siempre en familia perfecta. Tanto el Padre, como el Hijo, como el Espíritu Santo es igualmente Dios (Mateo 28:19-20, 2 Corintios 13:14) y ejerce un rol único al trabajar con los otros para cumplir sus propósitos unificados (1 Pedro 1:1-2, Juan 5:19-30). Existen en eterna unidad, sirviéndose mutuamente, honrándose y amándose unos a otros en la familia verdadera y perfecta. Cuando hablamos de “familia” esta define lo que significa el concepto. Aunque nacimos totalmente fuera de esta familia, Jesús vino para transformarnos de enemigos de Dios a hijos de Dios (Gálatas 4:4-5, Juan 1:12-13). Al estar unidos a él en fe, nos convertimos en Hijos de Dios precisamente porque, y solo porque, somos uno con Jesús —el Hijo de Dios verdadero y perfecto— por fe (Gálatas 3:26). Esto nos hace parte de la familia perfecta y eterna junto con todos los demás que a través de Cristo han sido adoptados como hijos del mismo Dios Padre (Romanos 8:15-17, Gálatas 4:6-7). Si somos muy bendecidos en esta tierra Dios nos regalará muestras de esta realidad espiritual en nuestra iglesia local, pero sin importar si lo hace o si nos toca enfrentar decepción, hipocresía, soledad, y hasta abuso en la iglesia, nuestro futuro sigue siendo el mismo: algún día no solo diremos “somos una familia” sino viviremos en familia íntima y perfecta con nada más y nada menos que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, junto con todas las personas, de todas las culturas, de todos los tiempos que han sido redimidos para participar en la misma. El “ya pero todavía no” se volverá el “ya y para siempre”.

## **GUÍA DE DISCUSIÓN**

### **Resumen del capítulo**

La familia es una de las muchas metáforas que Dios usa para describir a su Iglesia, pero cuando muchos pastores dicen “somos una familia” no refleja ni la realidad cómo Dios la describe en la Biblia ni la que sus miembros viven en sus iglesias. En la Biblia, la imagen de la familia existe principalmente para hablar de nuestra nueva relación con Dios, no de nuestras relaciones con otros cristianos; aplica solo a los verdaderos creyentes y no a todos los que asisten a una iglesia; enfatiza la iglesia universal y no la iglesia local; e impulsa fidelidad a las personas de la Iglesia en lugar de a la institución de su iglesia. Además, cuando decimos que “somos una familia” pero la experiencia de los miembros de nuestra iglesia dice todo lo contrario, les damos razones tanto a los cristianos como al mundo a no creer lo que la Biblia sí enseña acerca del pueblo de Dios. La buena noticia es que algún día no solo diremos “somos una familia” sino viviremos en familia íntima y perfecta con nada más y nada menos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, junto con todas las personas, de todas las culturas, de todos los tiempos que han sido redimidos para participar en la misma.

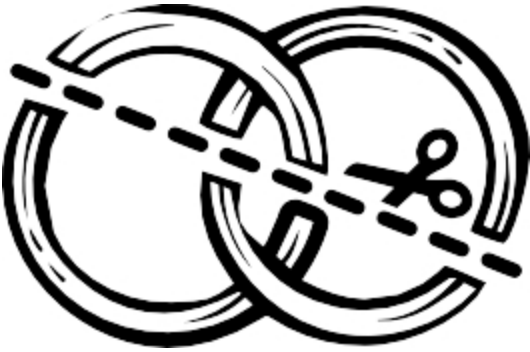
### **Preguntas de discusión**

- ▶ ¿Cuál ha sido tu experiencia con la enseñanza “somos una familia”, ya sea en una iglesia o en un trabajo?
  
- ▶ ¿Cuáles beneficios potenciales existen al hablar de una iglesia local como una familia? ¿Cuáles riesgos están presentes? En tu respuesta, considera a los líderes, miembros y visitantes.
  
- ▶ ¿Por qué es importante solo considerar como miembros de la familia de Dios a quienes obedecen

los mandamientos de Dios, afirman que Jesús es el Hijo de Dios, practican la justicia y no el pecado, y aman a sus hermanos?

- ▶ ¿Cuál es la diferencia entre pedir fidelidad a la institución de la iglesia y pedir lealtad a las personas de la Iglesia? ¿Cómo se ven similares? ¿Cómo se ven diferentes? ¿Y por qué piensas que Dios solo pide lo segundo?
- ▶ El autor habla del concepto teológico del “ya pero todavía no”. ¿De qué maneras ya es cierto que una comunidad de verdaderos cristianos ya son una familia? ¿De qué maneras es algo que todavía no es cierto?
- ▶ Para ti, ¿ver a la Iglesia como tu familia es algo que te da consuelo o te da miedo? ¿Por qué?

## **“EL DIVORCIO SOLO SE PERMITE EN CASOS DE INMORALIDAD SEXUAL Y ABANDONO”**



***“El divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono”.***

Esta era la postura de mi pastor con respecto a los retos matrimoniales y guiaba el consejo que le ofrecía a las personas que sufrían en sus relaciones. Confieso que por muchos años compartí esta misma postura, que en este capítulo llamaríamos “la postura tradicional”, porque a primera vista parecía ser bastante bíblica y tomar muy en serio los horrores del divorcio. Para mí esto era importante porque como hijo de padres divorciados y pastor de familias e individuos afectados por el divorcio, conocía personal e íntimamente el dolor y la devastación que siempre resultan de él.

De lo que no me di cuenta era que la enseñanza “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” también es horrible y, al igual que el divorcio, produce dolor y devastación en individuos y familias. Lo hace al crear resultados absurdos, al usar la ley como los fariseos y no como Jesús, y al depender de una exégesis defectuosa. Antes de tocar a profundidad estos puntos, quiero aclarar que no me interesa en absoluto defender el

divorcio, sino a las personas que pueden tener razones para llegar a considerarlo.

## **La postura tradicional produce resultados absurdos**

El hecho de que una enseñanza engendre resultados absurdos no es evidencia suficiente en sí para rechazarla por completo como una mentira pero, si realmente adoramos a un Dios de orden, las contradicciones y absurdidades que la postura tradicional produce sí deberían hacernos dudar lo suficiente como para reevaluar nuestra interpretación a la luz de las Escrituras y buscar si ellas nos ofrecen una alternativa más consistente con el mundo como realmente es.

Por ejemplo, decir “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” permite que, lamentablemente y por fuerte que se lea, un hombre o una mujer en un matrimonio miserable anhele que su pareja cometa adulterio y, si lo comete, hace que la misma persona sienta alivio al haber sido traicionado simplemente porque es su única forma de ser libre de la miseria de su matrimonio. Si nuestra postura hace que la gente piense que su única alternativa es ser víctima de adulterio, deberíamos reevaluar nuestra postura.

Esta enseñanza también hace que una mujer sí se pueda divorciar de un hombre que le ha sido infiel pero no de un hombre culpable de intento de homicidio, o que ha abusado de sus hijos, o que ha fallado en proveer comida y alojamiento, o que se ha entregado a las drogas, el alcohol, u otras adicciones. Si nuestra postura hace que el único pecado que justifica el divorcio es el adulterio, mientras hay otros pecados que destruyen familias de una forma aún más difícil de reparar, deberíamos reevaluar nuestra postura.

Además, lo que mi pastor enseñaba hace que le digamos a los que están en un matrimonio llenos de sufrimiento: aménos que tu cónyuge te haya sido infiel, Jesús quiere que te quedes en esa situación para que aprendas a ser más como él. Puede que este consejo sirva para una persona que batalla con las dificultades promedio de vivir con otro

pecador imperfecto, como la impaciencia, los desacuerdos y la falta de comunicación. Pero, ¿realmente queremos romantizar los matrimonios poco sanos al decirles a las víctimas de negligencia, abuso, y pecado impenitente que Jesús es el responsable por su dolor y que no solo no va a hacer nada para rescatarlos, sino que están en esta situación para que “aprendan”? Si nuestra postura hace que no tengamos ningún consejo para los que sufren aparte de “Jesús te está enseñando algo”, deberíamos reevaluar nuestra postura.

Decir “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” también hace que un hombre pueda ignorar a su esposa por completo por 25 años, negándole el afecto, el sexo, el apoyo, el respeto, la provisión, el liderazgo espiritual todos los días de su matrimonio, pero si algún día esta mujer decide que ya no puede más y pide un divorcio, o si por la miseria de su matrimonio cae una sola vez en pecado sexual o emocional con otro hombre, es ella quien va a ser “disciplinada” por la iglesia y él quien va a ser tratado como la víctima. Si nuestra postura hace que la verdadera víctima de años y años de pecado impenitente sea vista como el victimario y que el verdadero victimario, cuyo pecado llevó al otro al punto de la desesperación, sea visto como la víctima inocente, deberíamos reevaluar nuestra postura.

Como si esto fuera poco, la postura tradicional también hace que los pastores de la iglesia cambien su llamado a predicar a Cristo por un supuesto llamado a averiguar quién ha hecho qué a quién. Como pastores, escuchamos “el lado de la historia” de uno y “el lado de la historia” del otro y nos ponemos en el lugar de él que tiene que decidir si el divorcio es “permisible” o no. Si es, nosotros declaramos quién es el inocente y quién es el culpable y, si decidimos que el divorcio no es “permisible”, le anunciamos a la persona más herida que está obligada a quedarse en el sufrimiento de su matrimonio y que Dios no le permite



ningún escape. Si nuestra postura hace que los pastores decidan por alguien más si se queda en su matrimonio o no; si nuestra postura hace que elijamos partidos a pesar de no tener manera de realmente saber qué ha pasado en la relación ni cómo le ha afectado a nadie; si nuestra postura hace que los pastores le agreguen cargas a las personas más débiles y heridas en lugar de aliviarlas; si nuestra postura hace que los pastores prediquen la ley de lo que se puede o no se puede hacer a la gente que sufre en lugar del evangelio de lo que Cristo hace y ya ha hecho, deberíamos reevaluar nuestra postura.

### **La postura tradicional usa la ley como los fariseos y no como Jesús**

Además de producir resultados absurdos, la enseñanza que “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” usa la ley como los fariseos la usaban y no como Jesús la usaba.

Tal vez la ilustración más poderosa de la diferencia entre los dos usos se encuentra en Mateo 12:1-14 y Marcos 2:23-3:6. En ambos relatos Jesús tiene una confrontación con los fariseos debido a su comportamiento en dos sábados distintos. En el primero, Jesús permite que sus discípulos arranquen unas espigas de trigo al cruzar los sembradíos. Los fariseos le piden una explicación, ya que Jesús está permitiendo que sus discípulos hagan lo que está prohibido hacer en sábado. En el segundo, Jesús entra en la sinagoga donde se encuentra con un hombre con la mano paralizada y decide sanarlo. Este acto de misericordia en el día de reposo les molestó tanto a los fariseos que salieron de allí tramando cómo matar a Jesús.

En los dos casos, los fariseos se ofendieron porque para ellos lo más importante era que la gente sirviera a la ley pero, para Jesús, lo más importante era que la ley sirviera a la gente. Por esto respondió a sus quejas diciendo: “El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el

sábado”. Es decir, según el legislador de la ley, la ley existe para bendecir al ser humano y permitir que florezca (algo que sí hace en circunstancias normales) y no para oprimirlo o asfixiarlo (algo que puede pasar cuando la ley está aplicada en circunstancias complejas como si fueran circunstancias promedio). Este principio no solo aplica a cómo deberíamos leer los mandamientos sobre el sábado, sino a cómo deberíamos leer todos los mandatos y normas de Dios, incluyendo los que se tratan del divorcio porque, parafraseando a Jesús, “El matrimonio se hizo para el hombre, y no el hombre para el matrimonio”.

La postura tradicional se enfoca en el principio general de que “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” en lugar de enfocarse en la persona específica y sus necesidades en su situación única. Este enfoque refleja el de los fariseos, quienes quieren usar a las personas para bendecir la ley, en lugar de la perspectiva de Jesús, quien quiere usar la ley para bendecir a su pueblo. Es bastante irónico que las leyes que se encuentran en las escrituras sobre el divorcio fueran creadas para proteger a la gente más vulnerable: en aquel entonces, las mujeres. Ahora estas mismas leyes que fueron diseñadas por Dios para proteger a los más vulnerables se usan para obligarlos a quedarse en situaciones que les hacen mucho daño. Estoy seguro de que Jesús nos diría a nosotros, tal como les dijo a los fariseos que se enojaron por su comportamiento ese sábado, “Si ustedes supieran qué significa esto: ‘Lo que pido de ustedes es misericordia y no sacrificios’, no condenarían a los que no son culpables”.

Jesús mismo invita a los cansados y agobiados a venir a él porque su yugo es suave y liviano. Si nuestra postura sobre el divorcio le pone a la gente a la cual Jesús ofrece descanso una carga opresiva y aterradora, deberíamos reevaluar nuestra postura.

## **La postura tradicional depende de exégesis defectuosa**

Es cierto que la enseñanza de que “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” produce resultados absurdos y usa la ley como los fariseos la usaban y no como Jesús la usaba, pero también es cierto que se basa en una sincera interpretación de algunos textos bíblicos. Sin embargo, al revisar el texto más citado en defensa de la postura tradicional vemos que esta interpretación, por muy sincera que sea, no es la mejor.

*“Algunos fariseos se le acercaron y, para ponerlo a prueba, le preguntaron:*

*—¿Está permitido que un hombre se divorcie de su esposa por cualquier motivo?*

*—¿No han leído —replicó Jesús— que en el principio el Creador “los hizo hombre y mujer”, y dijo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo”? Así que ya no son dos, sino uno solo. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.*

*Le replicaron:*

*—¿Por qué, entonces, mandó Moisés que un hombre le diera a su esposa un certificado de divorcio y la despidiera?*

*—Moisés les permitió a ustedes divorciarse de sus esposas por lo obstinados que son—respondió Jesús—. Pero no fue así desde el principio. Les digo que, excepto en caso de inmoralidad sexual, el que se divorcia de su esposa, y se casa con otra, comete adulterio”*

*(Mateo 19:3-9).*

El primer problema con nuestra interpretación de este texto es que lo leemos como si Jesús estuviera contestando la pregunta que nosotros más queremos que conteste: ¿cuándo es permisible divorciarse? En realidad, Jesús está contestando la pregunta que los fariseos querían que contestara y, aunque nosotros tendemos a leer su pregunta como si fuera igual a la nuestra, no lo es. La pregunta de los fariseos era: “¿Está permitido que un hombre se divorcie de su esposa por cualquier motivo?”

Hay cinco palabras claves en esta pregunta. La primera es “hombre” y la segunda es “esposa”. A los fariseos que le hicieron esta pregunta a Jesús, no les interesaba saber lo que él pensaba del divorcio en general. Ellos querían saber

si Jesús les iba a poner límites como hombres o si podrían despedirse de sus esposas cuando quisieran, cómo quisieran, sin obstáculo alguno. Esta no fue una pregunta sobre lo que Jesús pensaba del divorcio en general en todas las culturas, en todos los contextos, a lo largo de toda la historia. Fue una pregunta específica acerca de una situación definida en un contexto cultural único en el cual mucho de lo que había sido escrito en la Biblia sobre el divorcio fue escrito para proteger a las mujeres vulnerables de hombres que las hubieran abandonado o se hubieran aprovechado de ellas si no fuera por la ley. En el momento en que usamos esta respuesta de Jesús para contestar nuestras preguntas sobre el divorcio en lugar de tomarla como una contestación a la pregunta que hicieron los fariseos, estamos haciendo una mala interpretación.

La tercera, cuarta, y quinta palabras claves se encuentran en la frase “por cualquier motivo”. Primero, es importante notar que los fariseos no le preguntaron a Jesús, “¿cuáles son los motivos aceptables para buscar un divorcio?”. Le preguntaron si era aceptable buscar un divorcio “por cualquier motivo”. Son dos preguntas distintas y la postura tradicional comete el error de leer la respuesta de Jesús como si estuviera contestando la primera pregunta, aunque no es así. Segundo, aunque la frase “por cualquier motivo” no nos llama la atención en el siglo 21, la audiencia original inmediatamente reconoció esta frase. Tal como cuando nosotros escuchamos la frase “No, yo soy tu padre” e inmediatamente pensamos en el debate entre Luke Skywalker y Darth Vader, los judíos del primer siglo escuchaban la frase “por cualquier motivo” e inmediatamente la reconocían como una referencia a un debate famoso entre dos rabinos acerca de la interpretación de un solo texto bíblico acerca del divorcio.

Deuteronomio 24:1 dice: “Si un hombre se casa con una mujer, pero luego deja de quererla por haber encontrado en ella algo indecoroso, solo podrá despedirla si le entrega un

certificado de divorcio”. El propósito de esta ley fue proteger a la mujer abandonada. Dios le obligó al hombre a darle a su mujer un certificado de divorcio para que él no pudiera regresar después de haberla abandonado y reclamarla a ella o a sus posesiones como si todavía fueran suyos, y para que no pudiera interferir si ella decidía casarse con alguien más. Sin embargo, con el tiempo, los rabinos hablaban menos del propósito original del texto (¿cómo protegemos a la mujer vulnerable?) y más sobre lo que más les interesaba a ellos (¿en cuáles situaciones podemos justificar el divorcio?) aunque el texto en realidad no se trata de esto. El debate se centraba en lo que realmente se calificaba como “algo indecoroso” en Deuteronomio 24:1.

Un rabino que se llamaba Hillel argumentaba que “algo indecoroso” esencialmente se refería a cualquier cosa que no le agradaba al hombre. Por ende, enseñó que el divorcio era permisible “por cualquier motivo”, incluyendo algo tan insignificante como que la esposa quemara la comida de su esposo. Esta enseñanza directamente contradujo el propósito original del texto e hizo que las mujeres fueran aún más vulnerables. Como resultado, otro rabino que se llamaba Shammai argumentaba que lo único que calificaba como “algo indecoroso” era el adulterio. Según su perspectiva, un hombre no podría justificar su divorcio usando Deuteronomio 24:1 «por cualquier motivo” sino por el motivo de infidelidad de parte de la mujer. Es importante notar que Shammai no argumentaba que el adulterio era el único motivo permisible para el divorcio en las escrituras, sino que era la única razón en ese texto (también creía que Éxodo 21:10-11 permitía el divorcio en casos de negligencia física y emocional).

Este debate fue bien conocido en el primer siglo y tenía muchas implicaciones para los hombres judíos de esa época. Así que, cuando los fariseos le preguntan a Jesús si está permitido que un hombre se divorcie de su esposa “por cualquier motivo”, no le están pidiendo que les dé una lista

de todos los casos en los cuales el divorcio es permisible. Le están pidiendo que elija un bando en el debate entre estas dos escuelas de pensamiento. En cuanto quitamos la respuesta de Jesús de este contexto histórico ya la estamos malinterpretando. Sin embargo, esto es justamente lo que hacemos cuando decimos que la respuesta de Jesús a esta pregunta es la misma a nuestra pregunta de “¿cuáles son todos los casos en los cuales el divorcio es permisible?”

La respuesta de Jesús a la pregunta de los fariseos es: “excepto en caso de inmoralidad sexual, el que se divorcia de su esposa, y se casa con otra, comete adulterio”. Su respuesta a nuestra pregunta sobre todos los casos en los cuales el divorcio es permisible simplemente no puede ser la misma. No puede serla porque si Jesús fuera a contestar nuestra pregunta con la misma respuesta con la que contestó la cuestión de los fariseos, estaría contradiciendo a su Apóstol Pablo, quien también permite el divorcio en caso de abandono en 1 Corintios 7:15, y a la ley del Antiguo Testamento, el cual él mismo dijo que vino para cumplir y no para anular, que también habla de permitir el divorcio en casos de negligencia física y emocional (Éxodo 21:10-11). Jesús, por supuesto, no contradice a sus apóstoles ni a Dios Padre con su respuesta. Lo que sí hace con su respuesta es afirmar que Hillel estaba abusando de Deuteronomio 24:1, que ese texto no permite el divorcio por “cualquier motivo”, y que el hombre que abandona a su esposa por “cualquier motivo” todavía está casado ante los ojos de Dios y es culpable de adulterio si entra en otro matrimonio.

La respuesta de Jesús a la pregunta de los fariseos es muy útil y nos enseña mucho sobre el carácter de Dios. Por ejemplo, nos enseña que Dios valora mucho el matrimonio, que lo ideal por lo cual lo diseñó fue para unir a dos seres humanos en un solo cuerpo con la intención de que nunca estuvieran separados, que esta unidad a veces sí se rompe debido a la obstinación de por lo menos un miembro del matrimonio, que la infidelidad sexual es una violación del

contrato matrimonial, y que a Dios le importa mucho proteger a los más vulnerables. Lo que no nos enseña es la postura tradicional de la Iglesia sobre el divorcio y, por ende, deberíamos rechazar la enseñanza de que “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono” una vez y para siempre.

Este no es el único pasaje que la postura tradicional malinterpreta. Otro ejemplo de exégesis defectuosa que se usa para defender esta postura se encuentra en Malaquías 2:16. Muchos que apoyan la postura tradicional declaran “Dios aborrece el divorcio” porque en muchas versiones de la Biblia el texto dice exactamente esto. Sin embargo, esto es un error de traducción que no existe en La Septuaginta, la antigua traducción griega del antiguo testamento del segundo siglo antes de Cristo, y tampoco existe en muchas de las versiones modernas inglesas. En la Septuaginta el pasaje se lee en segunda persona (“si tú aborreces y te divorcias de tu esposa”) mientras en las versiones modernas inglesas se lee en tercera persona (“el hombre que aborrece y se divorcia de su esposa”).

El hebreo original permite las dos opciones porque deja un poco de duda acerca de si se refiere al lector explícitamente (“si tú aborreces”) o implícitamente (“el hombre que aborrece”), pero no deja nada de duda acerca de dos cosas: quién está aborreciendo (en las dos opciones es un hombre casado) y a quién está aborreciendo (en las dos opciones es a su esposa). El hebreo no permite que el sujeto de la frase sea Dios ni que el objeto de la frase sea el divorcio como ocurre en la mala traducción: “Yo (Dios) aborrezco el divorcio”. Lo que el profeta Malaquías realmente escribió es que Dios estaba opuesto a los israelitas que con odio y violencia estaban abandonando a sus esposas a favor de las mujeres paganas de Canaán. Es decir, el enemigo en Malaquías 2:16 no es el divorcio sino los hombres violentos e injustos. Ojalá las versiones en



español corrijan el error en sus próximas ediciones porque la mala traducción sigue siendo usada para lastimar a gente victimizada (al quitarles la protección potencial del divorcio) en lugar de ser usada para enfrentar a los verdaderos victimarios (los que maltratan a sus esposas) como Dios tenía planeado.

Como si el error de traducción no fuera razón suficiente para abandonar el argumento de la postura tradicional de que Dios siempre aborrece el divorcio, también es cierto que, además de permitirlo en varias situaciones como ya vimos, Dios está a su favor en ciertos casos.

El ejemplo más claro se encuentra en el libro de Esdras. Después de décadas en cautiverio babilónico, un grupo de israelitas regresó a Jerusalén bajo el liderazgo de Esdras el sacerdote, quien les instruía en la ley y los llamaba a arrepentirse de sus muchos pecados contra Dios. Uno de estos pecados era el de casarse con mujeres extranjeras que adoraban a dioses extranjeros, algo que prohibía la ley. Dirigiéndose hasta los israelitas culpables de este pecado, Esdras dijo: “Ustedes han sido infieles y han aumentado la culpa de Israel, pues han contraído matrimonio con mujeres extranjeras. Ahora, pues, confiesen su pecado al Señor, Dios de nuestros antepasados, y hagan lo que a él le agrada. Sepárense de los paganos y de las mujeres extranjeras” (Esdras 10:10-11). Inmediatamente después, el pueblo declaró que haría justamente esto. Si Dios realmente aborreciera el divorcio Esdras no podría haber propuesto el divorcio como una demostración de arrepentimiento. No se puede arreglar una abominación al cometer otra.

Otra razón por la cual podemos saber que no puede ser cierto que Dios siempre aborrece el divorcio, es que Dios mismo se identifica como un divorciado. Él amaba al pueblo de Israel como su esposa, pero Israel no dejaba de serle infiel, rompiendo el pacto que tenía con él una y otra y otra vez. Como resultado, Dios se declaró divorciado de Israel y,

aún así, Judá seguía viviendo como si pudiera vivir de la misma manera sin consecuencia. Esto es lo que Dios explica a través de su profeta Jeremías: “[Judá] vio también que yo había repudiado a la apóstata Israel, y que le había dado carta de divorcio por todos los adulterios que había cometido. No obstante, su hermana, la infiel Judá, no tuvo ningún temor, sino que también ella se prostituyó (énfasis mío)”. Si Dios realmente aborreciera el divorcio, no se hubiera identificado a él mismo como un hombre

divorciado que le dio a Israel el certificado de divorcio. Esto es otro ejemplo de cómo la postura tradicional depende de una exégesis defectuosa y, por ende, deberíamos abandonarla.

A los que están sufriendo en un matrimonio infeliz y/o no sano, y a los que ya han salido de uno, Jesús no les ofrece una regla que produce resultados absurdos, que usa la ley como los fariseos, y que depende de una exégesis defectuosa. No, a estas personas Jesús se les ofrece a sí mismo. Por su vida perfecta él ofrece regalarles su rectitud para que sean aceptados y adoptados como hijos de Dios, ya sea que vivan como hijos casados o divorciados. Por su muerte sacrificial él ofrece perdonarles de sus propios pecados y limpiarles de las manchas dejadas por los que han sido cometidos en su contra, ya sea en un matrimonio difícil o un divorcio dañoso. Por su resurrección victoriosa él ofrece acompañarlos y empoderarlos en los retos más difíciles de la vida, ya sea un matrimonio lleno de dolor o un divorcio marcado por lo mismo. Espero que nosotros, como cristianos, seamos conocidos por predicar este mensaje a la gente casada y divorciada y no por el de “el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono”.



## **GUÍA DE DISCUSIÓN**

### **Resumen del capítulo**

Muchos dicen que el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono, algo que en el libro se resume como “la postura tradicional”. A primera vista parece ser bastante bíblica y tomar muy en serio los horrores del divorcio. Sin embargo, al examinarla más de cerca, se ve que realmente no es bíblica y que también produce dolor y devastación en individuos y familias al crear resultados absurdos, al usar la ley como los fariseos y no como Jesús y al depender de exégesis defectuosa. La buena noticia es que a los que están sufriendo en un matrimonio infeliz y no sano, y a los que ya han salido de uno, Jesús no les ofrece esta regla sino a sí mismo. Esto les provee rectitud y aceptación, perdón de sus propios pecados y sanación de los pecados cometidos en su contra, además de acompañamiento y poder para las partes más difíciles de la vida.

### **Preguntas de discusión**

- ▶ Antes de haber leído este capítulo, ¿cuál era tu opinión de lo que el autor llama “la postura tradicional” sobre el divorcio? ¿Por qué?
- ▶ El autor argumenta que la postura tradicional produce resultados absurdos. ¿Cuál de los resultados que menciona más nos debería hacer reconsiderar la enseñanza tradicional? ¿Cuáles agregarías a su lista?
- ▶ ¿Por qué es importante diferenciar entre la pregunta “¿por cuáles motivos puede una persona divorciarse de su cónyuge?” y “¿está permitido que un hombre se divorcie de su esposa por cualquier motivo?” ¿Por qué piensas que la postura tradicional confunde la primera con la segunda?
- ▶ Lee Éxodo 21:10-11 y Deuteronomio 21:10-14 con el grupo. ¿Cómo es que estos pasajes revelan que no

puede ser cierto que el divorcio solo se permite en casos de inmoralidad sexual y abandono?

- ▶ Los pasajes bíblicos citados en este capítulo muestran que Dios está interesado en proteger tanto el valor del matrimonio como el valor de los humanos que se encuentran en uno. La postura tradicional solo se interesa por proteger al primero. Como cristianos, ¿cómo podemos honrar a los dos?

## **“ERES UN PECADOR DESGRACIADO”**



*Te hablan como si por el mero hecho de ser humano fueras basura.*

Si has asistido a una iglesia como la de mi pastor, sabes a qué me refiero. Cada sermón, cada canción, cada conversación enfatiza lo horrible, lo desgraciado, lo humillante, lo vil, lo rebelde, lo desesperado que eres como pecador. Ya sea que lo hagan intencionalmente o no, te dan la impresión de que la mejor manera de medir la madurez espiritual de un cristiano es al medir su nivel de decepción consigo mismo, y no hay manera de que esto no afecte tu autopercepción y tu idea de cómo Dios te ve. Cuando el servicio termina, ya te han pisado tanto verbalmente que no puedes recordar si estabas en un culto de adoración o una relación de abuso. Mi pastor creaba este tipo de ambiente cuando declaraba, de todas las formas que puedes imaginar, “Eres un pecador desgraciado”. Esta mentira era y es particularmente peligrosa porque en un sentido dice algo de verdad, pero en otro sentido no la dice y definitivamente no proclama toda la verdad acerca de quiénes somos. En otras palabras, decir “Eres un pecador desgraciado” es decir una media verdad, y una verdad a medias es una mentira completa.

Lo más confuso era que mi pastor decía que el evangelio empezaba con que nosotros estábamos muertos en nuestro pecado. El primer problema con esto es que el evangelio significa, literalmente, “las buenas nuevas”. He viajado a muchos lugares y conocido a gente de todo tipo pero todavía no he encontrado la parte de este planeta en donde “Eres un pecador desgraciado” se escucha como buenas nuevas. El segundo problema es que, además de que el evangelio no se trata de que nosotros somos pecadores desgraciados, es que no se trata de nosotros en absoluto. El evangelio se trata de Cristo y punto. Son las buenas nuevas de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho para la gloria de Dios y para el bien de su pueblo. El tercer problema con esta enseñanza de mi pastor es que la Biblia no empieza con hombres y mujeres perdidos en su pecado, comienza con hombres y mujeres hechos a la imagen de Dios (Génesis 1:26-28). Esto quiere decir que lo más esencial de nuestra identidad, tanto de los no cristianos como de los cristianos, no es qué hacemos nosotros, sino cómo nos hizo Dios. Por llevar su imagen en nosotros, hasta el hombre más malvado tiene características admirables y valor incomparable. Cada vez que mi pastor decía, “Eres un pecador desgraciado” decía una media verdad que daba la impresión de que lo que más nos definía era nuestro pecado, y una verdad a medias es una mentira completa.

Otra parte confusa de esta enseñanza de mi pastor es que la defendía al citar textos que hablan de quienes éramos en lugar de darle peso a los textos que explican quienes somos. Amaba referirse a Efesios 2:1-4 que dice:

*“En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu*

*que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios.”*

Ciertamente este texto explica que nuestra situación aparte de Cristo era desesperada. Tanto que Pablo nos describe como “muertos” en nuestras transgresiones, siervos del que “gobierna las tinieblas” e impulsados por “nuestros deseos pecaminosos”. Sin embargo, el propósito de este texto no es decirnos: “eres un pecador desgraciado”.

Si fuera así, el autor no hubiera limitado estas características a nuestro pasado al escribir “en otro tiempo”, “en ese tiempo” y al utilizar puros verbos conjugados en el pasado imperfecto. El fin del texto es justamente lo contrario de lo que mi pastor decía, algo que se hace muy obvio en los versículos que siguen (Efesios 2:5-10). Lo que este pasaje enseña es que, por la misericordia y amor de Dios, nosotros hemos sido salvados de este pasado y ahora estamos “en unión con Cristo Jesús”, sentados “con él en las regiones celestiales” y “creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.” Tal como el Antiguo Testamento revela que lo más fundamental de la identidad de todos los seres humanos es que estamos hechos a la imagen de Dios, el Nuevo Testamento revela que lo más primordial de la identidad de los cristianos en particular es que estamos unidos con Jesucristo.

Lo mismo se ve en Colosenses 2:13-15 y Tito 3:3-7, dos pasajes más que mi pastor usaba para comprobar que “eres un pecador desgraciado”. Ambos textos, también escritos por el apóstol Pablo, hablan de cómo el pecado marcaba nuestra vida antes de que Jesús nos redimiera y cómo,



debido a la persona y la obra de este mismo, ya no es así. En Colosenses 2 nuestra nueva realidad está definida por nuestra “unión con Cristo” quien nos perdonó “todos los pecados” y anuló “la deuda que teníamos pendiente por los requisitos de la ley”, la cual Jesús “anuló...clavándola en la cruz”. En Tito 3 esta nueva realidad se marca por el “lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo”. Al decir, “eres un pecador desgraciado”, mi pastor usaba la misma ley que Jesús había anulado para condenarnos y nos definía por el mismo pasado del que la Biblia dice que hemos sido regenerados y renovados. Es decir, nos decía una media verdad, y una verdad a medias es una mentira completa.

Esta mentira es especialmente trágica porque ignora por completo uno de los productos más gloriosos del evangelio: la regeneración. La doctrina de la regeneración nos enseña que, cuando nos convertimos, Dios no solo nos perdona de nuestros pecados sino también nos transforma en nuevas personas. Jesús le llama “el nuevo nacimiento” y él, tal como el pasaje de Tito ya citado, explica que es la obra del Espíritu Santo (Juan 3:1-8). Este nuevo nacimiento nos da a los cristianos una nueva vida, una nueva identidad, un nuevo Señor, un nuevo corazón, y un nuevo poder.

Juan pronuncia que “Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios”. Esto significa no solo que los cristianos recibimos una nueva vida de parte de Dios, sino también que esta nueva vida es la causa, no la consecuencia, de nuestra fe en Jesucristo. En otras palabras, alguien que verdaderamente ha puesto su fe en Jesús lo hace porque, y solo porque, ya tiene la nueva vida de la cual la Biblia nos habla. Además, la recepción de una nueva vida implica que la anterior ha dejado de existir. Pablo lo dice explícitamente en 2 Corintios 5:17: “si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” Para los apóstoles, este cambio no es metafórico. Es real y tangible. Tanto que Pablo dice que la

vieja naturaleza fue “crucificada” con Cristo (Romanos 6:6). Un problema con decirle a un cristiano, “Eres un pecador desgraciado” es que le atribuye a una nueva vida las características de una vida que ya no existe.

Además de una nueva vida, la regeneración también nos da una nueva identidad en Cristo. Antes de nuestra conversión, estuvimos en Adán. Es decir, nuestra identidad se encontró en nuestra relación con él como nuestro antepasado. Sin embargo, después de nuestra conversión, estamos en Cristo y ahora nuestra identidad se encuentra en nuestra relación con él como nuestro redentor (1 Corintios 15:22). Como resultado, los cristianos ya no somos definidos por el pecado, la condenación, la muerte, o ninguna de las otras características que heredamos de Adán; ahora somos definidos por la justicia, la justificación, la vida y todo lo demás que heredamos de Jesús (Romanos 5:12-21). Es por esto que incluso cuando Pablo le escribe a los corintios, una iglesia llenísima de problemas, no les saluda como pecadores desgraciados sino como “los que han sido santificados en Cristo Jesús y llamados a ser su santo pueblo” (1 Corintios 1:2). Puede hacerlo porque su identidad, tal como la nuestra, no se define ni por su drama ni por sus fracasos; su identidad, tal como la nuestra, se define por su relación con Jesucristo. Dado a esta relación, la Biblia le dice a los cristianos “santos” (Colosenses 1:2), “herederos de Dios” (Romanos 8:17), “real sacerdocio” (1 Pedro 2:9) e incluso “hijos de Dios” (Gálatas 3:26). Otro problema con decirle a un cristiano, “Eres un pecador desgraciado” es que le asigna la identidad vieja a una persona que ya ha recibido la identidad nueva como hijo de Dios.

Junto con una nueva vida y una nueva identidad, la regeneración le regala al cristiano un nuevo señor. Cuando estábamos muertos en nuestros pecados servíamos al diablo y a nuestros deseos pecaminosos (Efesios 2:2-3), ofreciendo todo nuestro cuerpo como instrumento del

pecado (Romanos 6:13) y viviendo como sus esclavos (Juan 8:34). Nuestra lealtad a nuestro señor el pecado era tan constante y consistente que era correcto describirnos como “hijos del diablo” (1 Juan 3:10). En cambio, desde el momento que Jesús nos salvó, nos volvimos “hijos de Dios” (Juan 1:12) que ahora vivimos para servirle a él y su voluntad (Juan 8:36), ofreciendo todo nuestro cuerpo como instrumento de justicia (Romanos 6:13) y viviendo como sus esclavos (Romanos 6:20-22). Antes de esto, éramos tan fieles a, y tan dominados por, nuestro señor anterior que jamás habiéramos cambiado de amo por decisión propia. Gracias a Dios, intervino nuestro nuevo Señor quien “nos libró del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Un tercer problema con decirle a un cristiano, “Eres un pecador desgraciado” es que deshonra a su Señor actual que dio su vida para liberarlo de el anterior.

La Biblia testifica que la misma regeneración que da al cristiano una nueva vida, una nueva identidad y un nuevo Señor también le da un nuevo corazón. Este es algo que Dios nos prometió desde el Antiguo Testamento a través de su profeta Ezequiel: “Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes” (Ezequiel 36:26-27). La regeneración que nos provee Jesucristo no consiste en algunos cambios externos y cosméticos, como si estuviera remodelando una casa. Cuando Jesús nos regenera, lo hace de adentro hacia afuera al otorgarnos un nuevo corazón con nuevos deseos. Mientras que el corazón de nuestro primer nacimiento era duro e insensible hacia Dios y su palabra, el de nuestro nuevo nacimiento es suave y moldeable para Dios y su palabra. En la misma medida que el primer corazón incluía por defecto deseos pecaminosos y rebeldes, el nuevo viene por defecto deseando buscar y obedecer a

Dios. Además, otro problema con decirle a un cristiano, “Eres un pecador desgraciado” es que no toma en cuenta que en el centro de su ser esta persona ya no valora ni desea lo que los pecadores desgraciados valoran y desean.

Lo increíble es que el cristiano regenerado no solo recibe este nuevo corazón con nuevos deseos que reflejan los de Dios, sino también recibe el poder para realmente cumplir estos mismos deseos. Este poder se encuentra en el Espíritu Santo que vive en cada cristiano (Hechos 1:8). Este es el que Ezequiel describe al escribir que Dios nos daría “un espíritu nuevo” y que infundiría su Espíritu en nosotros. El fruto de su presencia en nuestras vidas es “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” y nos da todo lo que necesitamos para no seguir la naturaleza de la vieja vida (Gálatas 5:16, 22-23). Un quinto problema con decirle a un cristiano, “Eres un pecador desgraciado” es que ignora el hecho de que el Espíritu Santo les haya dado poder sobrenatural para verdaderamente vivir conforme a los deseos de su corazón redimido.

Todo lo anterior no quiere decir que los cristianos no pequemos. Pablo, probablemente refiriéndose principalmente a su pasado, se identifica como “el primero” de todos los pecadores (1 Timoteo 1:15). Santiago, definitivamente refiriéndose a los pecados actuales de un grupo de cristianos especialmente tentados por las mentiras del mundo les dice, “¡pecadores, límpiense las manos!” (Santiago 4:8). Juan, seguramente haciendo referencia a los pecados en los cuales caemos diariamente escribe, “si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad” (1 Juan 1:8). La Biblia no nos llama a fingir que no pecamos. Al contrario, es hasta ofensivamente honesta acerca de nuestra esclavitud al pecado antes de nuestra conversión y nuestra lucha constante con el pecado aún convertidos. Sin embargo, hay una gran diferencia entre lo que la Biblia enseña y lo que mi

pastor comunicaba. Lo irónico es que al simplemente decirnos, “Eres un pecador desgraciado”, mi pastor nos negaba las buenas nuevas que realmente nos hubieran empoderado para resistir y derrotar al mismo pecado.

La Biblia nos provee tanto el motivo como el medio para hacerlo al decirnos que somos portadores de la imagen de Dios quienes estaban muertos en sus pecados pero han sido rescatados por el Padre, unidos con Cristo, y regenerados por el Espíritu Santo para ahora vivir una nueva vida que viene de Dios, con una nueva identidad como hijos de Dios, con un nuevo Señor en Dios, con un nuevo corazón con nuevos deseos de obedecer a Dios y con un nuevo poder para cumplir estos deseos. ¿Para qué quisiéramos conformarnos con una media verdad acerca de nuestro pecado cuando podemos tener la verdad entera acerca de Jesús? Él merece no solo la gloria por salvar a pecadores como nosotros sino también la gloria por transformarnos. Pablo captura las dos cosas en su carta a los Corintios y nuestro mensaje debería reflejar el suyo:

*“¿No saben que los malvados no heredarán el reino de Dios?*

*¡No se dejen engañar! Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sodomitas, ni los pervertidos sexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. Y eso eran algunos de ustedes. Pero ya han sido lavados, ya han sido santificados, ya han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios”*

*(1 Corintios 6:9-11).*

## **GUÍA DE DISCUSIÓN**

### **Resumen del capítulo**

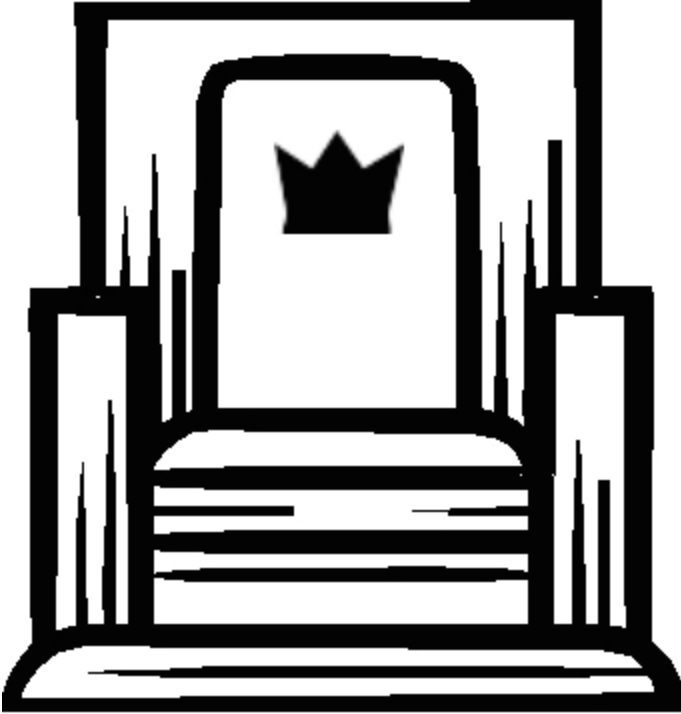
Es común en círculos reformados que los cristianos escuchen constantemente: “eres un pecador desgraciado”. Este concepto se comunica como si fuera parte—o incluso el principio—del evangelio. Esto es ridículo porque la mera definición del evangelio es “buenas nuevas” y en ninguna parte del mundo esta declaración se consideraría así. Además, los pasajes que hablan de cristianos como pecadores desesperados claramente no están hablando de su identidad actual, sino de su estado anterior del cual Jesús los rescató. Lo más trágico es que esta enseñanza ignora por completo uno de los productos más gloriosos del evangelio: la regeneración. La Biblia nos enseña que a través de la regeneración los cristianos reciben una nueva vida, una nueva identidad, un nuevo señor, un nuevo corazón con nuevos deseos, y un nuevo poder con qué cumplirlos. Nada de esto quiere decir que los cristianos no pequen, como cristianos redimidos luchamos a diario con el pecado. Lo irónico es que la enseñanza “eres un pecador desgraciado” nos niega tanto el motivo como el medio para resistirlo y derrotarlo. Estas cosas se encuentran en las buenas nuevas de la doctrina de la regeneración que le da gloria a Jesús no solo como el que salva a pecadores sino también como el que los transforma.

### **Preguntas de discusión**

- ▶ ¿Cómo has visto esta enseñanza comunicada en tu iglesia y en otras?
- ▶ Para un cristiano, ¿cuáles podrían ser algunas de las consecuencias de pensar que su identidad es la de un “pecador desgraciado”? ¿Has experimentado u observado algunas de ellas?

- ▶ ¿Cómo le podría afectar a un cristiano realmente creer que su regeneración le ha regalado una nueva vida, una nueva identidad, un nuevo señor, un nuevo corazón con nuevos deseos, y un nuevo poder para cumplirlos?
- ▶ Lee Efesios 2:1-10. ¿Qué nos enseña acerca de quiénes éramos antes de Cristo? ¿Qué nos enseña con respecto a quiénes somos en Cristo ahora? ¿Cómo podrías usar este pasaje para corregir los errores de la enseñanza de que “eres un pecador desgraciado”?
- ▶ ¿Dirías que tú eres más propenso a minimizar el pecado que hay en ti o a minimizar el poder para vivir como Cristo que hay en ti? ¿Cómo pueden las ideas de este capítulo ayudarte a tener una perspectiva más bíblica de ti mismo?

## **“TIENES QUE SOMETERTE A TUS PASTORES”**



Una vez mi pastor le dio a una miembro de la iglesia un mandamiento con respecto a su vida personal: le dijo que no se casara con otro miembro específico de la iglesia. Este mandamiento no vino de Dios y no se basaba en la Biblia, vino de mi pastor y se basaba en lo que él pensaba más sabio y apropiado para esta persona. Unos meses después ella tomó la decisión de no cumplir las expectativas del pastor y se casó con ese hombre. Como resultado mi pastor la corrió de la iglesia. Cuando le fue explicado al pastor que tal respuesta no podía ser justificada bíblicamente, respondió que lo tenía que hacer porque si no lo hacía otras personas en la iglesia pensarían que ellas también podrían desobedecerlo. Obviamente ni su mandato original ni la consecuencia tenían ningún sustento bíblico pero, como su respuesta revela, todo esto no le importaba. Lo



importante para él era que todos los cristianos se sometieran a sus pastores y, en el caso de nuestra iglesia, que todos se sometieran a él. Aunque las Escrituras hablan positivamente del sometimiento mutuo y voluntario, nunca instruye a ningún líder a exigir el sometimiento de nadie más.

La enseñanza “tienes que someterte a tus pastores” no solo le da a pastores como el mío un poder que no pueden fielmente ejercitar porque no tienen ni el carácter, ni la sabiduría, ni la capacidad para hacerlo, también les pone a los miembros de la iglesia cargas que Jesús no les ha llamado a cargar. Si hay una mentira que destruye a pastores, miembros e iglesias por igual, es esta.

Una razón por la cual esta mentira es tan destructiva a pastores, miembros e iglesias por igual es porque pone la autoridad donde realmente no está. En Mateo 28:18 Jesús declara que se le ha dado “toda autoridad en el cielo y en la tierra”. Esta autoridad total que tiene el Hijo de Dios no es algo que comparte con los pastores de sus iglesias. Al contrario, ellos mismos van a tener que rendirle cuentas a él como el que sí tiene toda autoridad. Es por esto que el autor de Hebreos habla de los líderes de iglesia como los que “tienen que rendir cuentas” a Dios (13:17) y Pedro explica que “cuando aparezca el Pastor supremo” les dará una “corona de gloria” a los pastores que han cumplido su tarea sin ser “tiranos con los que están a su cuidado” (1 Pedro 5:4). Jesús, quien tiene toda la autoridad, recompensará a los pastores que dirigen sin asumir una autoridad que no es suya. “Nadie puede servir a dos señores,” dice Jesús en Mateo 6:24, pero cuando un pastor dice “tienes que someterte a tus pastores” está llamando a cristianos a hacer justamente esto y poniéndose a sí mismo en el lugar que pertenece al Señor.

Otra razón por la cual la mentira “tienes que someterte a tus pastores” destruye a pastores, miembros e iglesias por igual es porque crea un liderazgo que va en contra de la voluntad y el ejemplo de Dios. Jesús, a diferencia de los pastores, sí tiene autoridad —toda—. Aún así, nunca usó esta autoridad para enseñorearse de nadie. Al contrario, Jesús repetidamente dejó a un lado su autoridad para servir a su pueblo. Tanto que dijo, “el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). Esto es lo que hace un buen pastor porque es lo que hace El Buen Pastor que “da su vida por las ovejas”, mientras que al pastor que no lo hace “no le importan las ovejas” (Juan 10:1-18).

Jesús no solo ejemplifica este tipo de liderazgo, sino también hace muy claro que espera lo mismo de los líderes de su Iglesia. Después de escuchar a dos de sus apóstoles pedir autoridad sobre los otros, Jesús les regañó: “Ustedes saben que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos. No ha de ser así entre ustedes, sino que el que entre ustedes quiera llegar a ser grande, será su servidor” (Mateo 20:24-27). Cuando un pastor dice “tienes que someterte a tus pastores” está jugando el papel de los líderes del mundo que Jesús denuncia y no el de los líderes del reino de Dios que él honra.

Adicionalmente, la mentira “tienes que someterte a tus pastores” destruye a pastores, miembros e iglesias por igual porque promueve una teología de santificación por medio del pastor en lugar de una de santificación por medio del Espíritu Santo. Bíblicamente, cada cristiano tiene la responsabilidad de llevar a cabo su propia “salvación con temor y temblor” por sí mismo. No es algo que deberían ni que necesitan encargar a su pastor porque “pues Dios es

quien produce...tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13). Parece que mi pastor no creía en estas palabras de Dios porque se comportaba como si la única manera que sus miembros pudieran hacer la voluntad de Dios era si él les decía cuál era en cada situación. Le informaba a los miembros de su iglesia con quién podían salir, con quién y dónde podían vivir, con quién y cuándo tenían que hablar, cuáles decisiones podían y no podían tomar y mucho más. Al requerir que le obedecieran a él, les robó a los miembros la oportunidad de obedecer a Dios y le robó a Dios la gloria que merecía por ya haberles “concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda” (2 Pedro 1:3).

Un pastor que espera que los miembros de su iglesia se sometan a él y a sus consejos confía en su sabiduría y habilidad de controlar a sus miembros más de lo que confía en el Espíritu Santo y su habilidad de guiar a los que pertenecen a Dios. El apóstol Juan no comparte esta perspectiva y dice que los que tienen al Espíritu Santo “no necesitan que nadie les enseñe” porque él “les enseña todas las cosas” (1 Juan 2:27). Mi pastor, y todos los pastores incluyendo a mí mismo, no somos la excepción a este “nadie”.

Tal vez la razón más importante por la cual la mentira “tienes que someterte a tus pastores” destruye a pastores, miembros e iglesias por igual es porque pone palabras en la boca de Dios que él nunca dijo. El pasaje que más se cita para apoyar la mentira de este capítulo es Hebreos 13:17. La traducción de la Nueva Versión Internacional es representativa de cómo más se interpreta en nuestras iglesias: “Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos, pues cuidan de ustedes como quienes tienen que rendir cuentas. Obedézcanlos a fin de que ellos cumplan su tarea con alegría y sin quejarse, pues el quejarse no les trae ningún provecho.” El problema es que esta traducción no

comunica lo que el autor original, inspirado por el Espíritu Santo, realmente escribió.

La palabra griega traducida como “obedezcan/obedézcanlos” es la palabra *pietho*. Una revisión de un diccionario del griego del Nuevo Testamento revela que la palabra tiene una amplia gama de traducciones posibles que incluye “ser persuadido por”, “ser convencido”, “expresar acuerdo con”, “confiar,” “ceder”, “creer”, “estar contento con”, “depender de” y 5 palabras más, entre ellas “obedecer”. Sin embargo, sus definiciones principales son “persuadir/ser persuadido por” y “confiar”. De hecho, en las 52 veces que aparece en el Nuevo Testamento, solo está traducido como “obedecer” tres veces en la NVI (Gálatas 5:7, Santiago 3:3, y Hebreos 13:17). Tanto en Gálatas 5:7 como en Santiago 3:3, el contexto también permitiría la traducción de “persuadir/ser persuadido por”. Esto es especialmente claro en Hebreos 13:17 por dos razones claves. La primera es que los autores del Nuevo Testamento tenían otra palabra para usar cuando querían decir “obedecer”. Esta palabra (*hupakouo*) es la que se usa cuando la Biblia habla de los niños obedeciendo a sus papás y los esclavos obedeciendo a sus amos, dos relaciones jerárquicas en las cuales uno sí tenía una responsabilidad cultural al someterse a la autoridad del otro (Efesios 6:1, 6:5). El autor de Hebreos no usó esta palabra porque no veía la relación entre los pastores y sus ovejas como una relación jerárquica. Segundo, antes de llegar al capítulo 13, el autor de Hebreos ya había hablado dos veces de la obediencia y las dos veces usó la palabra *hupakouo* (Hebreos 5:9, 11:8). Si hubiera querido comunicar que los cristianos están llamados a obedecer a sus pastores, la hubiera utilizado en Hebreos 13:7. Usó otra palabra cuya definición principal es “persuadir/ser persuadido por” precisamente porque no quería hablar de la obediencia en una relación jerárquica, sino de la persuasión en una relación respetuosa.

Lamentablemente, *pietho* no es la única palabra en este versículo que está mal traducida o, como mínimo, mal interpretada. También la palabra traducida como “sométanse” quiere comunicar algo diferente de lo que se suele comunicar cuando este pasaje está mencionado. Lo sabemos tanto por la palabra que el autor de Hebreos escogió como por el contexto en el cual aparece. Con respecto a la palabra, el autor elogió *hupeiko*, una palabra griega que aparece en el Nuevo Testamento una sola vez pero su significado en otros textos antiguos es más cerca a nuestra idea de “ceder” voluntariamente que a “someterse” por obligación. Los apóstoles emplean una palabra distinta (*hupotasso*) cuando quieren hablar de sumisión en el contexto de una relación jerárquica (por ejemplo, para hablar de los ciudadanos sometiéndose al gobierno en Romanos 13:1, de los demonios sometiéndose a los seguidores de Cristo en Lucas 10:17, y de los esclavos sometiéndose a sus amos en 1 Pedro 3:1).

Si el autor de Hebreos hubiera querido comunicar que los pastores tienen una especie de autoridad que requiere sumisión de parte de los miembros, él hubiera usado *hupotasso* y no *hupeiko*. Sabemos que él entendía la diferencia entre estas palabras porque cuando quería hablar de una sumisión a una autoridad en Hebreos 2:5 utilizó *hupotasso*, la mera palabra que los otros autores del Nuevo Testamento usan para hablar del mismo. Por lo tanto, por la palabra que escogió en sí, la mejor traducción sería “ceder”. Lo mismo nos confirma el contexto inmediato del pasaje. Ya vimos en el párrafo anterior que el versículo no nos manda a obedecer, sino a permitir que seamos persuadidos. Esta es una decisión voluntaria que se toma en respuesta a la sabiduría convincente de la persona que logra persuadirte y no a alguna autoridad inherente e irresistible de su puesto. Dado a este contexto, la traducción “cedan” es superior a la de “sométanse” porque es consistente con el llamado que

viene antes a darles a los líderes la oportunidad de persuadirnos.

A la luz de todo esto, y del uso de la palabra en otros pasajes que aquí se traduce “dirigentes”, propongo que una mejor traducción de Hebreos 13:17 sería: “Permitan que los que van antes que ustedes les persuadan y cedan ante ellos”. La implicación de esta traducción que toma en cuenta las palabras mal traducidas es que todo el proceso es un proceso voluntario en el que los miembros, con humildad, escuchan a sus líderes con la disponibilidad de ser persuadidos a seguir su consejo y en el que los líderes, con humildad, hacen su mejor intento para persuadirles con las Escrituras y con sabiduría. El texto no tiene nada que ver con la autoridad de los líderes ni con la sumisión de los miembros. Su enfoque está en cómo relacionarnos los unos con los otros con toda humildad por el bien de todos. Así que los que dicen que “tienes que someterte a tus pastores” están poniendo palabras en la boca de Dios que él nunca dijo.

Si tu pastor puede ver el futuro con claridad perfecta y tiene todas las respuestas a todo problema de toda la humanidad, deberías hacer dos cosas. Uno, pasarme su número de teléfono porque yo necesito ayuda con varias decisiones difíciles. Dos, consultar a tu psicólogo acerca de tu relación con un pastor imaginario. Si tu pastor no es así, deberías recordar que la mentira “tienes que someterte a tus pastores” destruye a pastores, miembros e iglesias por igual porque pone la autoridad donde realmente no está, crea un liderazgo que va en contra de la voluntad y el ejemplo de Dios, promueve una teología de santificación por medio del pastor en lugar de una de santificación por medio del Espíritu Santo, y pone palabras en la boca de Dios que él nunca dijo. La debemos resistir no porque no respetemos a los pastores, sino justamente porque los amamos a ellos y a toda la iglesia y la queremos sana.

Una iglesia sana requiere no solo a miembros sino también a líderes quienes se someten “unos a otros, por reverencia a Cristo” (Efesios 5:21). Esto no implica una condescendencia jerárquica de parte de algunos sin importar la situación; exige una condescendencia amorosa de parte de todos en las situaciones adecuadas. Como escribió Pablo, aunque vivir así en comunidad es increíblemente difícil, lo hacemos “por reverencia a Cristo”. Y es justamente por él que, a pesar de los retos, lo podemos hacer. Debido a que él se sometió perfectamente a Dios y a su justicia en nuestro lugar, nosotros tenemos a Dios como nuestro Padre y no como nuestro Juez, pese a nuestra rebeldía. A través de esta relación que nos consiguió Jesús, tenemos al Espíritu Santo que nos empodera para seguir la voluntad de Dios, y no la voluntad absoluta de nuestros líderes falibles, aún cuando requiere una sumisión desafiante.





## **GUÍA DE DISCUSIÓN**

### **Resumen del capítulo**

Aunque las Escrituras hablan positivamente del sometimiento mutuo y voluntario, nunca instruye a ningún líder a exigir el sometimiento de nadie más. Sin embargo, muchos dicen “tienes que someterte a tus pastores” y esto le da a pastores un poder que no pueden fielmente ejercitar y les pone a los miembros de la iglesia cargas que Jesús no les ha llamado a cargar. Esta mentira pone la autoridad donde realmente no está, crea un liderazgo que va en contra de la voluntad y el ejemplo de Dios, promueve una teología de santificación por medio del pastor en lugar de una de santificación por medio del Espíritu Santo, y pone palabras en la boca de Dios que él nunca dijo. La buena noticia es que a través de la obra de Jesús, tenemos al Espíritu Santo que nos empodera para seguir la voluntad de Dios, y no la voluntad absoluta de nuestros líderes falibles, aún cuando requiere una sumisión desafiante.

### **Preguntas de discusión**

- ▶ ¿Cómo has visto esta enseñanza comunicada y practicada en tu iglesia y en otras?
- ▶ Lee con el grupo 1 Pedro 5:1-4. En este pasaje, ¿quién tiene la autoridad? ¿Y cómo espera Dios que los pastores sirvan a su Iglesia?
- ▶ Piensa en Jesús, quien tiene toda autoridad. ¿Cómo describirías su uso de autoridad? ¿Cómo se vería para un pastor imitar su ejemplo?
- ▶ Lee Hebreos 13:17 con el grupo en la Nueva Versión Internacional. Compara esta traducción con la que se propone en este capítulo: “Permitan que los que van antes que ustedes les persuadan y cedan ante ellos”.

¿Cuál es la diferencia entre las dos? ¿Cómo se obedecería esta enseñanza en una iglesia que promueve la primera? ¿Cómo se obedecería en una iglesia que promueve la segunda? Para ampliar su perspectiva, también pueden leerlo en la Biblia del Jubileo y la Palabra de Dios para Todos.

- ▶ Decir “tienes que someterte a tus pastores” conlleva varios riesgos para los miembros. ¿Cuáles son algunos de ellos?
  
- ▶ Esta enseñanza también conlleva riesgos para los mismos pastores. ¿Cuáles son algunos de ellos?

## **“LA MEMBRESÍA DE IGLESIA ES BÍBLICA Y NECESARIA”**



Todo cristiano quiere formar parte de una iglesia verdaderamente saludable. Lo que nos cuesta trabajo, a veces, es saber qué hace que una iglesia lo sea y dónde encontrarla. Mi pastor pensaba que tenía una solución para las dos cosas. Decía que una iglesia que no tenía membresía formal no podría ser sana y que buscar a una que sí la tenía era la manera de asegurarte de que estabas en una iglesia saludable. Su perspectiva no es única. Al contrario, recientemente se ha vuelto cada vez más popular e incontables pastores y personas dicen: “La membresía de iglesia es una marca bíblica de una iglesia sana”. Como alguien que también ha sido tanto miembro como pastor de iglesias que contaban con membresía formal, estoy convencido de que en realidad no es ni bíblica ni una marca de una iglesia sana.

Primero, la membresía de iglesia no es bíblica. Esto no quiere decir que necesariamente sea anti-bíblica, sino que no es algo que la Biblia enseña o requiere. Afortunadamente, la mayoría de los pastores que dicen que “La membresía de iglesia es una marca bíblica” admiten lo mismo. Aún así, argumentan que hay algunos principios en el Nuevo Testamento que revelan que la primera Iglesia tenía un entendimiento común de quién formaba parte de ella y de qué se esperaba de todos. A la luz de esto, estos pastores razonan que la membresía formal es nuestra mejor opción para hacer lo mismo y que, por esto, es “bíblica”. Para apoyar su conclusión, señalan a pasajes como Hechos 2:41 y 4:4 donde el autor menciona que la Iglesia creció a unos 3,000 y a unos 5,000 personas, respectivamente. Es notable que Lucas haya dado estos números, pero saber cuántas personas se congregaban en los primeros días de la Iglesia no implica que había una membresía formal, casi cada iglesia del mundo es consciente de cuántas personas asisten semanalmente, sin importar si emplean una membresía formal o no. Lo que sí implica es que Lucas era un buen historiador. Los que argumentan a favor de la membresía de iglesia también citan pasajes en los cuales los autores esperan que los pastores sepan cuáles ovejas están “a su cargo” (1 Pedro 5:1-5) y por las cuales tendrán que “rendir cuentas” (Hebreos 13:17).

Aunque sí es importante reconocer que un pastor es responsable por una comunidad de cristianos específicos, la membresía formal no es la única manera para aclarar quienes son y tampoco es una manera recetada en estos dos pasajes ni en ningún otro. El mundo está lleno de ministros quienes fielmente pastorean a sus comunidades sin depender de la membresía formal. La Biblia no habla de la membresía formal ni como algo recomendable ni como algo no recomendable porque la Biblia no habla de la membresía formal en absoluto. Es por esto que la

enseñanza de que “la membresía de iglesia es bíblica” es una mentira.

Segundo, la membresía de iglesia no es una marca de una iglesia sana. Esto no quiere decir que necesariamente sea mala, sino que el hecho de tenerla o no tenerla no nos dice absolutamente nada acerca de si una iglesia es sana o no. Una razón por la cual no puede ser una marca de una iglesia sana está relacionada con lo que ya vimos: la membresía de iglesia no es un concepto bíblico. Uno está libre para argumentar que la membresía de iglesia es útil y hasta recomendable si es que lo cree, pero no está libre para decir que es una marca de salud. Hacerlo es declarar que Jesús dejó a su Iglesia sin instrucciones esenciales para su salud al no haber dicho ni una sola palabra acerca de la membresía en la Biblia. Además de poner en duda la suficiencia de las Escrituras, esto también las contradice porque las mismas nos prometen que Dios “nos ha concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda” (2 Pedro 1:3).

Otra razón por la cual “la membresía de iglesia” no puede ser una marca de una iglesia sana es que la membresía formal puede ser usada o para bien o para mal. Tal como una iglesia que ya es sana podría emplear una membresía formal para ayudarla a alcanzar metas sanas por medios sanos, una iglesia que no es sana podría utilizar el mismo sistema para servir sus propósitos no sanos por medios no sanos. Por ende, la membresía en sí realmente no nos dice nada acerca de una iglesia. Sin embargo, la manera en que la iglesia *practica* la membresía y *habla* de ella sí nos puede ayudar a identificar las iglesias que definitivamente no son sanas.

Para empezar, en una iglesia sana lo que nos hace parte del cuerpo de Cristo es el pacto que Dios hizo con nosotros, mientras que en iglesias no sanas es nuestro pacto con la

iglesia local que nos confirma como parte del pueblo de Dios. En Jeremías 31:31-35 leemos que Dios ha hecho un nuevo pacto con nosotros a través del cual él se compromete a perdonar nuestra iniquidad, olvidar nuestros pecados, escribir su ley en nuestros corazones, ser nuestro Dios, y hacer que nosotros seamos su pueblo. Más tarde, en Lucas 22:20, Jesús anuncia que la santa cena sirve como el símbolo de que este mismo pacto ha sido instituido y cumplido en él. Es decir, es Dios y no nosotros quién inicia el pacto, pone promesas en el pacto, cumple el pacto y decide cuáles personas forman parte del pacto. Punto. En ninguna parte del Nuevo Testamento somos llamados a hacer un pacto con nadie; somos llamados a simplemente ser fieles al pacto que Dios ya hizo con nosotros.

Sin embargo, puede que una iglesia que predica esta verdad decida, por una razón u otra, pedir que de alguna manera la gente exprese que se considera parte de esta iglesia específica. Cuando lo hace, nos da otra oportunidad de discernir si es una iglesia sana o no. En una iglesia sana que pide esto, la petición es que se exprese a través de un compromiso a las personas de la iglesia. En una iglesia no sana, se pide que se exprese por medio de un compromiso a la *institución* de la iglesia. En la primera el creyente se compromete a cosas como orar por sus hermanos y participar junto con ellos en una comunidad de ánimo mutuo y estimulación mutua hacia el amor y las buenas obras (Hebreos 10:19-25). En la segunda se hablará oraciones predeterminadas como: “me comprometo a someterme a los líderes”, “daré un mínimo de 10% de mis ganancias a la iglesia”, “asistiré a las reuniones dominicales”, “formaré parte de un grupo comunal”, “serviré en un equipo de ministerio los domingos”, etc. Los líderes de estas iglesias están pensando en la iglesia como una institución y todo lo que piden está diseñado para protegerla y hacerla crecer. Los líderes de las iglesias sanas

piensan en las ovejas encima de la institución y buscan la manera de protegerlas y hacerlas crecer.

Otra forma de evaluar la manera de emplear la membresía de iglesia para ayudarnos a discernir entre las iglesias potencialmente sanas y definitivamente no sanas es la de ver cómo el sistema aplica a los pastores.

En la Biblia, las responsabilidades de los líderes de la iglesia no son diferentes de las de los miembros, son adicionales. Es decir, Dios espera que un líder de iglesia cumpla con todo lo que se requiere de cada cristiano y más. Esto debería ser reflejado tanto en las expectativas de todos como en las consecuencias para todos cuando tales expectativas no se realizan. En cuanto a las expectativas, en una iglesia sana ningún pastor está exento de ni una sola cosa que se pide del miembro promedio. En iglesias no sanas es muy común que en lugar de comprometerse a todo lo que se espera de los demás y aún más, los líderes se comprometan solo a las partes directamente relacionadas con dirigir a la iglesia, pasando por alto algunas o todas las cosas que se requieren del miembro promedio. Con respecto a las consecuencias para cuando alguien no cumple su parte, en una iglesia sana los miembros tienen el poder requerido y el camino bien definido para enfrentar, corregir, disciplinar y hasta quitar al pastor. En iglesias no sanas, los únicos que tienen que rendir cuentas por no cumplir su compromiso, son los miembros a los pastores y nunca los pastores a los miembros. De hecho, en tales iglesias ni siquiera hay un sistema que permite a los miembros lidiar con el pecado de un pastor.

Otra diferencia entre cómo las iglesias potencialmente sanas manejan la membresía y las que definitivamente no son sanas lo hacen son las creencias requeridas. Las Escrituras nos enseñan que es la obra de Jesucristo y nuestra fe en ella que nos unen a él y a su pueblo. Pablo declara a una iglesia bien diversa, “Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26) y Juan

escribe, “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1 Juan 5:12). Ya que tener fe en la persona y la obra de Jesucristo es la única creencia que Dios requiere para que tengamos lugar en su familia, una iglesia sana con membresía oficial no exige nada más para formar parte de ella.

Puede que todos los pastores sean reformados, y/o carismáticos, y/o complementarianistas, pero en una iglesia sana ninguna de estas posturas sirve como la línea divisoria entre los que sí pueden ser miembros o no. A diferencia de estas iglesias, en una iglesia no sana es muy común que se agreguen muchas líneas divisorias encima del evangelio de Jesucristo y que los pastores se nieguen a admitir miembros que no afirman su soteriología, escatología, y otras perspectivas teológicas. En lugar de que el evangelio sea el centro de la iglesia alrededor del cual todo miembro se une, los pastores ponen a sí mismos en el centro al obligar a todos a estar de acuerdo con sus convicciones teológicas para tener lugar en la comunidad.

Una diferencia más entre las iglesias sanas y no sanas con membresía se encuentra en su política acerca de los que quieren renunciar a su membresía. En una iglesia sana, la membresía es algo voluntario en todo momento y bajo todas las condiciones. No solo porque nuestro pacto es entre Dios y nosotros y no entre nosotros y una iglesia local, sino también porque ninguna iglesia se beneficia de la presencia de una persona que no quiere estar y ningún miembro se beneficia de una iglesia que lo obliga a quedarse. Como la membresía formal no es algo bíblico, es imposible citar textos acerca de qué deberíamos hacer cuando un miembro ya no quiere formar parte de nuestra comunidad. Lo que sí podemos hacer es encontrar patrones y principios bíblicos que nos ayuden a contestar la pregunta. A veces los cristianos se separan por cuestiones relacionadas con filosofía de ministerio, como cuando Pablo y Bernabé no podían llegar a un acuerdo acerca de llevar o



no a Juan Marcos consigo y acabaron separándose (Hechos 15:36-41). Otras veces se separan por cuestiones de doctrina, como los que Juan describe en 1 Juan 2:19, “Aunque salieron de entre nosotros, en realidad no eran de los nuestros; si lo hubieran sido, se habrían quedado con nosotros. Su salida sirvió para comprobar que ninguno de ellos era de los nuestros”. En otros casos puede ser por pecado o de gente en la iglesia o de la persona saliendo, como cuando Jesús le dijo a Judas: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto” (Juan 13:27).

La constante es que en cada situación los individuos tenían la libertad de decidir con quién querían asociarse y con quién no. Bernabé no obligó a Pablo a quedarse por la causa de la unidad, Juan no obligó a los falsos creyentes a quedarse para aprender mejor y Jesús no obligó a Judas a quedarse hasta que confesara su pecado. Sin embargo, esto es exactamente lo que se hace en muchas iglesias no sanas.

Los pastores obligan a la gente a pedirles permiso para poder renunciar a su membresía y, si estos líderes no están satisfechos con sus motivos, les niegan el derecho. Esto es especialmente común cuando los líderes identifican un “pecado” y amenazan con exponer al miembro y su pecado frente a toda la iglesia si se va sin arrepentirse (en este contexto, “arrepentirse” muchas veces significa “confesar el pecado conforme a las instrucciones exactas de los pastores en una carta o anuncio público”). Además de ser controlador, también trabaja en contra del bien de la iglesia y el bien de la persona. Si la persona realmente está en un pecado, su salida de la iglesia puede ser el medio por el cual Dios protege su fama en el mundo al no permitir que su nombre sea manchado por el pecado de una persona que se dice miembro de una iglesia (1 Corintios 5:9-13).

De manera similar, el estar separado de la comunidad a través de la cual Dios revela su magnífica sabiduría y gloria incomparable (Efesios 3:8-10, 20-21) puede ser

exactamente lo que Dios usa para llevar al ex-miembro al arrepentimiento. A la luz de todo lo anterior, las iglesias sanas tratan la membresía como algo totalmente voluntario a la que el miembro puede renunciar en cualquier momento, incluso en situaciones de pecado notorio. La única razón para no hacerlo sería para controlar lo que sólo Dios mismo puede controlar.

Lejos de ser una marca de una iglesia sana, la membresía muchas veces puede ser una marca de una institución manipuladora que define el estatus de sus asistentes basado en un pacto que hacen con ella encima del pacto que Dios hace con nosotros y que está comprometida a proteger a la institución encima de las ovejas, a exigir cosas de los miembros que no se requieren de los pastores, a crear unidad alrededor de la teología de los pastores en lugar de la persona y la obra de Jesús y a controlar lo que los miembros pueden o no pueden hacer.

Mi pastor decía que “la membresía de iglesia es una marca bíblica de una iglesia sana” pero hemos visto que esto es una mentira porque no es ni bíblica ni una marca de una iglesia sana. La verdadera marca bíblica de una iglesia sana es el amor entre los que conforman una comunidad (Juan 13:35, 1 Juan 2:5, 3:14, 4:7). La verdad es que una membresía de trámite no puede garantizar el amor, pero el amor sí puede proveer todo beneficio potencial de la membresía formal y mucho más. Así que busquemos formar parte de una iglesia local que demuestre esta marca (el amor), ya sea con o sin una membresía formal, y hagamos nuestra parte en demostrar lo mismo. Aunque hacer que esta marca esté presente en nuestra iglesia es mucho más difícil que simplemente desarrollar un sistema de membresía, no es algo fuera de nuestro alcance. Conocemos lo que es el amor porque conocemos a Jesús, quien entregó su vida por nosotros (1 Juan 3:16) y podemos amar porque el Padre nos amó primero (1 Juan 4:19).

# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

Recientemente se ha vuelto cada vez más popular decir: “La membresía de iglesia es una marca bíblica de una iglesia sana”. Sin embargo, ni la Biblia ni la experiencia apoyan esta conclusión. No puede ser una marca bíblica porque las Escrituras no hablan de la membresía formal ni como algo recomendable ni como algo no recomendable porque no hablan de la membresía formal en absoluto. No puede ser una marca de una iglesia sana porque no nos dice nada acerca de la salud de una iglesia. La membresía puede ser usada o para bien o para mal y hay que evaluar cómo se usa la membresía en cada iglesia para saber si es una iglesia sana o no. La verdadera marca bíblica de una iglesia sana no es la membresía formal sino el amor entre los que conforman una comunidad.

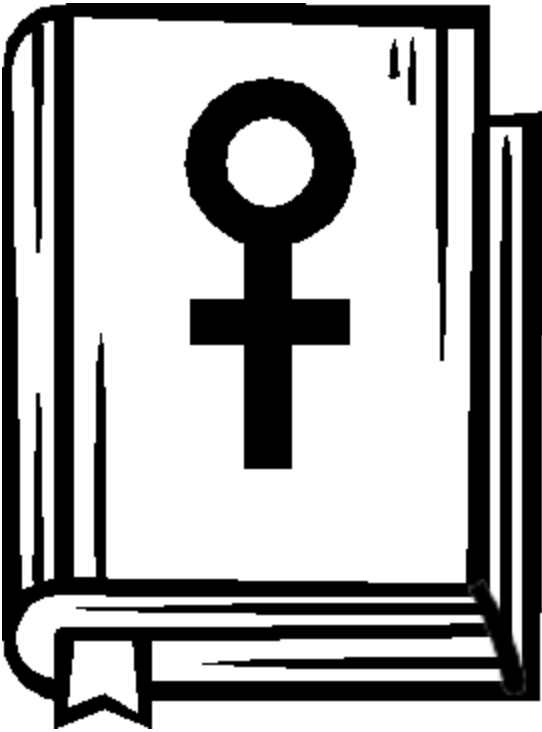
## Preguntas de discusión

- ▶ ¿Cuál ha sido tu experiencia con la membresía de iglesia, ya sea formal o informal? ¿Cuáles beneficios has observado? ¿Cuáles riesgos?
- ▶ ¿Por qué es posible decir que la membresía de iglesia no es bíblica y, al mismo tiempo, decir que tener membresía formal puede ser útil o hasta recomendable para ciertas iglesias?
- ▶ ¿Cómo podemos discernir entre una membresía que pide compromiso a las personas de la iglesia y una que pide compromiso a la institución de la iglesia? ¿Y por qué es tan importante reconocer la diferencia?
- ▶ ¿Cuáles son los peligros de requerir creencias para la membresía que van más allá de creer en el evangelio

de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho?

- ▶ ¿Cómo podemos discernir entre una membresía cuya función es empoderar a sus miembros a crecer como discípulos y una que sirve para controlarlos de alguna manera?
- ▶ El autor dice que la verdadera marca bíblica de una iglesia sana no es la membresía formal sino el amor entre los que conforman una comunidad. ¿Qué deberíamos esperar ver en una iglesia marcada por este amor? ¿Qué se puede hacer para que crezca en y entre nosotros?

## **“HAY QUE RECUPERAR LA FEMINIDAD BÍBLICA”**



“Dios no necesita a más mujeres con licenciaturas y carreras, quiere a más mujeres que se queden en casa para servir a sus esposos y criar a sus hijos. No importa que tu cuerpo cambie o que todos tus sueños y metas personales estén en la basura, este es el plan de Dios para tu vida como mujer.”

No te enojas conmigo, no son mis palabras. Simplemente estoy citando un sermón destacable de mi pastor que ilustra su nivel de compromiso a lo que comúnmente se conoce como “la feminidad bíblica”. En mi experiencia, el significado de esta frase depende un poco de la persona que la diga, pero siempre se usa para hablar del rol presunto de la mujer. Cuando mi pastor lo decía, se refería específicamente a una colección de comportamientos que incluía el estar casada, la sumisión a un esposo y a otros hombres, la crianza de unos hijos y el trabajar en el hogar.

Para mi pastor, estas cosas definían la voluntad de Dios para una mujer y, por eso, repetía una y otra vez: “Hay que recuperar la feminidad bíblica”. Ya que casi todo cristiano quiere vivir de manera más bíblica, su llamado fue tomado muy en serio. Y esto es una lastima. No porque haya algo malo con vivir la vida que mi pastor deseaba para las mujeres (esta vida y muchas más pueden glorificar al Señor), sino porque la feminidad bíblica como mi pastor la describía no existe, confunde el propósito por el cual Dios creó a las mujeres, da autoridad suprema a 3 versículos de la Biblia mientras que pasa por alto cientos más, y a veces impulsa a las mujeres a ir directamente en contra de la voluntad de Dios para sus vidas. Por todo esto, en lugar de decir, “Hay que recuperar la feminidad bíblica” deberíamos rechazarla por el bien de toda mujer y hombre y por la gloria del Dios que los hizo.

El primer problema con querer recuperar la feminidad bíblica es que la feminidad bíblica no existe. Cuando Dios decidió crear al ser humano, “hombre y mujer los creó” (Génesis 1:27). Dios nos creó como dos sexos distintos (hombre y mujer) no dos géneros (masculino y femenino). La diferencia es importante por dos razones. Primero, porque la primera categoría fue creada por Dios y se define por los cromosomas y genitales que uno tiene, mientras que la segunda categoría fue creada por humanos y se define por el contexto cultural en el cual uno vive. En todo el mundo varón es varón y hembra es hembra, pero lo que es considerado como masculino o femenino puede cambiar de una cultura a otra. Por ejemplo, en la cultura de los Estados Unidos se considera femenino ser fan de las *boy bands*, pero en la cultura de mi familia se considera masculino (esto es porque en mi familia yo pongo las reglas). Otro ejemplo es saludar con uno o dos besos en la mejilla, en algunas culturas es un rasgo muy femenino y en otras es algo exclusivamente masculino.

Segundo, la diferencia es importante porque el sexo es algo que recibimos desde antes de nacer y el género es algo que demostramos a lo largo de la vida. A veces lo que se ve como “feminidad” se le da natural y fácilmente a una mujer, otras veces se siente extraña y requiere mucho esfuerzo o incluso actuación para que se note. En otras palabras, nuestro sexo es una categoría objetiva y universal de la cual nadie nos puede excluir y nuestro género es una categoría subjetiva y contextual de la cual uno se puede sentir desconectado.

Cuando decimos “hay que recuperar la feminidad bíblica” tratamos una categoría subjetiva como si fuera objetiva. Además de usarla para criticar a personas que tal vez están complaciendo a Dios simplemente porque no cumplen con nuestros estándares de feminidad, y para afirmar a otras que quizá lo están desagradando pero son suficientemente femeninas a nuestros ojos.

El segundo problema con querer recuperar la feminidad bíblica es que confunde el propósito por el cual Dios creó a las mujeres. Según la Biblia, Dios no creó a las mujeres para ser “femeninas” sino para ser portadoras de la imagen de Dios. Tanto el hombre como la mujer tienen el mismo llamado y propósito y es el de reflejar la imagen de su Creador. Por eso Dios les dio a los dos, y no solo al hombre, los mandatos de someter la tierra y de dominar sobre el resto de la creación, aunque en nuestra cultura tal vez asociamos verbos como “dominar” y “someter” con la masculinidad. También les dio a los dos, y no solo a la mujer, el mandamiento a ser fructíferos, a pesar de que quizás pensamos en “ser fructífero” como una cualidad más femenina (Génesis 1:26-30). Este propósito compartido entre el hombre y la mujer tiene varias implicaciones importantes. Una de ellas es que el hecho de que Dios haya hecho dos sexos distintos a su imagen nos dice que hay diferencias y similitudes inherentes de nuestro diseño.

Además de las obvias diferencias físicas, también existen diferencias en rasgos de personalidad que se observan en todas las culturas. Por ejemplo, en general, las mujeres demuestran más amabilidad (son más empáticas, altruistas, sinceras, etc.) y los hombres muestran menos neuroticismo (experimentan menos ansiedad, dolor emocional, frustración etc.).

También los hombres, como grupo, suelen estar más interesados en cosas y las mujeres, como grupo, más en personas. Esta diferencia se refleja en las carreras que los dos sexos más comúnmente escogen e incluso en su manera general de relacionarse con sus propios hijos. Pero aún con estas diferencias y más, los hombres y las mujeres son mucho más similares que diferentes. La similitud principal es que los dos existen para reflejar la imagen de su Creador. Esto nos lleva a una segunda implicación importante: el que Dios haya hecho a los dos sexos a su imagen significa que él encarna tanto las características positivas que más observamos en hombres como las que más observamos en mujeres. Por lo tanto, alguien que no cumple con las expectativas de la “hombría” o “feminidad bíblica” puede estar cumpliendo el propósito por el cual Dios lo hizo. Por ejemplo, la mujer que trabaja fuera de la casa está cumpliendo, en parte, el propósito de su existencia porque está reflejando la imagen del Dios que trabaja desde el primer capítulo de la Biblia (Juan 5:17).

De la misma manera, el hombre que se queda en casa para criar a sus hijos está haciendo lo mismo al reflejar la imagen del Dios que nos cuida con compasión (Isaías 66:13, Salmo 32:8). Cuando decimos “hay que recuperar la feminidad bíblica” damos la impresión de que estas personas están fallando en su propósito porque contradicen la definición tradicional de nuestra cultura de lo que es “femenino” o “masculino”. En realidad, lo están cumpliendo porque sus acciones coinciden con la definición eterna de la Biblia de lo que es reflejar la imagen del Creador.



Otro problema con decir que “hay que recuperar la feminidad bíblica” es que nada puede ser “bíblico” si solo toma en cuenta uno o dos pasajes y pasa por alto el resto de la Escritura. Sin embargo, esto es exactamente lo que mi pastor hacía. Su argumento entero acerca de “la feminidad bíblica” se basaba en nada más que estas palabras de Tito 2:3-5: “A las ancianas, enséñales que sean reverentes en su conducta, y no calumniadoras ni adictas al mucho vino. Deben enseñar lo bueno y aconsejar a las jóvenes a amar a sus esposos y a sus hijos, a ser sensatas y puras, cuidadosas del hogar, bondadosas y sumisas a sus esposos, para que no se hable mal de la palabra de Dios.” Para mi pastor, este pasaje encapsula lo que es la “feminidad bíblica” al revelar, según él, que el plan de Dios es que las mujeres no trabajen fuera de la casa y que encuentren su propósito en ser mamás que cuidan a sus hijos y en ser esposas que se sometan a sus maridos. Hay varias razones para rechazar su interpretación. Una es que Pablo no está dando una lista exhaustiva de lo que Dios quiere de una mujer. Un versículo después Pablo le dice a Tito que exhorte a los jóvenes a “ser sensatos”. No tiene ningún otro consejo al respecto (algo que te debería sorprender mucho si alguna vez has ministrado a jóvenes). Al leerlo, instintivamente sabemos que ser sensato no captura todo lo que es ser “un joven bíblico”. De la misma manera sabemos que los versículos anteriores tampoco definen lo que es ser una mujer cuya vida agrada a Dios.

Otra razón es que la interpretación de mi pastor no toma en cuenta el contexto de la carta original. El libro que conocemos como “Tito” no se escribió como una tesis teológica sino como una carta ocasional. Es decir, todo lo que Pablo le escribió fue provocado por una situación específica en un lugar específico. Esto de ninguna manera quiere decir que los principios mencionados en la carta no nos apliquen, pero sí significa que Pablo escogió qué poner en la carta y qué dejar afuera basado en las cosas que más

harían que el cristianismo se viera único y atractivo a la cultura cretense. Por ejemplo, mientras yo escribo este libro estamos en el segundo año de la pandemia de COVID-19. Si yo fuera a escribir una carta a la iglesia estadounidense acerca de cómo pueden vivir como buenos testigos en medio de esta pandemia, les mencionaría que dejaran a lado su independencia y que usaran cubrebocas “para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (Tito 2:5) ante los no cristianos de su país. Pero si fuera a escribir una carta a la iglesia mexicana con la misma meta, no tendría ni que mencionar los tapabocas porque por ser una cultura menos marcada por su amor a la independencia individual, todos ya lo hacen por el bien de sus vecinos.

En lugar de esto, tal vez hablaría de cómo los hermanos de la iglesia deberían proteger a sus hermanas de las incomodidades e intimidaciones cotidianas que viven en una cultura que históricamente ha tolerado el machismo.

En su carta a Tito, Pablo hace lo mismo: menciona específica y exclusivamente las cosas que la iglesia cretense más necesitaba para poder dar testimonio eficaz en su sociedad. Es por esto que quiere que las ancianas enseñen especialmente a las jóvenes a ser “sujetas a sus maridos”, aunque sabemos que él mismo espera que los dos miembros de un matrimonio se sometan el uno al otro (Efesios 5:21). También explica su énfasis en esta carta en que las jóvenes amen a sus maridos, mientras que en su carta de Efesios vio esencial decir que “el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo” (5:28). Similarmente, su deseo es que las mujeres jóvenes aprendan a “ser prudentes” y, un versículo después, leemos que Pablo quiere ver lo mismo en los hombres jóvenes (Tito 2:5-6). Si Tito 2:3-5 fuera un texto acerca de “la feminidad bíblica”, entonces Pablo también les estaría pidiendo a los hombres que sean femeninos, algo que claramente no está haciendo.

Hasta ahora hemos visto dos razones por las cuales deberíamos rechazar la interpretación de mi pastor de Tito

2:3-5, pero la tercera es la más importante de todas: porque su interpretación ignora el resto de la Biblia.

Si Dios no quiere que las mujeres trabajen fuera de la casa, ¿qué hacemos con Lidia la emprendedora en cuya casa fue plantada la primera iglesia en Filipos (Hechos 16)? ¿O con la famosa mujer ejemplar que “trabaja con sus manos” y “se complace en la prosperidad de sus negocios” (Proverbios 31)? Si Dios solo quiere que las mujeres se casen y críen a niños, ¿qué podemos pensar del mismo Pablo que escribió la carta a Tito diciendo que preferiría que todos estuvieran contentos en su soltería como él (1 Corintios 7:7)? ¿Qué hacemos con María Magdalena y con todas las otras mujeres quienes siguieron a Jesús a donde fuera, tal como los apóstoles (Lucas 8:1-3)? Si Dios siempre quiere que una mujer se someta a su esposo, ¿por qué usó a Ester para anular la declaración previa de su esposo, el rey (Ester 8)? ¿Y por qué la Biblia celebra a Abigaíl, quien no solo contradijo a su esposo ante el Rey David sino también le dijo “grosero” y “necio” por cómo se había comportado (1 Reyes 25)? Como ya hemos visto, la feminidad bíblica no existe. Pero si fuera verdad que existiera, tendría que ser lo suficientemente amplia para incluir a todas las mujeres piadosas de la Biblia: las mamás y las mujeres estériles, las amas de casa y las emprendedoras, las casadas y las solteras, además de las profetisas como Miriam, las guerreras como Debora, las maestras como Priscila, las estudiantes como María de Betania, las evangelistas como la mujer samaritana, las que luchan por sus derechos como las cinco hijas de Zelofehad, e incontables más.

Un cuarto problema con la enseñanza de que “Hay que recuperar la feminidad bíblica” es que a veces impulsa a las mujeres a ir directamente en contra de la voluntad de Dios para sus vidas. En Lucas 10:38-42 leemos acerca de la interacción entre Jesús y dos hermanas, María y Marta. Cuando Jesús llegó a su casa, Marta se ocupaba con tareas domésticas mientras María se sentaba a los pies de Cristo

para escuchar todo lo que decía. Marta se sentía abrumada sin la ayuda de su hermana y se quejó con el Señor.

Mi pastor hubiera expresado su acuerdo con Marta de inmediato, ya que su compromiso con “la feminidad bíblica” le movía a hacer que mujeres (y nunca hombres) llegaran temprano a la iglesia para limpiar, que las mujeres prepararan los alimentos mientras los hombres estudiaban la Biblia y hablaban de teología, que ciertas mujeres perdieran el culto varios domingos consecutivos para cuidar a los niños y así permitir que los hombres adoraran sin distracciones, e incluso que mujeres se encargaran de las necesidades de la familia pastoral porque él quería enfocarse en su sermón o en discutir teología con otros hombres. Al escucharlo, Jesús le hubiera regañado por muchas cosas, incluyendo las que le mencionó a Marta: “estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará.” El punto de Jesús no es que el servicio sea malo. Al contrario, el servicio refleja la imagen de Dios, lo que es el propósito por el cual Dios no solo creó a las mujeres sino a los hombres también (algo que mi pastor parece haber olvidado). Su punto es que aún más valioso que nuestro servicio a Dios es nuestra relación con él. Esta historia revela que lo que Dios quiere es que las Martas se comporten como Marías, pero el mandato de “Hay que recuperar la feminidad bíblica” es que sea al revés. Cualquier enseñanza que pone su voluntad encima de la de Dios debe ser rechazada por los que le quieren agradar.

Mi pastor seguía diciendo que “hay que recuperar la feminidad bíblica” a pesar de que no existe, confunde el propósito por el cual Dios creó a las mujeres, da autoridad suprema a 3 versículos de la Biblia mientras que pasa por alto cientos más, y a veces impulsa a las mujeres a ir directamente en contra de la voluntad de Dios para sus vidas. Ojalá él hubiera escuchado a Dios cuando describió a

la mujer como “ayuda idónea”, nuestra traducción tradicional (e inadecuada) al español de la palabra hebrea *ezer* (Génesis 2:18). *Ezer* no es una palabra que coincide con el concepto de “la feminidad bíblica” que mi pastor tenía porque no se refiere a “ayuda” en el sentido de servir a alguien más, sino a ayuda en el sentido de salvar, rescatar y/o proteger a alguien más. Por esto, en las 21 veces que aparece en el Antiguo Testamento, dos veces se refiere a Eva, tres veces se refiere a las naciones de las cuales Israel pidió ayuda cuando se encontraba en peligro militar, y las otras 16 veces se refiere a Dios mismo, el guerrero que lucha por nosotros.

Como Iglesia, no necesitamos que las mujeres de nuestras comunidades recuperen la “feminidad bíblica” al formarse cada vez más a la imagen de la mujer que se casa, se somete a su esposo y a otros hombres, cría a unos hijos y trabaja como ama de casa. Lo que necesitamos es que las mujeres recuperen su identidad *ezer* al ser formadas cada vez más a la imagen de Cristo, nuestra ayuda suprema, sin importar si se casan o no, si tienen hijos o no, y si trabajan fuera de la casa o no. Las buenas nuevas son que Dios promete hacer exactamente eso, “porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29). Cuando el proceso se ve o se siente difícil, “esperamos confiados en el Señor; él es nuestro *ezer* y nuestro escudo” (Salmo 33:20).

## **GUÍA DE DISCUSIÓN**

### **Resumen del capítulo**

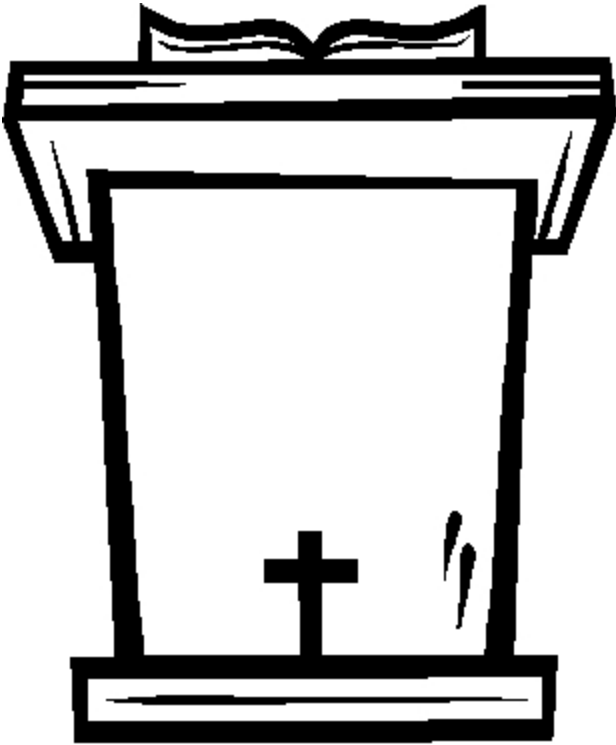
Es común escuchar que “hay que recuperar la feminidad bíblica”. Esta frase siempre se refiere al rol presunto de la mujer, que en muchos contextos se centra en una colección de comportamientos que incluye el estar casada, la sumisión a un esposo y a otros hombres, la crianza de unos hijos y el trabajar en el hogar. Aunque todo cristiano quiere ser cada vez más bíblico, cada uno debería rechazar esta enseñanza por el bien de toda mujer y hombre y por la gloria del Dios que los hizo. En realidad lo que comúnmente se llama “la feminidad bíblica” no existe, confunde el propósito por el cual Dios creó a las mujeres, da autoridad suprema a 3 versículos de la Biblia mientras que pasa por alto cientos más, y a veces impulsa a las mujeres a ir directamente en contra de la voluntad de Dios para sus vidas. Como Iglesia, no necesitamos que las mujeres de nuestras comunidades recuperen la “feminidad bíblica” al formarse cada vez más a la imagen de la mujer que esta frase tradicionalmente describe, sino que recuperen su identidad *ezer* al ser formadas cada vez más a la imagen de Cristo, nuestra ayuda suprema, sin importar si se casan o no, si tienen hijos o no, y si trabajan fuera de casa o no.

### **Preguntas de discusión**

- ▶ Antes de leer este capítulo, ¿qué habías escuchado de la feminidad bíblica? ¿Cuáles características asociadas con este concepto has escuchado más?
- ▶ El autor explica por qué es importante diferenciar entre el sexo (determinado por nuestros cromosomas y genitales) y el género (determinado por la cultura en la que vivimos). ¿En cuáles maneras tú cumples las expectativas de tu cultura para personas de tu sexo? ¿En cuáles maneras no las cumples? ¿Cómo te ha afectado?

- ▶ El capítulo enseña que Dios no creó a las mujeres para ser “femeninas” sino para ser portadoras de la imagen de Dios. ¿Has conocido a una mujer que refleja la imagen de Cristo de una manera poderosa sin vivir la vida que la “feminidad bíblica” exige? ¿Qué nos puedes contar de su vida y cómo glorifica a Dios?
- ▶ Lo que Pablo escribió en Tito 2:3-5 fue provocado por una situación específica en un lugar específico y lo escribió para que la fe cristiana se viera única y atractiva en la cultura cretense. Si él fuera a escribir una carta acerca de la cultura en la que vives tú, ¿cuáles características piensas que enfatizaría como las más importantes para hacer que la vida de mujeres cristianas se viera atractiva a los no creyentes?

## **“PRACTICAMOS LA PREDICACIÓN CENTRADA EN EL EVANGELIO”**



2005 tuve una experiencia transformadora que se sentía como una segunda conversión. Después de unos 6 años como cristiano y 4 años en el ministerio, descubrí algo que yo nunca había visto antes: que todo libro y toda parte de la Biblia testifica de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho. Por primera vez en mi vida Dios me permitía ver a su hijo en cada página de mi Biblia y esto me llenaba de gratitud y seguridad, y me empujaba hacia la adoración y la obediencia, como nunca antes.

Como predicador, quería llevar este aprendizaje al púlpito conmigo y empecé a predicar sermones “centrados en el evangelio” (es decir, en la persona y obra de Jesús) en lugar de los sermones centrados en la teología, o en la moralidad, o en principios útiles, o en cómo ser un mejor cristiano. Como seguidor de Jesús, anhelaba escuchar lo



mismo de otros pastores y me beneficié (y me sigo beneficiando) mucho de predicadores como Timothy Keller quienes modelaban cómo encontrar a Jesús en cualquier pasaje bíblico y conectar su evangelio tanto al tema del sermón como al corazón de los escuchas. Así que cuando mi pastor me dijo que en la iglesia que estábamos plantando, “practicamos la predicación centrada en el evangelio” me sentía en casa y emocionado...hasta que, después de pocas semanas, ya era muy obvio que, aunque mi pastor nunca olvidó decir que “practicamos la predicación centrada en el evangelio”, con frecuencia olvidó realmente hacerlo.

Lamentablemente, mi experiencia no era única. En las iglesias que más dicen que sus predicas están centradas en el evangelio, es muy común que los pastores involuntariamente fallen en predicarlo. Lo hacen al cometer uno de cuatro errores peligrosos.

Un error que interfiere con la meta de ser una iglesia que practica la predicación centrada en el evangelio es el de confundir predicar a Jesús con predicar el evangelio. La verdad es que uno puede predicar acerca de Jesús cada semana y jamás predicar el evangelio. En la superficie, esto suena ridículo, ya que el mensaje del evangelio es la buena nueva de quién es Jesús: Dios hecho carne; y lo que Jesús ha hecho: vivir perfectamente, morir sacrificialmente, resucitar victoriosamente y ascender finalmente a la diestra de Dios. Sin embargo, es sorprendentemente fácil hablar acerca de Jesús sin hablar de su obra redentora. Esto sucede cuando nos concentramos en la vida perfecta de Jesús sin concentrarnos en el hecho de que la vivió como nuestro sustituto, no sencillamente como nuestro ejemplo.

Estos sermones centrados en Jesús nos dicen cómo amar como Jesús, perdonar como Jesús, decir la verdad como Jesús, orar como Jesús, discipular como Jesús, obedecer como Jesús, y así sucesivamente. Sin embargo, estos sermones centrados en Jesús no son sermones centrados en

el evangelio. Son lo opuesto a los sermones centrados en el evangelio. Son sermones centrados en el moralismo. Dejan a la gente con la carga de imitar a Jesús para agradar a Dios, en lugar de con el gozo de saber que Jesús ya agradó a Dios por ellos.

Por supuesto, los sermones centrados en el evangelio pueden incluir un llamado a que los creyentes imiten a Jesús como ejemplo, pero no como reemplazo del llamado a confiar en Jesús como redentor. Solo la persona que sabe que su desobediencia ya ha sido cubierta con la obediencia de Jesús tendrá la motivación correcta (gratitud) y poder (el Espíritu Santo) para obedecer. Por mucho que hablemos de Jesús, no podemos decir que “practicamos la predicación centrada en el evangelio” si no estamos hablando específicamente de lo que logró para nosotros en su vida, muerte, resurrección y ascensión.

Un segundo error que interfiere con la meta de ser una iglesia que practica la predicación centrada en el evangelio es el de confundir predicar acerca del evangelio con predicar el evangelio. Para predicar el evangelio uno debe de proclamar las buenas nuevas de quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho, invitando a los cristianos y a los no cristianos por igual a confiar en este mensaje y recibir los incontables beneficios gratuitos que resultan de él. Sin embargo, muchos de los que están en teoría comprometidos con la predicación centrada en el evangelio frecuentemente utilizan la palabra “evangelio” para resumir todo lo anterior sin realmente proclamar nada de lo anterior.

Estos sermones acerca del evangelio nos dicen que necesitamos confiar en el evangelio, creer en el evangelio, predicar el evangelio, vivir a la luz del evangelio, ser creyentes centrados en el evangelio, asistir a una iglesia centrada en el evangelio, y encontrar el evangelio en toda la Escritura. Lo que no

nos dan es el contenido como tal del evangelio. Como resultado, no son sermones centrados en el evangelio. En vez de eso, son sermones centrados en el moralismo. Dejan a las personas con la carga de hacer algo con el evangelio, en lugar de con el gozo de realmente haberlo escuchado.

Por supuesto, los sermones centrados en el evangelio pueden hablar acerca del evangelio y de lo que podemos hacer con él, pero no pueden hacerlo como un sustituto de la verdadera proclamación del evangelio. El poder de Dios que salva y santifica no se encuentra en nuestro compromiso con el evangelio ni en las muchas palabras acerca del evangelio, sino en el contenido del evangelio como tal. Por mucho que hablemos del evangelio, no podemos decir que “practicamos la predicación centrada en el evangelio” si no estamos proclamando el contenido específico de este mensaje en lugar de la palabra que resume el contenido del mismo.

Un tercer error que interfiere con la meta de ser una iglesia que practica la predicación centrada en el evangelio es el de confundir predicar la gracia con predicar el evangelio. Uno de los beneficios del énfasis actual en la predicación centrada en el evangelio ha sido el entendimiento cada vez más profundo de la gracia de Dios. La Iglesia está creciendo en su comprensión de que tanto la salvación como la santificación son regalos completamente comprados por la obra de Jesús y dados por Dios gratuitamente a su pueblo. ¡Esto es maravilloso! Lo que no es tan maravilloso es que esta apreciación creciente por la gracia de Dios puede llevar a sermones que proclamen la gracia sin jamás proclamar el evangelio.

Estos sermones centrados en la gracia nos dicen que Dios nos perdona, que Dios nos acepta, que Dios nos ama, y que Dios nos bendice a pesar de que no hemos

hecho nada para merecerlo ni mantenerlo. Todo esto es bueno y es verdad. Sin embargo, desafortunadamente, es común que los sermones terminen ahí, y cuando lo hacen, se quedan cortos de ser centrados en el evangelio. En lugar de eso, se vuelven centrados en uno mismo en una de estas formas:

1. El sermón proclama todos los regalos que recibimos de Dios sin proclamar el evangelio de la vida, muerte, y resurrección de Jesucristo, que hace todo esto posible. Por mucho que el perdón y la aceptación de Dios estén relacionados con el evangelio, no son el evangelio. El evangelio se concentra en lo que Jesús ha hecho, no en lo que nosotros recibimos.
2. El sermón se concentra en la gracia perdonadora que el evangelio provee, ignorando la gracia transformadora que el evangelio también nos da. La vida, muerte, y resurrección de Jesús no solo hacen posible el perdón; también hacen posible la obediencia al otorgar a los creyentes un nuevo corazón, nuevos deseos, y nuevo poder del Espíritu Santo. La verdadera predicación del evangelio no limita el poder del evangelio al cómodo mensaje de ser aceptado y perdonado, también reconoce el poder del evangelio de incomodarnos al transformarnos en personas muy diferentes a las que hemos sido.

Sin duda, los sermones centrados en el evangelio pueden y deben hablar de la gracia. Pero no pueden confundir la gracia con el evangelio. La única manera en que podemos conocer la gracia perdonadora y transformadora de Dios es conocer el mensaje de la persona y obra salvífica de Jesucristo. Por mucho que hablemos de la gracia, no podemos decir que “practicamos la predicación centrada en el evangelio” si nuestros sermones se enfocan más en lo que Jesús nos da que en Jesús mismo y lo que ha hecho.

Un cuarto error que interfiere con la meta de ser una iglesia que practica la predicación centrada en el evangelio es el de simplemente no saber cómo hacerlo. Tal vez “error” ni siquiera sea la palabra adecuada, ya que en muchos casos no es la culpa del predicador. La verdad es que por mucho que uno quiera decir que “practicamos la predicación centrada en el evangelio”, va a ser demasiado difícil si nunca se ha visto un buen modelo para seguir<sup>2</sup> o nunca se ha aprendido a leer la Biblia con los lentes de los apóstoles que les empoderaron para encontrar a Jesús en dónde sea. Lo bueno es que a pesar de lo desafiante que puede ser encontrar un buen modelo para seguir, cualquier cristiano puede aprender a encontrar a la persona y obra de Jesús en cada parte de las Escrituras. Una manera de lograrlo es al hacerle al texto algunas preguntas específicas.

Al leer un pasaje del Antiguo Testamento, se puede preguntar, *¿Hay algún texto explícito del Nuevo Testamento que conecte a Cristo a esta persona, lugar, evento, o institución?* Por ejemplo, si uno estuviera leyendo una de las muchas secciones que hablan de los sacerdotes, la respuesta sería sí. Jesús es nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 4:14-15) y él es mejor que cualquier otro sacerdote (Hebreos 5:1- 10) en que no tuvo que hacer sacrificios por su propio pecado y en que su sacerdocio es eterno. También es mejor porque de la misma manera en que Aarón oró por Israel, Jesús ora en este momento por nosotros. Pero, a diferencia de Aarón, Jesús nunca deja de orar por nosotros y, a diferencia de Aarón, Jesús no tiene pecado propio que pueda interponerse para que Dios escuche su oración por nosotros. De la misma manera que Aarón podía relacionarse con el pueblo de Dios en su debilidad, Jesús puede relacionarse con nosotros en nuestra debilidad. Pero a diferencia de Aarón, Jesús se relaciona con

nuestra debilidad no porque haya pecado, sino porque ha sido tentado y resistió la tentación. En él tenemos un sacerdote que no solo entiende nuestra tentación sino que puede fortalecernos para resistirla.

---

2Si te interesa, puedes escuchar el podcast "Cole Brown: Sermones" por solo uno de muchos ejemplos de cómo se puede predicar el evangelio de cualquier texto o tema de la Biblia.

Gracias a su sacrificio y sacerdocio, nosotros tenemos acceso perpetuo al trono de Dios y podemos saber no solo que nos acepta sino también que nos entiende.

Si la respuesta a la pregunta anterior es no, se puede preguntar, *¿Hay algún texto implícito en el Nuevo Testamento que conecte a Cristo a esta persona, lugar, evento, o institución?* Si uno estuviera leyendo la historia de Jacob la respuesta sería que sí porque Jesús da a entender que Él es la escalera de la visión de Jacob, por la cual el cielo se conecta con la tierra y viceversa (Juan 1:50-51). Con este texto uno puede declarar que Jesús se estaba revelando a sí mismo a un muy imperfecto Jacob, como el mediador entre él y Dios, quien hace posible para él heredar la promesa que no merecía heredar y explicar que hoy en día hace lo mismo por nosotros.

Con otros textos del Antiguo Testamento, uno se puede preguntar, *¿Es esto una persona, lugar, evento, o institución en la narrativa bíblica que encuentra su verdadera y completa expresión en Cristo?* En cuanto a una persona, si estamos leyendo de la nación de Israel la respuesta sería que sí porque si seguimos la narrativa bíblica descubrimos que Jesús es el Israel Verdadero y Perfecto. Todo lo que Israel debía ser, Jesús verdadera y perfectamente es.

Israel debía haber sido el hijo fiel de Dios pero falló y fue infiel al Padre. Jesús, a diferencia de él, es el Verdadero y Perfecto Hijo de Dios que siempre es fiel al Padre. Israel debía haber sido el siervo de Dios. Pero terminó sirviendo a dioses falsos. Jesús, en contraste, es el Verdadero y Perfecto siervo del Señor que le sirve solo a Él. Por esto, si el predicador lee un texto sobre la fidelidad de Israel se puede maravillar en que Jesús fue más fiel, y si lee un texto sobre los fracasos de Israel puede maravillarse en que Jesús nunca falló. Con estos textos se puede proclamar que cada promesa dada a Abraham es ahora nuestra porque, si estamos en Cristo, nosotros somos Israel.

Lo mismo se puede hacer si uno está leyendo de un lugar del Antiguo Testamento. Por ejemplo, si seguimos la narrativa bíblica descubrimos que Jesús es la Verdadera y Perfecta Tierra Prometida. Cuando estamos en Él vivimos en relación correcta con Dios, unos con otros y con toda la creación, y eso no puede ser perdido por nuestro pecado porque estamos en Jesús y Él es sin pecado. Todo lo que fue perdido en el paraíso de Adán y Eva se restaura en el paraíso de Jesús. Así que el predicador de estos pasajes puede proclamar que no tenemos que buscar la Tierra Prometida ni esperar por ella porque ya la tenemos en Jesús y no podemos hacer nada para perderla.

Con respecto a un evento, el proceso es parecido. Si seguimos la narrativa bíblica descubrimos que la obra de Jesús en la cruz es el verdadero y perfecto cumplimiento de la batalla entre David y Goliat. Todo lo que sucedió en una escala local y física en la batalla entre David y Goliat sucedió en una escala espiritual universal en la cruz de Jesús. En la batalla entre David y Goliat, el pueblo de Dios estaba indefenso para pelear por su propia libertad y vida física mientras, en la batalla de Jesús en la cruz, el pueblo de Dios estaba indefenso para pelear por su propia libertad y vida espiritual.

En la batalla entre David y Goliat el enemigo físico es confrontado por un oponente inusual y aparentemente débil de quien todos a su alrededor dudan. En la batalla de Jesús en la cruz el enemigo espiritual es confrontado por un oponente inusual y aparentemente débil de quien todos a su alrededor dudan. En ambas batallas las armas para ganar la victoria son débiles y poco impresionantes, pero la victoria obtenida con esas armas poco impresionantes es final y decisiva y, en ambas batallas, las personas que no pudieron luchar por sí mismas reciben libertad y vida porque alguien más peleó en su lugar. A cambio de predicar que “podemos derrotar a nuestros gigantes”, el predicador puede usar la historia de David y Goliat para predicar el evangelio de Jesucristo.

La misma estrategia se puede aplicar a los textos que se tratan de alguna institución. Por ejemplo, si seguimos la narrativa bíblica descubrimos que Jesús es el día de reposo verdadero y perfecto. El Antiguo Testamento tiene mucho que decir acerca del día de reposo, el cual proveía un periodo de descanso de la actividad física de aproximadamente 24 horas. Pero mientras leemos más adelante en el Nuevo Testamento, observamos que Jesús no solo provee 24 horas de reposo, sino reposo perpetuo y eterno. Además, este reposo no es de la mera labor física, sino también de la mucho más agotadora labor espiritual. Así que el pastor que se encuentra predicando del día de reposo puede hacerlo de una manera verdaderamente centrada en el evangelio al explicar que en Jesús encontramos el verdadero y duradero descanso.

Si las preguntas anteriores no nos ayudan a encontrar a Cristo en un texto del Antiguo Testamento, también se puede preguntar, *¿Hay algún problema que Jesús haya resuelto?* Una parte de la Biblia por la cual la respuesta sería que sí es la que incluye los libros 1 & 2 Samuel, 1 & 2 Reyes, y 1 & 2 Crónicas. En estos libros históricos podemos observar el surgimiento del reino de Israel y la caída del



reino de Israel. Pasa de ser un reino unido bajo el rey David a ser un reino dividido en el Reino del Norte y el Reino del Sur.

Cuando llegamos al final del Antiguo Testamento, este problema permanece esencialmente sin resolver. Pero el pastor puede enseñar estos textos explicando la solución revelada en el Nuevo Testamento: Jesús. Su sermón se puede enfocar en Jesús como el perfecto y verdadero Rey de Israel, quien reúne a todo Israel bajo su gobierno, además de proclamar las buenas nuevas de que Jesús no simplemente reúne al Israel étnico, sino que también destruye la pared de separación entre judíos y gentiles, estableciendo un reino que consiste en personas de toda tribu, lengua y nación — incluyéndonos a nosotros—.

Si el predicador se encuentra en el Nuevo Testamento, también hay preguntas que se pueden hacer de estos textos para predicar un sermón centrado en el evangelio. Una es, *¿Hay un mandamiento que nosotros fallamos en cumplir y que Jesús obedece perfectamente y me capacita para obedecer mejor?* Por ejemplo, Filipenses 4:4-6 dice, "Alégrense siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrense! Que su amabilidad sea evidente a todos. El Señor está cerca. No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias". A primera vista, este pasaje parece tratarse de nosotros y no de Jesús. Nos dice que nos alegremos y que no estemos inquietos.

Todos sabemos que no obedecemos esto cómo deberíamos. La verdad es que muchas cosas nos preocupan porque la vida está llena de incertidumbre que no podemos controlar y eso nos causa gran ansiedad. Pero, a diferencia de nosotros, Jesús obedeció Filipenses 4:4-6 perfectamente. Cuando él estaba a punto de ir a la cruz se volvió a Dios en oración. Él oró que Dios hiciera esto de otra manera si fuera posible pero, si no lo era, Él confiaba en Dios y oró que Su

voluntad fuera hecha. Con esta información el pastor puede predicar un sermón en este mismo texto que está verdaderamente centrado en el evangelio. Puede explicar que debido a que Jesús fue a la cruz por nosotros y restauró nuestra relación con Dios, ya no debemos temer su juicio o castigo. Esto significa que tenemos todos los motivos para regocijarnos y ningún motivo para estar ansiosos.

Dios está en control y está obrando para nuestro bien en todas las cosas, justo como obró para nuestro bien en la cruz. Si creemos esto, podemos tener confianza incluso en la incertidumbre porque nos regocijamos de que hemos sido unidos con Dios.

Otra pregunta que el predicador se puede hacer cuando está enseñando un texto del Nuevo Testamento es esta: ¿Hay alguna razón para obedecer que esté unida a Jesús? Todos los mandamientos en el Nuevo Testamento están unidos a quien es Jesús y lo que Jesús ha hecho. Lo que sea que se nos mande hacer, se nos manda porque es un reflejo de quién es Jesús o una respuesta a lo que Jesús ha hecho.

Algunas veces esto está declarado específicamente en el contexto inmediato de un versículo. Por ejemplo, Filipenses 2:5-8 dice, “La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús”. Este es un mandamiento para los creyentes, pero a final de cuentas no se trata de nosotros sino de lo que Jesús fue para nosotros. Él nos prefirió por encima de sí mismo y se dio a sí mismo por los humanos. Debido a que Él hizo esto, ahora como sus hijos también podemos hacer lo mismo por los demás.

En otras ocasiones, la conexión no es tan aparente a primera vista, porque las verdades acerca de Jesús aparecen todas al principio de un libro, mientras que los mandamientos a sus seguidores aparecen mucho después. Por ejemplo, Romanos 12:1 dice, “Por lo tanto... que cada uno de ustedes ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo”. Si el predicador solo fuera a leer Romanos 12, no vería la

conexión con Jesús. Sin embargo, si pone atención al “por lo tanto”, sabe que Pablo está diciendo, “a la luz de toda la verdad del evangelio que te he estado diciendo en los pasados 11 capítulos, debes responder de esta manera”.

Una tercera conexión es la menos aparente, porque las verdades acerca de Jesús que proveen las bases para el mandamiento aparecen en un libro diferente del Nuevo Testamento. Un ejemplo es el libro de Santiago, que tiene mucho que decir acerca de cómo vivir, pero muy poco que decir acerca de Jesús. Si el predicador recuerda que toda la Escritura está unida, y que Jesús es la clave de interpretación, va a saber que tal como el evangelio nos dice cómo debemos leer Lamentaciones en el Antiguo Testamento, también nos dice cómo leer Santiago en el Nuevo Testamento. Así que cuando lee los mandamientos en Santiago el predicador verá que son un reflejo del carácter de Jesús. Por ende, el predicador centrado en el evangelio proclamará que podemos responder con fe en las pruebas como dice Santiago 1 justo porque Jesús respondió con fe en las pruebas por nosotros, podemos guardar nuestra lengua y hablar verdad como manda Santiago 3 porque Jesús era y es la Verdad por nosotros, y podemos someternos a Dios como nos dirige Santiago 4 porque Jesús se sometió al Padre perfectamente por nosotros.

Jesucristo enseña que toda la Biblia se trata de quién es él y lo que él ha hecho (Lucas 24:25-27, Juan 5:39). Sus apóstoles enseñan lo mismo explícitamente (2 Timoteo 3:15, Hechos 28:23) e implícitamente (Hebreos 10:5-7, Gálatas 3:16). Esto significa que si un pastor predica un pasaje de las Escrituras sin proclamar el evangelio que está en él, realmente no ha predicado el pasaje.

Sin importar qué tan bien ha identificado el “punto principal” del texto, si su mensaje no se centra en el evangelio se le ha pasado el punto principal del punto principal: Jesús. Esto no significa que no podamos predicar de otros temas. Por supuesto Dios quiere que hablemos del

matrimonio, de la soltería, de la crianza, del trabajo, del dinero, de la iglesia, del servicio y de todos los asuntos que aparecen en la Biblia. Solo es que quiere que hablemos de estos temas de la misma manera que el Espíritu Santo inspiró a los autores bíblicos a hablar de los mismos: como cosas que fluyen de, señalan a, o están formados por el evangelio en lugar de como un sustituto para el. Si no sabemos hacerlo, las preguntas anteriormente mencionadas pueden ser un buen comienzo porque simplemente no podemos decir que “practicamos la predicación centrada en el evangelio” si no nos esforzamos para aprender cómo hacerlo.

Mi pastor decía que “practicamos la predicación centrada en el evangelio” pero, en realidad, raras veces fue proclamado en su iglesia porque los predicadores frecuentemente cometían el error de confundir predicar a Jesús con predicar el evangelio, el de confundir predicar acerca del evangelio con predicar el evangelio, el de confundir predicar la gracia con predicar el evangelio, y el de simplemente no saber cómo predicar la persona y obra de Jesús a partir de cualquier pasaje de la Biblia. Aunque deberíamos hacer todo lo que está en nuestras manos para ver a nuestras iglesias crecer en esta área, también podemos consolarnos con el hecho de que el Dios Trino lo hace cuando nosotros o nuestros pastores fallan en hacerlo. Dios el Padre fue el primer predicador en la historia. La primera vez que lo escuchamos hablar, lo escuchamos predicar “Hágase la luz”, y fue la luz (Génesis 1:3).

Dios el Hijo comenzó su ministerio público predicando. Leyendo públicamente el rollo de Isaías, él anunció, “Hoy se ha cumplido esta Escritura que han oído” (Lucas 4:21). También Dios el Espíritu Santo ministra a su pueblo a través de la predicación. Jesús promete que “Él les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que les he dicho” (Juan 14:26). Esto significa que aún cuando no podemos contar

con otros para “practicar la predicación centrada en el evangelio”, podemos contar con Dios mismo para predicar su Palabra a nuestros corazones de una manera que haga que la persona y la obra de Jesús sean exaltadas ante nuestros ojos y aplicadas a nuestras vidas.

# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Resumen del capítulo

Los predicadores centrados en el evangelio encuentran a Jesús en cualquier pasaje bíblico y conectan su evangelio tanto al tema del sermón como al corazón de los escuchas. Tristemente, en las iglesias que más dicen que sus predicaciones están centradas en el evangelio, es muy común que los pastores involuntariamente fallen en predicarlo. Lo hacen al cometer uno o más de estos cuatro errores peligrosos: confunden predicar a Jesús con predicar el evangelio, confunden predicar acerca del evangelio con predicar el evangelio, confunden predicar la gracia con predicar el evangelio y/o simplemente no saben cómo predicar la persona y obra de Jesús a partir de cualquier pasaje bíblico. Lo bueno es que es algo que se puede aprender al hacerle algunas preguntas al texto bíblico.

## Preguntas de discusión

- ▶ Antes de leer este capítulo, ¿estabas familiarizado con el concepto de sermones centrados en el evangelio? ¿Cuál ha sido tu experiencia?
- ▶ ¿Puedes pensar en un ejemplo de un sermón que habló mucho de Jesús pero que no proclamó el evangelio? Comparte el ejemplo con tu grupo.
- ▶ ¿Puedes pensar en un ejemplo de lo fácil que es predicar del evangelio sin predicar el evangelio? Comparte el ejemplo con tu grupo.
- ▶ ¿Por qué predicar la gracia de Dios no es lo mismo que predicar el evangelio?
- ▶ Lee Levítico 15:25-27 con tu grupo. ¿Cuál de las preguntas para el Antiguo Testamento propuestas en

este capítulo puede ayudarnos a usar este pasaje para predicar a Jesús?

- ▶ Lee Mateo 5:43-45 con tu grupo. ¿Cuál de las preguntas para el Nuevo Testamento propuestas en este capítulo puede ayudarnos a usar este pasaje para predicar a Jesús?

# **¿QUÉ HAGO SI ESTAS MENTIRAS ESTÁN PRESENTES EN MI IGLESIA?**

## **Gracias por llegar al final de este libro.**

Es posible que a lo largo de la lectura te hayas dado cuenta que estás en una iglesia que enseña una o más de las mentiras mencionadas en este libro. Tal vez te has preguntado, ¿Qué hago si estas mentiras están presentes en mi iglesia?

## **Para Congregantes**

Esta es una buena pregunta y una que requiere una respuesta digna de su gravedad. Es por esto que hemos incluido este último capítulo. Respetamos tanto la pregunta que sabemos que ninguna respuesta que podamos proveer aquí va a ser suficiente. Como cristiano único en una situación específica, lo que necesitas más que los consejos de unos autores que no te conocen es la dirección del Espíritu Santo quien no solo te conoce a ti, sino también cada detalle de tu situación y relación con la iglesia. A sabiendas de esto, esperamos que algunos principios generales te puedan ayudar a orientarte mientras buscas dirección más personalizada.

Si en tu iglesia has escuchado una o más de Las mentiras que me dijo mi pastor reformado, hay varias maneras de responder. Nos gustaría recomendarte que empezaras con las siguientes.

### **1. Orar por tus líderes.**

Es probable que tus líderes estén llenos de las mejores intenciones para guiar a la congregación y que enseñen lo que enseñan porque están convencidos de que están siendo fieles a la verdad de Dios. En la mayoría de los casos es justo su buena intención lo que los lleva a ir más allá de su llamado, tratando de cumplir su papel de proteger a la



iglesia, al poner límites que solo Dios tiene derecho de poner, exigir comportamientos que solo él puede exigir y ejercer autoridad que solo Jesús puede ejercer. Su sinceridad de ninguna manera justifica el daño que sus enseñanzas y prácticas le están haciendo a la iglesia, pero sí testifica que son hermanos preocupados por la obra de Dios y no enemigos dedicados a destruirla. Teniendo esto en cuenta, nuestra obligación principal es orar por ellos con amor por que Dios haga que sus corazones sinceros descubran la verdad, que los corrija en su misericordia y que les ayude a confiar en él, en su soberanía y en sus procesos con cada persona.

Lamentablemente, también es verdad que hay líderes malvados que han desviado sus ojos de Jesús y que no les incomoda en lo más mínimo lastimar al cuerpo de Cristo en servicio a sus propios intereses (ya sean sus inseguridades, su ego, su deseo por ganancias financieras o su necesidad de control) a través de sus enseñanzas y prácticas no sanas. Esto no debería sorprendernos porque la Biblia habla muchas veces de los malos líderes. Lo que tal vez sí nos sorprende es que la misma Biblia que nos advierte de estos líderes nos llama a orar por nuestros enemigos, y ellos se encuentran en este grupo. Antes de cualquier otra respuesta, deberíamos orar por que Dios les muestre su misericordia al llevarlos al arrepentimiento y al no permitir que sigan lastimando a su iglesia ni a sí mismos al continuar pecando en contra del Dios ante quien tendrán que presentarse. Haciendo esto, según Jesús, demostramos que somos hijos de Dios (Mateo 5:44).

## **2. Orar por la iglesia.**

No escribimos este libro porque nos interese corregir o criticar a pastores, lo escribimos porque nos apasiona proteger a la Iglesia de Cristo. La realidad es que las mentiras de este libro (en grados diferentes) hacen daño a las comunidades cristianas que las escuchan. Es posible que tú mismo lo hayas experimentado o has visto cómo alguien más de tu iglesia ha sido afectado y, si es así, sabes que el dolor y las consecuencias no recaen en una sola persona sino en la comunidad entera. Además, hasta lastiman a Jesús mismo quien dice que lo que uno hace a la iglesia se lo hace a él (Hechos 9:4). Es por esta razón que, encima de tratar de resolver cualquier cosa, nuestro impulso debería ser orar por el cuerpo de Cristo. Lo podemos hacer al pedirle a Dios que proteja a la iglesia de ser influidos por enseñanzas y prácticas no sanas, que los heridos encuentren refugio en sus brazos y en su pueblo, y que se unan alrededor de Cristo y su evangelio y no alrededor de sus líderes.

Esto es algo que puedes poner en práctica aun si en tu iglesia, gracias a Dios, no se escuchan estas mentiras. Toda iglesia local forma parte de la Iglesia universal, lo que significa que las consecuencias de estas mentiras no les son ajenas. Si una parte del cuerpo de Cristo está viviendo en medio de estas conductas nocivas, la parte del cuerpo a la que nosotros pertenecemos también es lastimada. Por eso, no solo las iglesias inmediatamente afectadas por las mentiras precisan de nuestras oraciones, sino también la nuestra que está conectada espiritualmente con el pueblo entero de Dios.

### **Orar por que la arrogancia no te gane.**

La raíz de muchos de los problemas de la iglesia reformada es la arrogancia intelectual, la que se revela

en varias de las mentiras de las cuales hablamos en este libro. Si Dios te ha dado la gracia para ver que algunas de las enseñanzas o prácticas de tu iglesia no son sanas, es esencial que no respondas con la misma arrogancia. Sería absurdo criticar a alguien por comportarse como si fuera dueño

de la verdad al comportarte como si tú lo fueras. Sin embargo, esto es exactamente la tentación que enfrentamos cada vez que nos convencemos de que lo que nos enseñaron y lo que la Biblia enseña son dos cosas distintas.

Mientras oras por que Dios te proteja de esta tentación, trata de recordarte que tú también has creído varias cosas falsas y que la única razón por la cual ya no las crees es porque Dios decidió iluminar tus ojos. En mi caso, no solo creí varias de las mentiras de este libro, las enseñé y seguiría enseñándolas si no fuera por la misericordia de Dios que me permitió ver y confesar mi propio error, a pesar de lo mucho que le dolió a mi ego. Además de esto, puede ser útil recordarte que incluso tus creencias de este momento no son perfectas. Es decir, con tiempo llegarás a cuestionar algunas creencias tuyas que ahora mismo te parecen indiscutiblemente sólidas. Hasta podrían ser ideas que hemos escrito en este mismo libro. Es normal, es parte del caminar cristiano y del proceso de santificación. Sabiendo esto nos debería llenar de humildad con respecto a nuestras creencias y las de los demás, siempre tomando en cuenta que Dios es infinito y no puede ser tratado como un tema que dominamos con nuestras mentes finitas. Por ahora, está muy bien creer lo que tu conciencia está convencida que la Biblia revela, lo importante es recordar que esta revelación viene del Señor y no de tu sabiduría, inteligencia o estudio.

### **3. Orar por que Dios te revele tus motivaciones antes de cualquier confrontación**

Tal vez después de leer algunos de estos capítulos lo que más quieres es salir corriendo y gritarle a tu pastor todos sus errores en la cara. Si es así, te entiendo. Confiabas en que tu pastor te iba a enseñar la verdad acerca de Dios y ayudarte a seguirle, tanto que basabas tu vida en lo que él enseñaba y aconsejaba. Después, descubriste que varias decisiones que tomaste, emociones que sentiste, y comportamientos que hiciste surgieron de una mala representación de quién es el Señor y cómo se ve seguirle, provista

por el mismo pastor. Darte cuenta de esto puede ser emocionalmente traumático, dejándote con sentimientos de decepción (no esperaba que pasara), confusión (entonces, ¿qué sí puedo creer?), vergüenza (me humilla haber confiado en él), remordimiento (odio haber participado en esta práctica de la iglesia), y enojo (¿cómo se atreve a mal representar a Dios y afectar a tantas personas como yo?). Si esto te ha pasado, ir directamente a una confrontación fuerte se siente no solo normal, sino hasta santo.

***Sin embargo, hacerlo sería un gran error.***

Antes de cualquier confrontación que pueda ser necesaria (ve el punto 5 que sigue), es esencial evaluar tus motivaciones. Una motivación posible puede ser la venganza por lo que te ha hecho vivir y sentir. Si es así, en lugar de confrontar a tu pastor, Dios te llama a confiar en él como el que te va a vengar (Romanos 12:19). Otra motivación potencial es la de tratar de deshacerte de las emociones negativas, pensando que la confrontación las resolverá. Pero Dios no te llama a resolverlas al confiar en tus acciones, sino en las tuyas. Por ejemplo, la cura de la decepción no se encuentra en tu conversación con tu pastor, sino en las promesas de Dios que nunca decepcionan, tu vergüenza no se cubre al regañar a tu pastor, se cubre con Cristo quien fue avergonzado ante Dios y los hombres en tu lugar, y tu remordimiento no se sana a través de demostrar que ahora tú tienes la razón y que ya no te vas a equivocar, sino por medio de Jesús quien, por ti, vivió en sabiduría perfecta y nunca se equivocó. Una tercera motivación posible es querer confrontar a tu pastor para salvar a la iglesia que él ha engañado con enseñanzas falsas y lastimado por prácticas no sanas. Aunque querer proteger a la iglesia que Cristo ama es un deseo definitivamente bueno, darte a ti la responsabilidad de salvarla a través de una confrontación con el pastor no lo es. El único que es capaz de salvar a su Iglesia ya lo hizo, y

no lo hizo al enfrentarse con un pastor errado sino con satanás, el pecado y la muerte.

Tales motivaciones surgen muy naturalmente después de una experiencia como la tuya. Así que si evalúas tus motivaciones y encuentras que una de las anteriores está presente, la respuesta correcta no es sentirte culpable (Romanos 8:1). La reacción adecuada es negarte a cualquier confrontación con el pastor hasta que estas motivaciones sean reemplazadas con las de amor por Cristo, amor por la iglesia y, sí, amor por tu pastor. Una vez que estos sean los motivos por los que confrontarías a tu pastor, puedes considerar el quinto paso.

### **5. Compartir (no discutir) tu perspectiva con tus líderes.**

Si estás convencido de que alguna enseñanza o práctica de tu liderazgo sea verdaderamente peligrosa, lo amoroso es darles la oportunidad para reconsiderarla. Si ya has cumplido todos los pasos anteriores, tu meta será ayudarles a ver su error, con toda humildad, por el bien de la iglesia y por el bien del liderazgo. Siendo esta tu meta, lo que menos te servirá es discutir o atacar. Estas maneras de abordar la situación pondrán a tu pastor a la defensiva, y cuando los seres humanos estamos a la defensiva no abandonamos nuestras creencias y prácticas. Al contrario, nos aferramos a ellas aún más fuertemente. Por esta razón, lo mejor es simplemente compartir tu perspectiva sin juicio y esperar su respuesta. Sé que puede sentirse demasiado suave para una situación que tú ves como sumamente urgente, pero si el pastor va a ser ganado será por el poder del Espíritu Santo y no por lo duro de tus palabras.

Porsupuesto, sabemos que hay varios tipos de líderes. Algunos tienen la humildad para escuchar las perspectivas de sus congregantes, sin sentirse amenazados en absoluto, y están dispuestos a cambiar su propia postura si llegan a

ser convencidos de algún error. Otros nunca considerarían cambiar absolutamente nada porque ven cualquier desacuerdo de parte de un congregante como un acto de rebeldía que tiene que ser aplastado en este mismo instante. Y, en medio de estos dos extremos, hay varios otros tipos de pastores.

No sabemos de qué tipo específico es tu pastor, y reconocemos que en algunas situaciones va a ser mucho más difícil que en otras. La buena noticia es que tu papel no es ni convencer a los que pueden ser convencidos ni complacer a los que requieren sumisión total. Tu rol es simplemente ser un testigo para Jesús al decir la verdad con amor sin caer en la trampa de discusiones inútiles y arrogantes. Lo que ellos decidan hacer con lo que compartes es asunto suyo por el que rendirán cuentas a Dios.

Al terminar esta conversación, vas a tener una mejor idea de cuáles cosas potencialmente pueden cambiar y cuáles no. Esta información te ayudará con el paso 6.

## **6. Pesar las cosas que no van a cambiar.**

En cualquier iglesia habrá varias enseñanzas con las que no estás de acuerdo y varias prácticas que te gustaría que no existieran. Por ende, sería ingenuo salir de tu iglesia simplemente porque tu pastor ha mostrado que no va a cambiar las cosas que no te agradan. Tu próxima iglesia te estaría esperando con el mismo problema. Lo que deberías hacer es pesar las cosas que no van a cambiar para ver si tu conciencia puede o no soportar formar parte de una comunidad con estas políticas. Por ejemplo, mi conciencia no me permite ser parte de una iglesia que enseña que “tienes que someterte a tus pastores” o que “tú eres un pecador desgraciado”. Las dos enseñanzas y sus implicaciones simplemente hacen demasiado daño a los portadores de la imagen de Cristo y crean un contexto donde el abuso espiritual es más común y más fácil. Sin embargo, mi conciencia sí podría estar bien con asistir a una iglesia que dice que “la membresía de iglesia es bíblica y necesaria”, siempre y cuando no usaran esta enseñanza para controlar a la gente. Tu conciencia es distinta pero el principio es igual: les va a dar más peso a ciertas mentiras y prácticas (que no puede soportar de ninguna



manera) que a otras (que puede tolerar a cambio del beneficio de estar en una comunidad cristiana).

Si después de pesar las cosas que no van a cambiar descubres que tu

conciencia te va a permitir quedarte, quédate con humildad y amor. Si estas políticas hacen que tu conciencia no te permita quedarte, vete con humildad y amor. Realmente es así de simple. Si te quedas, no tienes que cambiar o negar tus convicciones de ninguna manera, solo es necesario negarte a expresar tu desacuerdo de una forma divisora. Es decir, al quedarte te estás comprometiendo a ya no intentar convencerle a tu pastor que cambie su política (ya le compartiste tu perspectiva y el resto depende de Dios) y a no criticar su postura a otros miembros de la congregación (que ellos sean convencidos por la fuerza del Espíritu Santo y no por la tuya). Por otro lado, si te vas, no tienes que esconder tus motivos. Puedes ser honesto con respecto a por qué te vas pero no debes ser divisor. Una cosa es decir que tu conciencia no te permite participar en alguna enseñanza o práctica y otra cosa es tratar al liderazgo como enemigo o malvado. Aunque no lo crean, si no puedes participar en la misión de la iglesia sin violar tu propia conciencia, es mejor para el liderazgo, la iglesia y para ti que te vayas. De este modo su comunidad puede consistir en personas comprometidas a la visión del liderazgo y tú puedes encontrar una iglesia donde tú puedes entregarte a la visión con conciencia limpia. Al final, sin importar si te quedas o te vas, tu llamado sigue siendo el de orar por los líderes, por la iglesia y por ti mismo, y tu actitud lo debería reflejar.

Sin embargo, sabemos que hay algunos casos que son verdaderamente extremos y que, por lo tanto, requieren acciones distintas. Por ejemplo, si hay cosas

ilegales ocurriendo en la iglesia como acoso, abuso sexual o irregularidades financieras tu responsabilidad es denunciarlas ante el gobierno y exponerlas frente a la comunidad. Esto no es un acto divisor, al contrario, es un acto amoroso. También hay casos en los cuales nada ilegal ocurre, pero que claramente incluyen un abuso del oficio del pastor que les está robando a los congregantes la oportunidad de experimentar algún aspecto de las riquezas de Cristo. En estos casos, nuestra recomendación es no iniciar conversaciones al respecto con miembros de tu ahora ex iglesia pero, si estas personas te buscan a ti y te preguntan, pensamos que lo más sabio es contestarles con

honestidad y humildad si, y solo si, disciernes que su motivación es buscar ayuda de manera pura y no buscar chisme o municiones. Iniciar estas conversaciones puede ser divisor, pero cuando alguien te busca y te pregunta a ti no honras a Dios al mentir. Lo importante es confirmar que tus motivos en contestar son para amar a tu hermano y no para destruir al pastor.

## **7. No rechazar lo bueno**

Si es que tu decisión final es cambiar de iglesia, es importante que no rechaces lo bueno que has aprendido de tu pastor simplemente porque vino de una fuente imperfecta. Incluso los peores pastores en general enseñan algo de la verdad. Si no fuera así, sería muy difícil que cualquiera confiara en ellos. Por ejemplo, uno de los pastores que inspiró mi primer libro (Las mentiras que me dijo mi pastor) era una mala persona y un falso maestro. Sin embargo, fue él quien me enseñó a orar fervientemente y me sigo beneficiando de esto unos 20 años después. De igual manera, una de las iglesias que inspiró el libro que estás leyendo en este momento es una de las más abusivas que he visto en mi vida. No obstante, fue ahí donde Dios me enseñó a encontrar mi identidad en lo que Jesús hizo por mí y no en lo que yo hago por él. No cometas el error de rechazar todo lo que aprendiste de un pastor imperfecto. De la misma manera que honras a Jesús al dejar a una iglesia en la cual no deberías quedarte, lo honras al aferrarte a sus verdades sin importar donde las encontraste. Recordarte de todo lo bueno que aprendiste o experimentaste en una iglesia también puede servir para protegerte de la amargura que muchas veces nos intenta consumir en estas situaciones.

## **8. No dejar la Iglesia**

Si es que las mentiras te han obligado a dejar tu iglesia local, no permitas que nada te haga dejar la Iglesia universal. Tu iglesia local tenía a un pastor imperfecto a cargo, pero la Iglesia universal

tiene como su cabeza al Pastor de los Pastores (1 Pedro 5:4). Este pastor simpatiza contigo, porque él mismo sabe lo que es sufrir bajo malos líderes religiosos. En su caso, literalmente murió debido a las mentiras de ellos. Recuérdate de esto cuando lleguen los momentos de sentirte solo, lastimado y confundido. Descansa en el hecho de que tu Pastor Principal te entiende y te acompaña. Y nunca confundas cómo tu pastor te dirigió con cómo Jesús te dirige. Uno comete errores y tiene motivos mezclados, el otro es perfecto y solo está motivado por amor por su Padre y por ti. El fracaso del primero de ninguna manera quiere decir que no puedas confiar en el segundo.

Es justamente por esto que no debes dejar la iglesia universal. El mismo Jesús que sufrió bajo malos líderes religiosos ha hecho una nueva humanidad, y te salvó para formar parte de ella. Por supuesto, puede que te intimide tomar el paso de unirse a otra iglesia local, y con razón. Sin importar en cuál iglesia termines, alguien te va a lastimar otra vez. Esto no debería ser minimizado en absoluto. Aun así, Jesús escogió su cuerpo para ser el contexto en el cual se nos revela a sí mismo y nos hace cada vez más a su imagen. No es que no vaya a ser difícil, pero sí es que Jesús no te llamaría a nada que no fuera por tu bien.

### **Para Pastores**

Hasta este momento les he estado dando principios generales para guiar a los congregantes que han sido decepcionados por un pastor.

¿Pero qué hay de los pastores? Tal vez a lo largo de leer este libro tú, como pastor, te has dado cuenta de

que algunas enseñanzas o prácticas tuyas no reflejan el corazón de Dios. Siendo un pastor imperfecto yo mismo, me gustaría compartir algunos principios generales que te pueden guiar a ti.

### **1. Aceptar tu humanidad**

Ninguno de nosotros queremos fallar y, como pastores, nuestro anhelo es representar fielmente a nuestro Dios. Por esto, puede

ser bastante duro descubrir que lo hemos mal representado de una manera u otra. Como pastor que también ha fallado, te tengo noticias: somos seres humanos y los seres humanos cometemos errores. Es frustrante, sí, pero si no fuera así nosotros seríamos los únicos de nuestra iglesia que no necesitaríamos al mismo Jesús que ofrecemos. Lo bueno es que no lo somos. Esto es maravilloso porque al ser imperfectos podemos conocer a Jesús no solo como nuestro Señor, sino también como nuestro redentor. Así que en lugar de castigarte por tus errores con culpa, auto odio, o planes para abandonar el pastorado, acepta tu humanidad y aprovéchala para conocer mejor a Jesús. Además, si Dios podía redimir a tres asesinos en Moises, David y Pablo y hacerles tres de los mejores líderes de toda la historia, seguramente puede redimirte a ti de tus enseñanzas falsas y prácticas no sanas y hacer de ti un mejor líder.

## **2. Confesar y cambiar**

Aunque es necesario aceptar tu propio error, no es suficiente. El próximo paso es confesárselo a los que han sido afectados. Por alguna razón esto a veces nos cuesta mucho trabajo como pastores, pero no debería. En las calificaciones para servir como anciano de la iglesia que se encuentran en Tito 1 y 1 Timoteo 3, no aparece ni una sola vez “tiene que saber todo” pero sí se encuentra una advertencia contra ser presuntuoso y un requisito de no ser arrogante. A la luz de esto, vemos que mil veces peor que equivocarnos en una enseñanza o política de iglesia que podemos corregir es no tener la suficiente humildad para aceptar que nunca vamos a tener todas las respuestas correctas ni la sabiduría requerida para saber cómo implementarlas. Ni con décadas estudiando en el seminario, mil libros de teología aprendidos de memoria y un conocimiento

empírico inmenso vamos a poseer lo que solo Dios posee: todas las respuestas correctas a toda pregunta y toda la sabiduría adecuada para toda situación. Así que no tengas miedo de exponer tu error. Al contrario, confíésalo y cambia la enseñanza o política de

inmediato para reflejar mejor lo que el Señor quiere para su iglesia. Hazlo frente a la iglesia congregada y también hazlo al buscar a los individuos quienes han sido personalmente afectados por tu error y pídeles perdón. Al hacerlo, no solo estarás honrando a Dios y a tu congregación, también estarás dando un ejemplo de cómo los cristianos deberían comportarse cuando se equivocan. En otras palabras, estarás haciendo el trabajo de un buen líder.

### **3. Estar preparado para la resistencia**

Si cumples bien el proceso de confesar y cambiar, le va a alegrar mucho a tu Señor. Lamentablemente, no todos van a sentir este mismo contentamiento. Algunos miembros de tu propia iglesia y pastores de tu propia red van a ver tu cambio de postura como una traición. A veces no va a estar tan claro si piensan que los has traicionado a ellos por ya no compartir su convicción o a Dios mismo, pero la verdad es que para muchos no hay ninguna diferencia. En sus mentes, ser culpable de lo primero es ser culpable de lo segundo.

Es impresionante cómo algunas personas se aferran a la postura aprobada más que al mismo evangelio y sus implicaciones. Por ende, no te sorprendas si te conviertes en el blanco de muchas críticas y hasta insultos. Puede que por un tiempo escuches “falso maestro,” “hereje,” “liberal” u otra etiqueta peyorativa más que tu propio nombre. También es probable que varias personas se alejen de ti sin siquiera tener una conversación antes. No pienso que tenga que decirte

que va a doler mucho. Por eso es necesario ser honesto contigo para que te puedas preparar para la resistencia que viene. Te recomiendo que lo hagas de tres maneras. Primero, prepárate al recordarte de quién es Jesús. Él también fue humillado, herido y difamado por no mantener las posturas y prácticas de su comunidad religiosa.

Como resultado, Jesús simpatiza contigo y te acompaña en medio de los ataques. Segundo, prepárate al recordarte quién eres tú. Gracias a quién es Jesús y lo que Jesús ha hecho, tu identidad como



hijo amado de Dios es segura. Él mismo te declara justo y suyo, y son sus declaraciones, no las de tus críticos, que describen quién realmente eres. Tercero, prepárate al recordarte que tus críticos están defendiendo a una postura pero tú estás defendiendo a seres humanos hechos a la imagen de Dios que han sido afectados por tus (y sus) enseñanzas y políticas.

La causa de restaurar y proteger a las ovejas de Jesús hará que todo el sufrimiento valga la pena. Si en algún momento necesitas otro recordatorio, lee las palabras de Pablo de Gálatas 1:10: “¿Qué busco con esto: ganarme la aprobación humana o la de Dios?...Si yo buscara agradar a otros, no sería siervo de Cristo”.

## **Para Todos**

La vida cristiana se trata en gran parte del anhelo de aprender y saber cada vez más de Dios, y aunque en el camino nos equivoquemos, nuestro Padre no deja de revelarse a nosotros afirmando algunas de nuestras convicciones y destruyendo por completo otras. La buena noticia es que cualquier cosa que él destruya siempre será reemplazada con algo que de más gloria a Dios y traiga más bien a su pueblo. Por lo tanto, si eres congregante puedes rechazar la amargura hacia tus líderes y si eres pastor puedes rechazar la amargura hacia los que te resisten porque sabes que Dios va a hacer que algo maravilloso crezca en medio de este camino tan difícil.

Esto no quiere decir en absoluto que ignores el dolor que sientes. Al contrario. Quiere decir que permitas que este dolor te impulse hacia las verdades que sanan y no hacia más mentiras que hieren. Espero que los principios de este capítulo te ayuden en esta búsqueda. Mientras tanto, recuerda que este libro no es una herramienta para atacar a tus hermanos, es una carta de amor escrita para rescatarlos. Si lo vas a usar, úsalo así y con el conocimiento

que el mismo autor que ha sido lastimado por la iglesia reformada ha fallado a sus miembros también.

## Acerca del autor

### **Cole Brown**



Cole Brown también es autor de *El Evangelio Es: Definiendo el mensaje más importante del mundo*, *Las mentiras que me dijo mi pastor: confrontando 18 clichés de iglesia con el*

evangelio y Problemas paternales: cómo Dios sana las heridas causadas por padres abusivos, ausentes y distantes. Ha trabajado más de 15 años plantando y pastoreando iglesias. Es licenciado en psicología y tiene maestría en estudios bíblicos y teológicos. Puedes encontrar más recursos suyos en [www.colebrown.es](http://www.colebrown.es)

## Libros de este autor

### [Las Mentiras que me dijo mi pastor](#)

Tanto nuestro concepto de Dios como nuestra vida diaria como cristianos son moldeados por lo que escuchamos en la iglesia.

Desafortunadamente, algunas de las cosas que más se repiten en la cultura de la iglesia son las cosas que son menos verdaderas.

"Las mentiras que me dijo mi pastor" confronta 18 de estos clichés de iglesia con el evangelio de Jesucristo, y muestra cómo le roban a Jesús la gloria que Él merece y le roban al pueblo de Dios las bendiciones verdaderas que Él tiene para ellos.

El autor escribe a partir de su propia experiencia, habiendo escuchado, creído, e incluso enseñado estas mentiras. Los argumentos que utiliza en el libro para corregir estos peligrosos clichés son los mismos argumentos que encontró en la Biblia y de otros cristianos, y los que lo llevaron a eventualmente abandonar lo que él creía y encontrar libertad y gozo en las verdades del evangelio.

"Las mentiras que me dijo mi pastor" no es un libro en contra de los pastores. El autor mismo es pastor. "Las mentiras que me dijo mi pastor" es un libro en contra de los engaños. Busca apuntarnos hacia el Pastor de los pastores, el Buen Pastor, Jesucristo, quien en sí mismo es la Verdad y quien jamás nos engaña.

Para ayudar a los líderes, hemos incluido una GUÍA DE DISCUSIÓN después de cada sección.

## **El Evangelio es**

"El evangelio".

Es una palabra que hemos escuchado cada vez más en estos días, ya que un número creciente de cristianos ha estado enfatizando un enfoque "centrado en el evangelio" para la vida y el ministerio. Esto es correcto y bueno, ya que el evangelio es el mensaje central de Jesús y, como tal, el mensaje más importante del mundo. Sin embargo, también es el mensaje más incomprendido.

Con todo el renovado énfasis en el mensaje del evangelio, todavía queda mucha confusión acerca de cuál es el contenido del mensaje en realidad. Incluso entre los que más lo celebran, puede haber una falta de claridad para definirlo. Este es un problema significativo, ya que la Biblia nos dice que el evangelio es el que nos salva (nos reconcilia con Dios), nos santifica (nos hace más como Jesús), y nos revela quién es Dios.

Con tanto en juego, los cristianos necesitan estar seguros de que están predicando el evangelio con confianza y claridad, y los no cristianos necesitan estar seguros de que el mensaje que están eligiendo aceptar o rechazar es el mensaje verdadero de Jesús (no una versión poco clara de este). El evangelio es... busca ayudar a ambos grupos a atravesar los malentendidos más turbios, proporcionando un resumen simple y fácil de seguir sobre el mensaje principal de Jesús.

Para ayudar a los líderes de grupos pequeños, también

hemos incluido una GUÍA DE DISCUSIÓN después de cada sección.

## **Problemas Paternales**

Problemas paternales.

Si tu padre fue ausente, abusivo o distante, sabes que los problemas paternales no son algo gracioso. Independientemente de nuestro género, raza, edad, religión o cultura, las fallas de nuestros padres nos lastiman profundamente —y esas heridas no desaparecen con el tiempo así como así. Nos siguen a donde quiera que vayamos. Impactan nuestra relación con Dios y con otras personas. Influyen la manera en que nos vemos a nosotros mismos y al mundo en que vivimos. En algunas ocasiones parecen llegar a tomar el control.

Aún así, hay buenas noticias: Dios desea sanar las heridas que tu padre te ha causado. Él habla verdadera y poderosamente a cada una de ellas en el evangelio de Jesucristo, el cual tiene poder de cerrar estas dolorosas heridas y liberarte de su control. Problemas Paternales diagnostica las heridas causadas por padres ausentes, abusivos o distantes y las viste con el poder sanador de la Palabra de Dios. Abre el libro y permite que el Gran Médico haga su obra.

Para ayudar a los líderes también hemos incluido una GUÍA DE DISCUSIÓN después de cada sección.